VIDA,

ASCENDENCIA ; NACIMIENTO,
CRIANZA , Y AVENTURAS
De el Doctor
DON DIEGO DE TORRES
Villarroèl, Cathedratico de Prima de Mathematicas en la Universidad de Salamanca.

DEDICADA

A LA EXCELENTISSIMA SEñORA
Doña Maria Teresa Alvarez de Toledo, Haro, Silva, Guzmàn, Henriquez de Ribera, &c. Duquesa de Alva, Marquesa de el Carpio, Duquesa de Huescar, Condesa de Olivares, Duquesa de Galistèo, y de Montoro, &c.

ESCRITA
Por el mismo Don Diego de Torres Villarroèl.

CON LICENCIA:
En Valencia, en la Imprenta de Geronimo Conejos, enfrente San Martin. Año 1743.
Se hallarà en casa Vicente Navarro , Mercader de Libros, enfrente la Diputacion.

A LA EXC.MA SEÑORA

DOÑA MARIA TERESA

ALVAREZ DE TOLEDO,

Haro, Silva, Guzmàn, &c. Duqueſa de Alva, Marqueſa de el Carpio, Duqueſa de Hueſcar, &c.

EXC.MA SEÑORA:

EN el breve, y humilde bulto de eſtas planas eſtàn reſumidos (Excelentiſsima Señora, y unica veneracion de mi reſpeto) los torpes paſſos, las culpables quietudes, y las

melancolicas deſventuras de mi miſerable Vida. Refiero en ellas el ocio, los emplèos, los afanes, los deſcuidos, y las malicias que han paſſado por mi, deſde que entrè en el Mundo, haſta aora que eſtoy bien cercano à ſalir de èl. Deſcubro entre poquiſsimas felicidades las perſecuciones con que me ha ſeguido la fortuna, las miſerias à que me condenò mi altanerìa, los precipicios adonde me aſſomaron mis coſtumbres, y los mas de los errores, que dieron juſtamente à mi Vida el renombre de mala vida. Lo mas que contiene eſte anguſtiado Compendio ſon perverſas locuras, ſuceſſos vicioſos, y triſtiſsimas caſualidades; y ſiendo tan eſcandaloſo eſte culto, ni me averguenzo de ſacrificarlo à los pies de V. Exc. ni deſeſpero de que ſu diſcretiſsima compaſsion dexe de admitir mis anſias reverentes; porque no los dedico como dones de ſacrificante preſumptuoſo, ſino como promeſſas de un infelice delinquente, que buſca en el delicioſo ſagrado de V. Exc. ſu patrocinio, ſu honor, y ſus ſeguridades.

Tiene eſte humildiſsimo cortejo el ſemblante de malhechor; mas no le faltan venturoſas deſgracias, que le prometen toda la piedad de V. Exc. Es un reſumen de culpas, infortunios, eſcandalos, caſtigos, y deſazones: pero yo no ſacrifico à V. Exc. mis delitos, ſino mis trabajos: no retiro à ſu ſagrado mis locuras, ſino mis aflicciones; y finalmente no pongo en el clementiſsimo altar de V. Exc. lo que he pecado, ſino lo que he padecido.

Por

Por eſtas razones, y la de averſe fabricado en caſa de V. Exc. eſte voto en aquellas horas en que (con ſentimiento de mi veneracion) me retirava de ſus pies, creo que no es indigno de las aceptaciones; y mas quando lo acompaña mi rendimiento, mi gratitud, y mi fideliſsima ſervidumbre.

Suplico à V. Exc. rendidamente ſe digne de recibir la vida que gozo, y la Vida que eſcrivo; pues ſobre una, y otra han pueſto las honras de V. Exc. un dominio apetecible, y una eſclavitud inexcuſable: de modo que no le ha quedado à mi eleccion, à mi afecto, ni à mi codicia la libertad de penſar en otro Dueño para Patrono de el deſdichado culto de eſta Obrilla. V. Exc. lo es ſolo de todas mis acciones; y en reconocimiento à ſus graciosiſsimas piedades, ofrezco mi Vida, obras, y trabajos, lo que he ſido, lo que ſoy, y lo que pueda valer, y vivir.

Nueſtro Señor guarde à V. Exc. muchos años, como ſe lo ruego, y nos importa. De eſta Caſa de V. Exc. Madrid, y Mayo 12. de 1743.

EXC.MA SEñORA:

B.L. Pies de V. Exc. ſu rendidiſsimo Siervo,

El Doctor Don Diego de Torres.

APRO-

APROBACION

DE DON DIEGO DE HEREDIA, *Canonigo del Sacro Monte de Granada, &c.*

SEÑOR.

HE leìdo de orden de V. S. la Vida, Aſcendencia, Crianza, y Aventuras de Don Diego de Torres, eſcritas por èl miſmo, y no contiene voz, clauſula, ni expreſſion alguna, que ſe oponga à la pureza de las buenas coſtumbres, ni à los Eſtatutos, Mandamientos, ni Leyes de nueſtra Catholica Religion, por lo que puede V. S. darle la licencia que pide, ſalvo, &c. De mi Poſada, oy 26. de Abril de 1743.

Don Diego de Heredia.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Miguel Gomez de Eſcobar, Inquiſidor Ordinario, y Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia para que ſe pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *Vida, y Aſcendencia de Don Diego de Torres*, eſcrita por èl miſmo; atento que de nueſtra orden, y comiſsion ha ſido viſto, y reconocido, y parece no contiene coſa que ſe oponga à nueſtra Santa Fè Catholica, y buenas coſtumbres. Dada en Madrid à catorce de Mayo de mil ſetecientos y quarenta y tres.

Lic. Eſcobar.

Por ſu mandado,

Iſidro Martinez.

APROBACION DE D. ANTONIO Fernandez de la Cruz, Cathedratico de Propiedad de Filoſofia en la Univerſidad de Sevilla, Abad de la Igleſia Colegial de nueſtro Salvador de Granada, &c.

M. P. S.

HE leìdo con eſcrupuloſo cuidado la Vida del Doctor Don Diego de Torres, que V. A. remite à mi cenſura, y no contiene voz, ni clauſula que ſe oponga à las Regalias, Providencias, y Eſtatutos de el Rey nueſtro Señor, por lo que puede muy bien V. A. darle la licencia que pide para ſu impreſsion. Aſsi lo ſiento, ſalvo, &c. Madrid, y Abril 24. de 1743.

Don Antonio Fernandez de la Cruz.

LI-

LICENCIA DEL CONSEJO.

DOn Miguel Fernandez Munilla, Secretario del Rey nueſtro Señor, ſu Eſcrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Conſejo: Certifico, que por los Señores de èl, ſe ha concedido licencia al Doctor Don Diego de Torres Villarroèl, del Gremio, y Clauſtro de la Univerſidad de Salamanca, para que por una vez pueda imprimir, y vender un Libro que ha eſcrito, intitulado: *Vida, Aſcendencia, Nacimiento, Crianza, y Aventuras de Don Diego de Torres*, con que la impreſsion ſe haga por el original que và rubricado, y firmado al fin de mi firma; y que antes que ſe venda ſe trayga al Conſejo dicho Libro impreſſo, junto con ſu original, y certificacion del Corrector de eſtàr conformes, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender, guardando en la impreſsion lo diſpueſto, y prevenido por las Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos. Y para que conſte lo firmè en Madrid à veinte y nueve de Abril de mil ſetecientos y quarenta y tres.

Don Miguel Fernandez Munilla.

EEE

FEE DE ERRATAS.

EL libro, que he visto, intitulado: *Vida, y Ascendencia del Doctor Don Diego de Torres*, escrita por èl mismo, està bien impresso, y corresponde con su original. Madrid, y Mayo 16. de 1743.

Lic. Don Manuel Licardo de Rivera.
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro, intitulado: *Vida, Ascendencia, Nacimiento, Crianza, y Aventuras del Doctor Don Diego de Torres*, escrita por èl mismo, à seis maravedìs cada pliego, como mas largamente consta de su original. Madrid, y Mayo 16. de 1743.

PRO-

PROLOGO AL LECTOR.

TU diràs (como si lo oyera) luego que agarres en tu mano este Papel, que en Torres no es virtud, humildad, ni entretenimiento escrivir su Vida, sino desverguenza pura, truhanada sòlida, y Filosofia insolente de un picaron, que ha hecho negocio en burlarte de sì mismo, y gracia estàr haciendo zumba, y grefca de todas las gentes del mundo. Y yo dirè, que tienes razon, como soy Christiano. Prorrumpiràs tambien, despues de averlo leìdo (si te coge de mal humor) en decir, que no tiene doctrina deleitable, novedad sensible, ni locucion graciosa, sino muchos disparates, locuras, y extravagancias, rebueltas entre las brutalidades de un idioma cerril, à ratos sucio, à veces basto, y siempre desabrido, y mazorral. Y yo te dirè con mucha cachaza, que no ay que hacer ascos; porque no es mas limpio el que escucho salir de tu boca, y casi casi tan hediondo, y pestilente el que despues de muy fregado, y relamido pone tu vanidad en las Imprentas. Puede ser que digas (por meterte à Doctor, como acostumbras) que porque se me han acabado las idèas, los apodos, y las satiras, he querido pegar con mis huessos, con los de mis difuntos, y con los de mi Padre,

y Madre, para que no que en eſte mundo, ni el otro, vivo ni muerto, que no aya baboſeado la groſera boca de mi pluma. Y yo te dirè, que eſſo es mentira, porque yo encuentro con las idèas, los apodos, y los equivocos quando los he meneſter, ſin mas fatiga, que menearme un poco los ſeſos: y ſi te parece que te engaño, arrimate à mi, que juro ponerte de manera, que no te conozca la madre que te pariò. Malicièas acaſo (yo lo creo) que eſta inventiva es un ſolapado arbitrio para poner en el publico mis vanidades, diſsimuladas con la confeſsion de quatro pecadillos; queriendo vender por humildad rendida, lo que es una ſobervia refinada. Y no ſoſpechas mal: y yo, ſi no hago bien, hago à lo menos lo que he viſto hacer à los mas devotos, contenidos, y remilgados de conciencia; y pues yo trago tus hipocresìas, y ſus fingimientos, embocaos voſotros (peſe à vueſtra alma) mis artificios, y anden los embuſtes de mano en mano, que lo demàs es irremediable. Diràs ultimamente, que porque no ſe me olvide ganar dinero, he ſalido con la invencion de venderme la Vida. Y yo dirè, que me haga buen provecho: y ſi te parece mal, que yo gane mi vida con mi Vida, ahorcate, que à mi ſe me dà muy poco de la tuya. Mira hombre, yo te digo la verdad: no te aporrees, ni te mates por lo que

no te importa; ſoſsiegate, y reconoce, que dàs con un vergante que deſde aora ſe empieza à reir de las alabanzas que le pones, y de las tachas que le quitas: y yà que murmures ſea blandamente, de modo que no te haga mal al pecho, ni à los livianos, que primero es tu ſalud, que todo el mundo. Cuida de tu vida, y dexa que yo lleve, y traiga la mia donde ſe me antojàre, y vamos viviendo, ſin añadir peſadumbres eſcuſadas à una vida, que apenas puede con los petardos que ſacò de la naturaleza. En las hojas inmediatas, que yo llamo Introduccion, pongo los motivos, que me dieron la gana, y la paciencia de eſcrivir mi Vida; leelos, ſin prevenir antes el enojo, y te pareceràn, ſi no juſtos, decentes; y diſsimula lo demàs, porque es lo de menos. Yo sè que cada dia te brùman otros Eſcritores con eſtilos, y voces, unas tan malas, y otras tan malditas como las que yo te vendo, y te las engulles ſin dàr una arcada: conmigo ſolamente guardas una ojeriza irreconciliable, y juro por mi vida, que no tienes razon. Seamos amigos; vida nueva, dexemos hiſtorias viejas, y aplicate à eſta reciente de un pobreton, que ha dexado vivir à todo el mundo, ſin meterſe en ſus obras, penſamientos, ni palabras. En eſte Prologo no ay mas que advertir. Ouedate con Dios.

DONDE ESTA VIDA SE HALLARAN los Libros, y Papeles ſiguientes del Doct. D. Diego de Torres.

La Vida de la V. M. Gregoria de Santa Tereſa de Jeſus, Carmelita Deſcalza.
El Arte de hacer Kalendarios de veras.
El Hipocrates chiquito, Doctor à pie, y Medicina de mano en mano.
Carta à un amigo, de ſu muerte.
Tabla de Computos haſta el año de 1800.
Paſquas, y Aguinaldo, que dà, y remite el dicho Don Diego de Torres à los aficionados à la buena leccion de las Muſas.
Inſtruccion de Alcaldes Ordinarios, y del Amotacen.
Extracto de Piſcatores.
Deprecacion à nueſtra Señora de la Cueva Santa.
Medicina Theorica, y Practica.
Secretos de Curbo.
Reflexiones ſobre el Geneſis.

¶ Eſtas Obras ſe hallaràn en Valencia, en caſa de Vicente Navarro, enfrente de la Diputacion: en Barcelona, en caſa de Juan Piferrer, à la Plaza del Angel: en Zaragoza, en caſa de Eſtevan Gregorio: y en Murcia, en caſa de Franciſco Benedicto.

IN-

INTRODUCCION.

MI Vida, ni en ſu vida, ni en ſu muerte merece mas honras, ni mas epitafios, que el olvido, y el ſilencio. A mi ſolo me toca morirme à eſcuras, ſer un difunto eſcondido, y un muerto de monton, acinado entre los demàs que ſe deſvanecen en los podrideros. A mis guſanos, mis zancarrones, y mis cenizas deſeo que no me las alboroten, yà que en la vida no me han dexado hueſſo ſano. A la eternidad de mi pena, ò de mi gloria no la han de quitar, ni poner trozo alguno los recuerdos de los que vivan: con que no rebaxandome Infierno, ni añadiendome Bienaventuranza ſus comemoraciones, para nada me importa que ſe ſepa, que yo he eſtado en el mundo. No aſpiro à mas memorias, que à los piadoſiſsimos ſufragios, que hace la Igleſia mi Madre por toda

A la

la Comunidad de los Finados de ſu gremio. Cogeràme el torvellino de Reſponſos del dia dos de Noviembre, como à todo pobre, y me conſolarè con los que me reparta la piedad de Dios. Hablo con los antojos de mi eſperanza, y la liberalidad de mi deſeo. Yo me imagino deſde acà Anima del Purgatorio, porque es lo mejor que me puede ſuceder. La multitud horrible de mis culpas me confunde, me aterra, y me empuja à lo mas hondo del Infierno: pero haſta aora no he caìdo en èl, ni en la deſeſperacion. Por la gracia de Dios eſpero temporales los caſtigos; y confiado en ſu miſericordia, aun me hago las cuentas mas alegres. Su Mageſtad quiera, que eſte ultimo Pronoſtico me ſalga cierto, yà que ha permitido que mienta en quantos tengo derramados por el mundo.

A los Frayles, y los ahorcados (antes y deſpues de calaveras) los eſcrive el uſo, la devocion, ò el entretenimiento de los vivientes las vidas, los milagros, y las temeridades. A otras caſtas de hombres vigoroſos en los vicios, ò en las virtudes, tambien les hacen la caridad de inmortalizarlos un poco con la relacion de ſus hazañas. A los muertos, ni los ſube, ni los baxa, ni los abulta, ni los eſtrecha la honra, ò la ignominia, con que los

los ſacan ſegunda vez à la plaza del mundo los que ſe entrometen à Hiſtoriadores de ſus aventuras; porque yà no eſtàn en eſtado de merecer, de medrar, ni de arruinarſe. Los aplauſos, las afrentas, las exaltaciones, los contentos, y las peſadumbres todas ſe acaban el dia que ſe acaba. A los vivos les ſuele ſer laſtimoſamente perjudicial el cacarèo de ſus coſtumbres; porque à los buenos los pone la liſonja diſsimulada en una entonacion deſvanecida, y en un amor intereſſado, antojadizo, y peligroſo. Regodeanſe con los chiſmes del aplauſo, y con las monerìas de la vanaglo-ria, y dàn con ſu alma en una ſobervia intolerable. Los malos ſe irritan, ſe maldicen, y tal vez ſe complacen con la abominacion, ò las acuſaciones de ſus locuras. Un requiebro de un Adulador deſvanece al mas humilde. Una advertencia de un bienintencionado encoloriza al menos rebelde. En todo ay peligro: es ciencia dificultoſa la de alabar, y reprehender. Todos preſumen que la ſaben, y ninguno la eſtudia; y es raro el que no la practica con ſatisfaccion.

A los que leen dicen, que les puede ſervir al eſcarmiento, ò la imitacion la noticia de las virtudes, ò las atrocidades de los que con ellas fueron famoſos en la vida. No niego al-

gun provecho; pero tambien deſcubro en ſu lectura muchos daños, quando no lee ſus acciones el anſia de imitar las unas, y la buena intencion de aborrecer las otras, ſino el ocio impertinente, y la curioſidad mal empleada. Lo que yo ſoſpecho es, que ſi eſte eſtilo produce algun interès, lo lleva ſolo el que eſcrive: porque el muerto, y el lector pagan de contado, el uno con los hueſſos que le deſentierran, y el otro con ſu dinero. Yo no me atreverè à culpar abſolutamente eſta coſtumbre, que ha ſido loable entre las gentes; pero afirmo, que es peligroſo meterſe en vidas agenas: y que es dificil deſcrivirlas ſin laſtimarlas. Son muchas las que eſtàn llenas de nimiedades, ficciones, y mentiras. Rara vez las eſcrive el deſengaño, y la ſinceridad, ſino es la adulacion, el interès, y la ignorancia. Lo mas ſeguro es, no deſpertar à quien duerme. Deſcanſen en paz los difuntos: los vivos vean como viven: y viva cada uno para sì, pues para sì ſolo muere quando muere.

Las relaciones de los ſuceſſos glorioſos, infelices, ò temerarios de infinitos vivientes, y difuntos podràn ſer utiles, importantes, y aun preciſas. Sean enhorabuena para todos: pero à mi, por lado ninguno me viene bien, ni

ni vivo, ni muerto la memoria de mi vida: ni à los que la ayan de leer les conduce para nada el examen, ni la ciencia de mis extravagancias, y delirios. Ella es tal, que ni por mala, ni por buena, ni por juſta, ni por ancha puede ſervir à las imitaciones, los odios, los cariños, ni las utilidades. Yo ſoy un mal hombre: pero mis diabluras, ò por comunes, ò por frequentes, ni me han hecho abominable, ni exquiſitamente reprehenſible. Peco como muchos, emboſcado, y hundido, con miedo, y con verguenza de los que me atiſban. Mirando à mi conciencia ſoy facineroſo; mirando à los teſtigos ſoy regular, paſſadero, y tolerable. Soy pecador ſolapado, y delinquente obſcuro, de modo que ſe ſoſpeche, y no ſe jure. Tal qual vez ſoy bueno; pero no por eſſo dexo de ſer malo. Muchos diſparates de marca mayor, y deſconciertos plenarios tengo hechos en eſta vida; pero no tan unicos, que no los ayan executado otros infinitos antes que yo. Ellos ſe confunden, ſe diſſimulan, y paſſan entre los demàs. El uſo plebeyo los conoce, los hace, y no los eſtraña, ni en mi, ni en otro; porque todos ſomos unos, y con corta diferencia, tan malos los unos como los otros.

A mi parecer ſoy medianamente loco; algo

go libre, y un poco burlon; un mucho holgazan, un ſi es no es preſumido, y un perdulario incorregible: porque ſiempre he conſervado un aborrecimiento eſpantoſo à los intereſſes, honras, aplauſos, pretenſiones, pueſtos, ceremonias, y zalamerìas del mundo. La urgencia de mis neceſsidades, que han ſido grandes, y repetidas, jamàs me pudo arraſtrar à las Anteſalas de los Poderoſos: ſus paredes ſiempre eſtuvieron quexoſas de mi deſvio, pero no de mi veneracion. Nunca he preſentado un Memorial; ni me he hallado bueno para Corregidor, para Alcalde, para Cura, ni para otro oficio, por los que afanan otros tan indiſpueſtos como yo. A eſte dexamiento (que en mi juicio es mal humor, ò filoſofia) han llamado ſobervia, y ruſticidad mis enemigos: puede ſer que lo ſea; pero como ſoy Chriſtiano, que yo no la diſtingo, ò la equivoco con otros deſordenes. Unas veces me parece genio, y otras altaneria deſvariada. Lo que aſſeguro es, que quando ſe me ofrece ſer humilde, que es muchas veces al dia, ſiempre encuentro con las ſumiſsiones, y con el menoſprecio de mi miſmo, ſin el mas leve reparo, ni retiro de mi natural orgullo. Sujeto con facilidad, y con alegria mis dictamenes, y ſentimientos à qualquiera pa-

parecer. Me eſcondo de las porfiadas conferencias, que ſon frequentes en las converſaciones. Buſco el aſsiento mas obſcuro, y mas diſtante de los que preſiden en ellas. Hablo poco, perſuadido à que mis expreſsiones, ni pueden entretener, ni enſeñar. Finalmente eſtoy en los concurſos cobarde, callado, con miedo, y ſoſpecha de mis palabras, y mis acciones. Si eſto es genio, politica, negociacion, ò ſobervia, apurelo el que và leyendo, que yo no sè mas que confeſſarlo.

Sobre ninguna de las necedades, y delirios de mi libertad, pereza, y preſuncion ſe puede fundar ni una breve Xacara de las que para el regodèo de los picaros componen los Poetas tontos, y cantan los Ciegos en los cantones, y corrillos. Yo eſtoy bien ſeguro, que es una culpable majaderia poner en Coronica las ſandeces de un ſugeto tan vulgar, tan ruin, y tan deſgraciado, que por extremo alguno puede ſervir à la complacencia, al exemplo, ni à la riſa. El tiempo que ſe gaſte en eſcrivir, y en leer, no ſe entretiene, ni ſe aprovecha, que todo ſe malogra: y no obſtante eſtas inutilidades, y perdiciones, eſtoy determinado à eſcrivir los deſgraciados paſſages que han corrido por mi en todo lo que dexo atras de mi vida. Por lo miſmo que ha tar-

tardado mi muerte, yà no puede tardar: y quiero antes de morirme, deſvanecer con mis confeſsiones, y verdades, los enredos, y las mentiras, que me han abultado los criticos, y los embuſteros. La pobreza, la mocedad, lo deſentonado de mi aprehenſion, lo ridiculo de mi eſtudio, mis Almanaques, mis Coplas, y mis enemigos me han hecho hombre de novela, un Eſtudianton extravagante, y un Eſcolar entre brujo, y Aſtrologo, con viſos de diablo, y perſpectivas de hechicero. Los tontos, que pican en eruditos, me ſacan, y me meten en ſus converſaciones: y en los eſtrados, y las cocinas detras de un aforiſmo del Kalandrio me ingieren una ridicula quixotada, y me pegan un par de aventuras deſcomunales; y por mi deſgracia, y por ſu guſto ando entre las gentes hecho un mamarracho, cubierto con el ſayo que ſe les antoja, y con los parches, è hiſſopadas de ſus negras noticias. Paſſo entre los que me conocen, y me ignoran, me abominan, y me ſaludan, por un Guzmàn de Alfarache, un Gregorio Guadaña, y un Lazaro de Tormes: y ni ſoy èſte, ni aquel, ni el otro; y por vida mia que ſe ha de ſaber quien ſoy. Yo quiero meterme en corro; y yà que qualquiera monigote preſumido ſe toma de mi mormuracion, mormuremos à medias, que yo lo puedo hacer con mas

mas verdad, y con menos injuſticia, y eſcandalo que todos. Sigaſe la converſacion, y crea deſpues el mundo à quien quiſiere.

No me mueve à confeſſar en el publico mis verdaderas liviandades el deſeo de ſoſſegar los chiſmes, y las parlerias con que anda alborotado mi nombre, y foragida mi opinion: porque mi eſpiritu no ſe altera con el aire de las alabanzas, ni con el ruido de los vituperios. A todo el mundo le dexo garlar, y decidir ſobre lo que ſabe, ò lo que ignora; ſobre mi, ò ſobre quien àgarra al buelo ſu voluntad, ſu rabia, ò ſu coſtumbre. Deſde muy niño conocì, que de las gentes no ſe puede pretender, ni eſperar mas juſticia, ni mas miſericordia, que la que no le haga falta à ſu amor propio. En los empeños de poca, ò mucha conſideracion cada uno ſigue ſu comodidad, y ſus ideas. Al que me alaba, no ſe lo agradezco; porque ſi me alaba, es porque le conviene à ſu modeſtia, ò ſu hipocresìa, y à ellas puede pedir las gracias que yo no debo darle. Al que me corrige, le oygo, y lo dexo deſcabezar: riome mucho de vèr como preſume de Conſejero muy repotente, y guſtoſo con ſus proprias ſatisfacciones. Aſsi me compongo con las gentes, y aſsi he podido llegar con mi vida haſta oy ſin eſpecial congoja de mi eſpiritu, y ſin mas trabajos que las indiſpen-

penſables corrupciones, y lamentos, que para el Rey, y el Labrador, el Pontifice, y el Sacriſtan tiene la naturaleza repoſados en ſu miſma fabrica, y vitalidad.

Dos ſon los eſpeciales motivos, que me eſtàn inſtando à ſacar mi Vida à la verguenza. El primero nace de un temor prudente, fundado en el hambre, y el atrevimiento de los Eſcritores agonizantes, y desfarrapados, que ſe gaſtan por la permiſsion de Dios en eſte ſiglo. Eſcriven de quanto entra, paſſa, y ſale en eſte mundo, y el otro, ſin reſervar aſſunto, ni perſona; y temo que por la codicia de ganar quatro ochavos, ſalga algun tonto levantando nuevas maldiciones, y embuſtes à mi ſangre, à mi flema, y à mi colera. Quiero adelantarme à ſu agonìa, y hacerme el mal que pueda; que por la propia mano ſon mas tolerables los azotes. Y finalmente, ſi mi Vida ha de valer dinero, mas vale que lo tome yo, que no otro; que mi vida haſta aora es mia, y puedo hacer con ella los viſages, y transformaciones, que me hagan al guſto, y à la comodidad: y ningun vergante me la ha de vender mientras yo viva; y para deſpues de muerto les queda el eſpantajo de eſta Hiſtoria, para que no lleguen ſus mentiras, y ſus ficciones à picar en mis guſanos. Y eſtoy muy contento de preſumir, que baſtarà la

la diligencia de eſta eſcritura que hago en vida, para eſpantar, y aburrir de mi ſepulcro los grajos, abejones, y moſcardas, que ſin duda llegarian à zumbarme la calavera, y roerme los nueſſos.

El ſegundo motivo que me provoca à poner patentes los diſparatorios de mi vida es, para que de ellos coja noticias ciertas, y aſſunto verdadero el Orador que aya de predicar mis honras à los Doctores del reverente Clauſtro de mi Univerſidad. A mi opinion le tendrà cuenta, que ſe arreglen las alabanzas à mis Confeſsiones; y à la del Predicador le convendrà no poco predicar verdades. Como he paſſado lo mas de mi vida ſin pedir, ni pretender honores, rentas, ni otros intereſſes; tambien deſeo, que en la muerte ninguno me ponga, ni me añada mas de lo que yo dexàre declarado que es mio. Materiales ſobrados contiene eſte Papel para fabricar veinte Oraciones Fùnebres: y no harà demaſiada galanteria el Orador en partir con mi Alma la propina, porque le doy hecho lo mas del trabajo. Acuerdeſe de la felicidad que ſe halla el que recoge junto, diſtinguido, y verdadero el aſſunto de los Funerales: que es una deſdicha vèr andar à la raſtra (en muriendo uno de noſotros) al pobre Predicador mendigando virtudes, y eſtudiando pon-

de-

deraciones, para ſacar con algun lucimiento à ſu Difunto. Preguntan à unos, examinan à otros, y al cabo de uno, dos, ò mas años no raſtrean otra coſa que ponderar del muerto, ſino es la caridad: y eſta la deduce, porque algun dia lo vieron dàr un ochavo de limoſna. Empeñanſe en canonizarlo, y hacerle Santo, aunque aya ſido un Pedro Ponce, y es preciſo que ſea en fuerza de fingimientos, ponderaciones, y metafiſicas. A mi no me puede hacer bueno ninguno deſpues de muerto, ſi yo no lo he ſido en vida. Las bondades que me apliquen, tampoco me pueden hacer provecho. Lo que yo haga, y lo que yo trabaje, es lo que me ha de ſervir, aunque no me lo cacareen. Ruego deſde aora al que me predique, que no pregunte por mas ideas, ni mas aſſuntos, que los que encuentre en eſte Papel. Soy hombre claro, y verdadero, y dirè de mi lo que ſepa con la ingenuidad que acoſtumbro. Agarreſe de la miſericordia de Dios, y diga, que de ſu piedad preſume mi ſalvacion; y no ſe meta en el verengenal de hacerme virtuoſo, porque mas ha de eſcandalizar, que perſuadir con ſu Platica. Si mi Univerſidad puede ſuſpender la coſtumbre de predicar nueſtras Honras, yo deſeo que empiece por mi, y que me cambie à Miſſas, y Reſponſos el Sermon, el Tumulo, las can-

candelillas, y los epitafios. Gaſte con otros ſugetos mas dignos, y mas acreedores à las pompas ſus exageraciones, y el bullage de los ſentimientos enjutos; que yo morirè muy agradecido ſin la eſperanza de mas Honras, que las eſpeciales que me tiene dadas en vida. Eſtos ſon los motivos que tengo para ſacarla à luz de entre tantas tinieblas: Y antes de empezar conmigo, traſplantarè à la viſta de todos el rancio alcarnoque de mi Alcurnia, para que ſe ſepa de raìz, qual es mi tronco, mis ramos, y mis frutos.

ASCENDENCIA DE DON DIEGO de Torres.

SAlieron de la Ciudad de Soria, ni sè ſi arrojados de la pobreza, ò de alguna traveſura de mancebos, Franciſco, y Roque de Torres, ambos hermanos de corta edad, y de ſana, y apreciable eſtatura. Roque, que era el mas bronco, mas fornido, y mas adelantado en dias, paró en Almeida de Sayago, en donde gaſtò ſus fuerzas, y ſu vida en los penoſos afanes de la Agricultura, y en los canſados entretenimientos de la Aldea. Mantuvoſe ſoltero, y celibato; y el azadon, el arado, y una templada dieta, eſpecialmente en

el

el vino, à que ſe ſujetò deſde mozo, le alarga-
ron la vida haſta una larga, fuerte, y apacible
vejèz. Con los repueſtos de ſus miſerables
ſalarios, y alguna ayuda de los dueños de las
tierras que cultivava, comprò cien gallinas, y
un borrico: y con eſte poderoſo Aſsiento, y
crecido negocio empezò la nueva carrera de ſu
ancianidad. Siendo yà hombre de cinquenta
y ocho años, metido en una chia, y rebuelto
en ſu gavan, ſe puſo à Arriero de huevos, y
trugiman de pollos, acarreando eſta mercadu-
ria al Corrillo de Salamanca, y à la plaza de
Zamora. Era en eſtos Pueſtos la diverſion, y
alegria de las gentes, y en eſpecial de las
mozas, y los compradores. Fue muy conocido
y eſtimado de los vecinos de eſtas dos Ciuda-
des, y todos ſe alegraban de vèr entrar por ſus
puertas al Sayagues: porque era un viejo
deſaſquerado, gracioſo, ſencillo, barato, y de
buena condicion. Con la afabilidad de ſu
trato, y la tarèa de eſte pobre comercio deſqui-
tava las reſiſtencias del azadon, y burlò los
ardides, y tropelìas de la ocioſidad, la ve-
jèz, y la miſeria. Viviò noventa y dos años,
y lo ſacò de eſte mundo (ſegun las ſeñas que
dieron los de Sayago) un colico convulſivo.
Dexò à ſu Alma por heredera de ſu borrico,
ſus gallinas, ſus zuecos, y gavan, que era

to-

todos ſus muebles, y raìzes: y haſta oy que
e me ha antojado à mi hacer eſta memoria,
adie en el mundo ſe ha acordado de tal
hombre.

Franciſco, que era mas mozo, mas habil,
de humor mas violento, llegò à Salaman-
ca; y deſpues de aver rodado todas las Por-
erìas de los Conventos, aſſentò en caſa de
n Boticario: recibiòle para ſacar agua del
ozo, lavar peroles, machacar raìzes, y
rrullar à ratos un niño que tenia. Fueſſe
nſtruyendo inſenſiblemente en la patarata de
os rotulos: entrometiòſe en la goloſina de
os xaraves, y las confervas; y con
ſte baño, y algunas unturas que ſe dava
n los ratos ocioſos con los Canones del
Meſſue, ſaliò en pocos dias tan buen Gra-
matico, y famoſo Farmaceutico como los
mas de eſte exercicio. Fue examinado, y
probado por el reverendo Tribunal de la
Medicina, y le dieron aquellos ſeñores ſu
Cedulòn, para que ſin incurrir en pena al-
una, hicieſſe, y deſpachaſſe los ungüentos,
os zerotes, los julepes, y las demàs por-
uerìas que encierran eſtos Oficiales en ſus
axas, botes, y redomas. Muriò ſu amo po-
os meſes deſpues de ſu examen; y antes de
umplir el año de muerto ſe casò, como era

re-

regular, con la viuda; la que quedò moza, bien tratada, y con tienda abierta: y entre otros hijos tuvieron à Jacinto de Torres, que por la pinta fue mi legitimo Abuelo. Fue Franciſco un buen hombre, muy aſsiſtente à ſu caſa, retirado, y limoſnero: murió mozo, y creo piadoſamente que goza de Dios.

Quedò mi Abuelo Jacinto en poder de ſu madre; y crióſe como hijo de viuda, libre, regalado, impertinente, y vicioſo. La libertad de la crianza, y la violencia de ſu genio lo echaron de ſu caſa; y deſpues de muchas correrìas, y eſtaciones parò en Flandes. Sirviò al Rey de poco; porque à los dos años del aſsiento de ſu plaza, que fue de Soldado raſo, le embarò el movimiento de una pierna un carbunco que le ſaliò en una corva. Coxo, invalido, y ſin ſueldo ſe hallava en Flandes; y acoſado de la neceſsidad, diſcurriò en elegir un oficio para ganar la vida. Aprendiò el de Tapicero, y ſaliò en èl primoroſo, y delicado, como lo juran varias obras ſuyas, que ſe mantienen oy en Salamanca, y otras partes. Yà Maeſtro, y hombre de treinta y quatro años, ſe bolviò à ſu patria, aſſentò ſu rancho, y puſò ſus tres lares, ſu tabla à la puerta con las Armas Re-

les,

les, y ſu rotulòn: *Del Rey nueſtro Señor Tapicero.* Casò con Maria de Vargas, que fue mi Abuela, y vivieron muchos años con embidiable ſerenidad, y moderada conveniencia: porque ſu oficio, ſu economia, y ſu paz les multiplicava los bienes, y el trabajo. De eſte Matrimonio ſaliò Pedro de Torres mi buen Padre, Maria de Torres, y Joſeph de Torres. Eſte muriò Carmelita Deſcalzo en Indias con opinion de eſcogido Religioſo, y mi Padre en Salamanca, aviendo vivido del modo que dirè brevemente.

Mi Padre Pedro de Torres eſtava eſtudiando la Gramatica Latina quando murieron mis Abuelos. Entrava en el Eſtudio con deſabrimiento, como todos los muchachos; y luego que ſe viò libre, y ſin obediencia, ſe deſhizo de Antonio de Nebrixa, aburriò à ſu patria, y fue à parar à la Eſtremadura. Sirviò en Alcantara à un Cavallero llamado Don Sancho de Arias y Paredes, de quien ay larga generacion, buena memoria, y loables noticias en aquel Reyno. Tres años eſtuvo en ſu caſa, ſin otro cuidado que acompañar al Eſtudio à dos hijos de eſte Cavallero. Aficiònòſe como niño à hacer lo que los otros; y al miſmo tiempo que ſus amos, ſe inſtruyò en los ſyſtemas Filoſoficos de Ariſtoteles.

Marchò à Madrid, no sè ſi voluntario, ò deſpedido: ſolo ſupe, que ſus amos ſintieron tiernamente ſu auſencia, porque le amavan como à hijo. Canſado de ſolicitar conveniencias, yà para ſervir, yà para holgar, como hacen todos los que ſe hallan ſin medios en la Corte, ſe puſo al oficio de Librero. Aprendiòle brevemente, y bolviò à Salamanca, en donde aſſentò ſu Tienda, que en aquel tiempo fue de las mas ſurtidas, y famoſas. Casòſe con Manuela de Villarroèl, y ſalimos de eſte Matrimonio diez y ocho hermanos: y ſolo eſtamos oy en el mundo mis dos hermanas Manuela, y Joſepha de Torres, y yo, que todavia eſtoy medio vivo. El caudal, y el trabajo de mis Padres ſoſtenìa con templanza, y con limpieza la numeroſa porcion de hijos que Dios les avia dado, haſta que por los años de ſetecientos y tres ſe empezò à deſmoronar la Tienda con las frequentes faltas, que mi Padre hacìa de ſu Amoſtrador, y ſus Andenes. Fue la cauſa averle nombrado por Procurador del Comun, y poner en ſu deſvelo la Ciudad de Salamanca la aſsiſtencia de los Almacenes de polvora, armas, y otros pertrechos, y dexar ſolo à ſu cuidado los aloxamientos de la Tropa, que por aquellas cercanìas tranſitava à la

la guerra de Portugal. Acabòſe de arruinar la Librerìa con la duracion de los nuevos encargos, à que acudia mi honradiſsimo Padre: y el Real Conſejo de Caſtilla, informado de la lealtad, zelo, promptitud, y deſperdicio de bienes, y trabajo con que avia ſervido al Rey, mandò à la Ciudad, que le dieſſen quatrocientos ducados anuales, y treſcientos doblones, para que por una vez ſe reforzaſſe de ſus perdidas. Con eſta ayuda de coſta viviamos eſtrechos, pèro ſin trampas, ni ſenſible miſeria. Hechas las paces còn Portugal, reformaron, con otros, el triſte ſueldo de mi Padre, y quedò pobre, viejo, y ſin el recurſo à ſus Libros, y tarèas.

Era yo à eſta ſazon un mozote de diez y ocho años, que ſolo ſervia de eſtorvo, de eſcandalo, y de añadidura à la pobreza: y viendo que la extrema neceſsidad eſtava yà à los umbrales de nueſtras puertas, dexè la compañia de mis Padres, con la deliberacion de no permitir, que la miſeria, y los deſconſuelos ſe apoderaſſen de ſu canſada vida. La piedad de Dios premiò mis buenos deſeos con la viſta de ſus alivios. Fue el caſo, que marchè à Madrid, y à pocos dias logrè amiſtad con Don Jacobo de Flon, Superintendente entonces de la Renta del Ta-

baco de la Corona: y la piedad de eſte Cavallero me diò quatrocientos ducados con un titulo poſtizo de Viſitador de los Eſtancos de Salamanca, para que mi Padre comieſſe ſin las zozobras en que yo le dexè amenazado. Pude agregar à eſte anual ſocorro la Adminiſtracion de los Eſtados de Acevedo del Excelentiſsimo Señor Conde de Miranda mi Señor; y con ſu producto, y los forzoſos repueſtos de mis tarèas logrò una feliz, y deſcanſada vejèz. Fue mi Padre hombre muy gracioſo, de agradable trato, y de converſacion entretenida, y variamente docta. No ſalia de ſu Tienda comprado, ò vendido libro alguno antiguo, ò moderno; que no lo leyeſſe antes con cuidado, è inteligencia. En la Hiſtoria fue famoſo, y puntualiſsimo; y en las Facultades Eſcolaſticas entendia mas que lo que regularmente ſe preſume de un lego con atencion à otros cuidados. Gozò de unos humores apacibles, un animo ſuave, ſoſſegado, y continuamente feſtivo. Fue verdadero en ſus tratos, humilde en ſus obras, y palabras; y pacifico, y conforme en todas las adverſidades. Muriò de ſeſenta y ocho años, con ayuda de los Medicos, de una calentura uſtiva, que declinò en unas parotidas, que ellos llaman Symptomaticas: y en to-

todo el tiempo de ſu enfermedad mantuvo la alegria, y la gracia del genio; pues haſta la ultima hora no dexò las precioſas agudezas de ſu buen humor. Mi Madre Manuela de Villarroèl vive oy, cargada con ſetenta y quatro años: pero la fortaleza de ſus humores, y la robuſtèz del genio arraſtran la peſadumbre de la edad ſin penoſa fatiga, ni deſazon deſeſperada. La memoria ſe le ha hundido un poco; pero las demàs potencias las uſa con prontitud, y con deleyte. Mi Madre fue hija de Franciſco Villarroèl, y èſte ſuſtentò una dilatada familia con una Tienda de lienzos, que tenìa en la Plaza de Salamanca, unas Viñas, y una caſa Bodega en el Lugar de Villa-Mayor, que ſon las unicas raìces que conocì en toda mi generacion.

Yà he deſtapado los primeros entreſijos de mi deſcendencia: no dudo que en regiſtrando mas rincones, ſe encontrarà mas baſura, y mas limpieza; pero ni lo mas lucio me darà baſças, ni lo mas relamido me harà ſaborear con gula reprehenſible. Mis diſguſtos, y mis alegrias no eſtàn en el arbitrio de los que paſſaron, ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta, ò mi reſpeto eſtàn colgados ſolamente de mis obras, y de mis pa-

palabras: los que ſe murieron, nada me han dexado: à los que viven no les pido nada; y en mi fortuna, ò en mi deſgracia no tienen parte, ni culpa los unos, ni los otros. Lo que aſſeguro es, que pongo lo mas humilde, y que he entreſacado lo mas aſqueroſo de mi generacion, para que ningun ſobervio preſumido imagine, que me puede dàr que ſentir en callarme, ò deſcubrirme los parientes. Algunos tendrian, ò eſtaràn aora en empleos nobles, reſpetoſos, y ricos; el que tenga noticia de eſſos, callelos, ò deſcubralos, que à mi ſolo me importa retirarme de las perſuaſiones de la vanagloria, y de los engreimientos de la ſobervia. Los hombres todos ſomos unos: à todos nos rodea una miſma carne, nos cubren unos miſmos elementos, nos alienta una miſma alma, nos afliguen unas miſmas enfermedades, nos aſſaltan unos miſmos apetitos, y nos arranca del mundo la muerte. Aun en las aprehenſiones, que producen nueſtra locura, no nos diferenciamos quaſi nada. El paño que me cubre es un poco mas gordo de hiladura que el que engalana al Principe; pero ni à èl le desfigura de hombre lo delgado, ni lo libra de achaques lo pulido; ni à mi me deſcarta del gremio de la racionalidad lo burdo del eſtam-

eſtambre. Nueſtra raza no es mas que una: todos nos derivamos de Adàn. El arbol mas copetudo tiene muchos pedazos en las Zaparterìas, algunos zoquetes en las cardas, y muchos eſtillones, y mendrugos en las horcas, y los tablados: y al revès; el tronco mas rudo tiene muchas eſtatuas en los tronos, algunos Oraculos en los Tribunales, y muchas Imagenes en los Templos. Yo tengo de todo, y en todas partes, como todos los demàs hombres: y tengo el conſuelo, y la vanidad, de que no ſiendo Hidalgo, ni Cavallero, ſino Villanchon redondo, ſegun ſe reconoce por los quatro coſtados, que he deſcoſido al ſayo de mi Alcurnia, haſta aora, ni me ha deſamparado la eſtimacion, ni me hà hecho dengues, ni geſtos la honra, ni me han eſcupido à la cara, ni al naçimiento los que reparten en el mundo los honores, las abundancias, y las fortùnas. Otros con tan malos, y peores Abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderoſos, y temidos; y muchos de los que tienen ſus raìzes en los tronos, andan infames, pobres, y deſpreciados. Lo que aprovecha es, tener buenas coſtumbres, que eſtas valen mas que los buenos parientes; y el vulgo, aunque es indomito, hace juſticia

à lo que tiene delante. Los Abuelos ricos ſuelen valer mas que los nobles; pero ni de unos, ni otros neceſsita el que ſe acoſtumbra à honrados penſamientos, y virtuoſas hazañas. Un Chriſtiano viejo, ſano, robuſto, lego, y de buen humor es el que deve deſear para Abuelo el hombre deſengañado de eſtas fantaſmas de la ſobervia: que ſea Procurador, Abugetero, ò Boticario, todo es droga. Yo finalmente eſtoy muy contento con el mio, y he ſido tan dichoſo con mis picaros parientes, que à la hora que eſto eſcrivo, à ninguno han ahorcado, ni azotado, ni han advertido los rigores de la juſticia de modo alguno la obediencia al Rey, à la Ley, y à las buenas coſtumbres. Todos hemos ſido hombres ruines; pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos, y picardias. Eſta deſcendencia me ha dado Dios, y eſta es la que me conviene, y me importa. Y yà que ſie dicho de donde vengo, voy à decir lo que ha permitido Dios que ſea.

NA-

NACIMIENTO, CRIANZA, Y ESCUELA de Don Diego de Torres: y ſuceſſos haſta los primeros diez años de ſu vida, que es el Primer Trozo de ſu vulgariſsima Hiſtoria.

YO nacì entre las cortaduras del papel, y los rollos del pergamino, en una caſa breve del Barrio de los Libreros de la Ciudad de Salamanca: y renacì por la miſericordia de Dios en el Sagrado Bautiſmo en la Parroquia de San Iſidoro, y San Pelayo, en donde conſta eſte caracter, que es toda mi vanidad, mi conſuelo, y mi eſperanza. La retayla del Abolorio, que dexamos atràs, eſtà bautizada tambien en las Igleſias de eſta Ciudad, unos en San Martin, otros en San Chriſtoval, y otros en la Igleſia Cathedràl: menos los dos hermanos Roque, y Franciſco, que ſon los que traſplantaron la caſta. Los Villarroèles, que es la derivacion de mi Madre, tambien tiene de treſcientos años à eſta parte aſſentada ſu raza en eſta Ciudad: y en los libros de bautizados, muertos, y caſados ſe encontraràn ſus nombes, y exercicios. Crième como todos los niños con teta, y moco, lagrimas, y caca, beſos, y pabilla. No tuvo mi Madre en mi preñado, ni

en

en mi nacimiento antojos, revelaciones, ſueños, ni ſeñales de que yo avia de ſer Aſtrologo, ò Saſtre, ſanto, ò diablo. Paſsò ſus meſes ſin los aſſombros, ò las pataratas que nos cuentan de otros nacidos; y yo ſalì del miſmo modo naturalmente, ſin mas teſtimonios, mas pronoſticos, ni mas ſeñales, y ſignificaciones, que las comunes porquerìas en que todos nacemos, arrebujados, y ſumidos. Enſuciando pañales, faldas, y talegos, llorando à chorros, gimiendo à pauſas, hecho el hazme reìr de las viejas de la vecindad, y el embeleſamiento de mis Padres, fuì paſſando haſta que llegò el tiempo de la Eſcuela, y los ſabañones. Mi Madre cuenta todavia algunas niñadas de aquel tiempo; ſi dixe eſte deſpropoſito, ò la otra gracia; ſi tirè piedras; ſi embadurnè el baquero; el papa, caca, y las demàs ſencilleces que refieren todas las madres de ſus hijos: pero ſiendo en ellas amor diſculpable prueva de memoria, y vejèz referirlas, en mi ſerà necedad, y moleſtia declararlas. Quedemos en que fuì como todos los niños del mundo, puerco, y lloròn; à ratos gracioſo, y à veces terrible: y eſtàn dichas todas las traveſuras, donayres, y gracias de mi niñèz.

A

A los cinco años me puſieron mis padres la Cartilla en la mano; y con ella me clavaron en el corazon el miedo al Maeſtro, el horror à la Eſcuela, el ſuſto continuado à los azotes, y las demàs anguſtias, que la buena crianza tiene eſtablecidas contra los inocentes muchachos. Paguè con las nalgas el ſaber leer, y con muchos ſopapos, y palmetas el ſaber eſcrivir: y en eſte Argel eſtuve haſta los diez años, aviendo padecido cinco en el cautiverio de Pedro Rico, que aſsi ſe llamava el Comitre que me retubo en ſu galera. Ni los alhagos del Maeſtro, ni las amenazas, ni los caſtigos, ni la coſtumbre de ir, y bolver de la Eſcuela pudieron engendrar en mi eſpiritu la mas leve aficion à las letras, y las planas. No nacìa eſte rebelion de aquel comun alivio que ſienten los muchachos con el ocio, la libertad, y el eſparcimiento; ſino de un natural horror à eſtos traſtos, de un apetito proprio à otras niñerias mas ocaſionadas, y mas dulces à los primeros años. El trompo, el reguilete, y la matraca eran los idolos, y los deleytes de mi puerilidad: quanto mas crecia el cuerpo, y el uſo de la razon, mas aborrecia eſte linage de trabajo. Aſſeguro, que aviendo ſido mi nacimiento, mi crianza, y toda la

ocu-

ocupacion de mi vida entre los libros, jamàs tomè alguno en la mano, deſeoſo del entretèmiento, y la enſeñanza, que me podian comunicar ſus hojas. El miedo al ocio, la neceſsidad, y la obediencia à mis Padres me metieron en el Eſtudio; y ſin ſaber lo que me ſucedia, me hallè en el gremio de los Eſcolares, rodeado del vade, y la ſotana. Quando niño, la ignorancia me apartò de la comunicacion de las lecciones: quando mozo, los paſſeos, y las altanerìas no me dexaron penſar en ſus utilidades: y quando me ſentì barbado, me deſconſolò mucho la variedad de ſentimientos, la turbulencia de opiniones, y la conſideracion de los fines de ſus Autores. A los libros ancianos aun les conſervava algun reſpeto; pero deſpues que vì, que los libros ſe forjavan en unas cabezas tan achacoſas como la mia, acabaron de poſſeer mi eſpiritu el deſengaño, y el aborrecimiento. Los libros gordos, los magros, los chicos, y los grandes ſon unas alhajas que entretienen, y ſirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoſo, y entretenido: el que los trata mucho, eſtà muy cerca de ſer loco: el que no los uſa, es del todo necio. Todos eſtàn hechos por hombres, y preciſamente han

ſian de ſer defectuoſos, y obſcuros como el hombre. Unos los hacen por vanidad, otros por codicia, otros por la ſolicitud de los aplauſos, y es rariſsimo el que para el bien publico ſe eſcrive. Yo ſoy Autor de doce libros, y todos los he eſcrito con el anſia de ganar dinero para mantenerme. Eſto nadie lo quiere confeſſar; pero atiſvemos à todos los hypocritas, melancolicos, embuſteros, que ſuelen decir en ſus Prologos, que por el ſervicio de Dios, el bien del proximo, y redencion de las Almas dàn à luz aquella Obra; y ſe hallarà, que ninguno nos la dà de valde, y que empieza el petardo deſde la Dedicatoria, y que ſe eſpiritan de corage contra los que no ſe la alaban, è introducen. Muchos libros ay buenos, muchos malos, è infinitos inutiles. Los buenos ſon los que dirigen las Almas à la ſalvacion por medio de los preceptos de enfrenar nueſtros vicios, y paſsiones. Los malos ſon los que ſe llevan el tiempo ſin la enſeñanza, ni los aviſos de eſta utilidad: y los inutiles ſon los mas de todas las que ſe llaman Facultades. Para inſtruirſe en el idioma de la Medicina, y comer ſus Aforiſmos, baſta un Curſo qualquiera, y paſſan de doce mil los que ay impreſſos, ſin mas novedad que repetirſe, traſla-

ladarſe, y maldecirſe los unos à los otros: y lo miſmo ſucede entre los Oficiales, y Maeſtros que parlan, y practìcan las demàs Ciencias. Yo confieſſo, que para mi perdieron el credito, y la eſtimacion los libros, deſpues que vì que ſe vendian, y apreciavan los mios, ſiendo hechuras de un hombre loco, abſolutamente ignorante, y relleno de deſvarios, y eſtrañas inquietudes. La laſtima es, y la verdad, que ay muchos Autores tan parecidos à mi, que ſolo ſe diferencian del ſemblante de mis locuras, en un poco de moderacion afectada: pero en quanto à necios, vanos, y defectuoſos, no nos quitamos pinta. Finalmente la natural ojeriza, el deſengaño ageno, y el conocimiento proprio, me tienen dias ha deſocupado, y fugitivo de ſu converſacion: de modo, que no avia cumplido los treinta y quatro años de mi edad, quando derreneguè de todos ſus cuerpos; y una mañana que amaneciò con mas furia en mi celebro eſta eſpecie de delirio, repartì entre mis amigos, y contrarios mi corta Librerìa; y ſolo dexè ſobre la meſa, y ſobre un ſillon que eſtà à la cabecera de mi cama, la Tercera Parte de Santo Thomàs, Kempis, el Padre Croſet, Don Franciſco de Quevedo, y tal qual Devocionario de los que aprovechan para la felicidad de toda la vida, y me pueden ſervir en la ventura de la ultima hora.

En los ultimos años de la Eſcuela, quando eſtava yo aprendiendo las formaciones, y valor de los guariſmos, empezaron à hervir à borbotones las traveſuras del temperamento, y de la ſangre. Hice algunas picardiguelas reparables en aquella corta edad. Fueron todas nacidas de falta de amor à mis iguales, y de temor, y reſpeto à mis mayores. Creo que en eſtas oſſadìas no tuvieron toda la culpa la ſimplicidad, la deſtemplanza de los humores, ni la naturàl inquietud de la niñez; tuvo la principal accion en mis reboltoſas traveſuras la necedad de un barbaro Oficial de un Texedor vecino à la caſa de mis Padres: porque eſte bruto (era Gallego) diò en decirme que yo era el mas guapo, y el mas valiente entre todos los niños de la barriada; y me ponia en la ocaſion de reñir con todos, y aun me llevava à pelear à otras Parroquias. Azùzavame como à los perros contra los otros muchachos, yà iguales, yà mayores, ò jamàs pequeños; y lo que logrò eſte ſalvage fue llenarme de chichones la cabeza, andar puerco, y roto, y con una mala inclinacion pegada à mi genio;

de

de modo, que yà ſin ſu ayuda me ſalìa à repartir, y à recoger puñadas, y mogicones ſin cauſa, ſin colera, y ſin mas deſtino que exercitar las malditas lecciones que me dió ſu brutal entretenimiento. Eſta inculpable deſcompoſtura puſo à mis Padres en algun cuidado, y à mi en un trabajo riguroſo; porque aſsi ſu obligacion, como el carino de los parientes, y los vecinos, que amavan antes mis ſencilleces, procuraron ſoſſegar mis malas mañas con las oportunas advertencias de muchos ſopapos, y azotes, que añadidos à los que yo me ganava en las pendencias, componian una peſadumbre yà caſi inſufrible à mis tiernos, y dèbiles lomos. Eſta aſpereza, y la mudanza del ſalvage del Texedor, que ſe fue à ſu paìs, y ſobre todo la verguenza que me producìa el mote de *Piel del Diablo*, con que yà me vexavan todos los Parroquianos, y vecinos, moderaron del todo mis traveſuras, y bolvì ſin eſpecial ſentimiento à juntarme con mi inocente apacibilidad.

Salì de la Eſcuela, leyendo, ſin ſaber lo que leìa, formando caracteres claros, y gordos; pero ſin forma, ni hermoſura; inſtruìdo en las cinco reglillas de ſumar, reſtar, multiplicar, partir, y medio partir: y finalmen-

mente bien alicionado en la Doctrina Chriſtiana: porque repetia todo el Cateciſmo ſin errar lerra, que es quanto ſe le puede agradecer à un muchacho, y quanto ſe le puede pedir à una edad, en la que ſola la memoria tiene mas diſcernimiento, y mas ocaſiones, que las demàs potencias. Con eſtos principios, y yà enmendado de mis traveſurillas, paſsè à los Generales de la Gramatica Latina en el Colegio de Trilingue, en donde empecè à trompicar Nominativos, y Verbos, con mas miedo que aplicacion. Los provechos, los daños, los ſentimientos, y las fortunas que me ſiguieron en eſte tiempo, los dirè en el ſegundo Trozo de mi vida, pues aqui acabaron mis diez años primeros, ſin aver padecido en eſta eſtacion mas incomodidades, que las que ſon comunes à todos los muchachos. Salì, gracias à Dios, de las viruelas, el ſarampion, las poſtillas, y otras plagas de la edad, ſin leſsion reprehenſible en mis miembros. Entrè crecido, fuerte, robuſto, gordo, y felizmente ſano en la nueva fatiga: la que ſeguì, y finalicè, como verà el que quiera leer, ù oìr.

☞ (✠) ☜

TROZO SEGUNDO DE LA VIDA DE DON Diego de Torres. Empieza deſde los diez años haſta los veinte.

DON Juan Gonzalez de Dios, oy Doctor en Filoſofia, y Cathedratico de Letras humanas en la Univerſidad de Salamanca, hombre primoroſo, y delicadamente ſabio en la Gramatica Latina, Griega, y Caſtellana, y entretenido con admiracion, y provecho en la dilatada amenidad de las buenas letras, fue mi primer Maeſtro, y Conductor en los preceptos de Antonio de Nebrixa. Es Don Juan de Dios un hombre ſilencioſo, mortificado, ceñudo de ſemblante, extatico de movimientos, retirado de la multitud, ſentencioſo, y parco en las palabras, rigido, y eſcrupuloſamente reparado en las acciones; y con eſtas modales, y las que tuvo en la enſeñanza de ſus Diſcipulos, fue un venerable, temido, y prodigioſo Maeſtro. Para que aprovechaſſe ſin deſperdicios el tiempo, me entregaron totalmente mis Padres à ſu cuidado, poniendome en el pupilage virtuoſo, eſparcido, y abundante de ſu caſa. Poco aficionado, y felizmente medroſo cumplia con las tarèas del eſtudio, y los demàs exercicios que tenìa impueſtos la pru-

den-

dencia del Maeſtro, para hacer dichoſos, y aprovechados à los Pupilos. Procurava poner en la memoria las lecciones que me ſeñalava ſu experiencia, con baſtante trabajo, y porfia; porque mi memoria era tarda, rebelde, y ſin diſpoſicion para retener las voces. El temor à ſu aſpecto, y à la liberalidad del caſtigo vencia en mi temperamento eſta pereza, ò natural averſion, que ſiempre eſtuvo permanente en mi eſpiritu à eſta caſta de entretenimientos, ò trabajos. La alegria, el orgullo, y el bullicio de la edad, me los tenia ahogados en el cuerpo ſu continua preſencia. Interiormente hallava yo en mi muchas diſpoſiciones para ſer malo, reboltoſo, y atrevido; pero el miedo me tuvo diſsimuladas, y ſumidas las inclinaciones. La rigidèz, y la opreſsion importa mucho en la primera crianza: el geſto del Preceptor à todas horas ſobre los muchachos les detiene las traveſuras, les apaga los vicios, les ſofoca las inconſideraciones, y modera aun las inculpables altanerìas de la edad. A la viſta del Maeſtro ningun muchacho es malo, ninguno perezoſo, todos ſe anìman à parecer aplicados, y liberales; y la repeticion, y el vencimiento les và trocando las inclinaciones, y haciendo que tomen el guſto à las virtudes. Regañando interiormente, lleno de haſtìo, y

diſsimulando la inapetencia à los eſtudios, y à la doctrina traguè tres años las lecciones, los conſejos, y los aviſos; y à peſar de mis achaques ſali bueno de coſtumbres, y medianamente robuſto en el conocimiento de la Gramatica Latina. De muchos niños ſe cuenta, que eſtudiaron eſta Gramatica en ſeis meſes, y en menos tiempo. Yo doy gracias à Dios por la crianza de tan poſsibles penetraciones; però creo lo que me parece. Lo que aſſeguro es, que en mi compañia curſavan quatrocientos muchachos las Aulas de Trilingue, y à todos nos tocò ſer tan rudos, que el mas ingenioſo ſe detuvo el miſmo tiempo que yo; y otros permanecieron por muchos dias. Es verdad que eſtos adelantamientos, y milagros ſe los he oìdo referir à ſus padres; y como eſtos ſon partes tan apaſsionadas de ſus hijos, ſe puede dudar de ſus ponderaciones. Adelanta poco un niño en ſaber la Gramatica de corta edad; es gracia que ſirve para el entretenimiento; pero es muy poca la diſpoſicion que adquiere para la inteligencia de las facultades ſuperiores. No pierde tiempo el que gaſta tres, ò quatro años entre los Horacios, los Virgilios, los Valerios, y los Ovidios: entretanto crece la razon, ſe dilata el conocimiento, ſe madura el juicio, ſe repoſa el ingenio, y ſe preparan ſin violencia el deſeo, la atencion, y la porfia para ven-

vencer las dificultades. Mas allà del uſo de la razon ha de paſſar el que toma la tarèa de los Eſtudios. El ſilogizar no es para niños. Nada malogra el que ſe detiene haſta los quince, ò diez y ſeis años entretenido en las conſtrucciones de los Poetas. Haſta aqui hablo con los que han de ſeguir los Eſtudios para oficio, y para ganancia. Los que no han de comer de las facultades, en qualquiera tiempo, edad, y ocaſion que las ſoliciten, caminan con ventura: porque es todo adelantamiento quanto emprenden, gracia quanto ſaben, y virtud quanto trabajan.

Salì del pupilage detenido, docil, cuidadoſo, y poco caſtigado, porque vivì con temor, y reverencia al Maeſtro. Gracias à Dios, no moſtrè entonces mas inquietudes, que tal qual fervor de los que ſe perdonan con facilidad à la niñèz. Fui bueno, porque no me dexaron ſer malo; no fue virtud, fue fuerza. En todas las edades neceſsitamos de las correcciones, y los caſtigos; pero en la primera ſon indiſpenſables los rigores. Una de las mas felices diligencias de la buena crianza es, coger à los muchachos un Maeſtro grave, devoto, y diſcreto, à quien teman, è imiten. Muchos mozos ay malos, porque no tienen à quien temer; y muchos viejos delinquentes, porque eſtàn fuera de la juriſdicion de los azotes. El Maeſtro, y

la

la zurriaga devian durar haſta el ſepulcro, qué haſta el ſepulcro ſomos malos; y de otro modo no ſe puede hacer bondad con el mas bien acondicionado de los hombres. Los años, la prudencia, la honra, y la dignidad ſon maeſtros muy apacibles, muy deſcuidados, y muy parciales de nueſtros antojos, y apetitos; el zurriago es el maeſtro mas reſpetoſo, y mas ſevero, porque no ſabe adular, y ſolo ſabe corregir, y detener. Murió pocos años ha el Maeſtro de mis primeras letras, y lo temì haſta la muerte: oy vive el que me inſtruyò en la Gramatica, y aun lo temo mas que à las brujas, los hechizos, las apariciones de los difuntos, los ladrones, y los pedigueños; porque imagino que aun me puede azotar: eſtremecido eſtoy en ſu preſencia, y à ſu viſta no me atreverè à ſubir la voz à mas tono que el regular, y moderado. Ello parece diſparate proferir, que ſe ayan de criar los viejos con azotes como los niños; pero es diſparate apoyado en la inconſtancia, ſobervia, rebeldia, y amor proprio nueſtro, que no nos dexa haſta la muerte. Aora me eſtoy acordando de muchos ſugetos, que ſi los huvieran azotado bien de mozos, y los azotàran de viejos, no ſerian tan voluntarioſos, y malvados como ſon. En todas edades ſomos niños, y ſomos viejos, mirando à lo antojadizo de las paſsiones: en todo tiempo vivimos con in-

inclinacion à las libertades, y à los deleytes fogidos, y valen poco para detener ſu furia las correcciones, ni las advertencias. El palo, y el azote tiene mas buena gente, que los conſejos, y los agaſſajos: finalmente en todas edades ſomos locos; y el loco por la pena es cuerdo.

Paſsè deſde mi pupilage al Colegio de Trilingue, en donde me viſtieron una Veca, que alzanzò mi Padre de la Univerſidad de Salamanca. Fui examinado, como es coſtumbre, en el Clauſtro de Diputados de aquella Univerſidad; y ſegun la cuenta, ò me ſuplieron como à niño, ò correſpondì à ſatisfaccion de los Examinadores, porque no me faltò voto. Empecè la tarèa de los que llaman Eſtudios mayores, y la vida de Colegial, à los trece años, bien deſcontento, y enojado, porque yo queria detenerme mas tiempo con el trompo, y la matraca, pareciendome, que era muy temprano para meterme à hombre, y encerrarme en la melancolìa de aquel Caſaron. Eſtava de Retor del Colegio en la coyuntura de mi entrada un Clerigo virtuoſo, de vida irreprehenſible; pero yà viejo, enfermo, y aburrido de lidiar con los jovenes que ſe crian encerrados en aquella Caſa. Sus achaques, la vejèz, y los anteriores trabajos lo tenian ſujeto à la cama muchas horas del dia, y muchos meſes del año: y con eſta ſeguridad, y el exemplo de

otros

otros Colegiales amigos del ocio, la pereza, y las diverſiones inutiles; iva inſenſiblemente perdiendo la inocencia, y amontonando una poblacion de vicios, y deſordenes en el alma. Hallème ſin Guardian, ſin Celador, y ſin Maeſtro, y empezò mi eſpiritu à deſarrebujar las locuras del humor, y las inconſideraciones de la edad con increible deſſuello, y inſolencia. El guſto de mis padres, y el apoyo del Clerigo Retor me deſtinaron para que eſtudiaſſe la Filoſofia; y ſeñalandome el Maeſtro à quien avia de oìr, que fue el Padre Pedro Portocarrero de la Compañia de Jeſus, comencè eſta carrera deſcuidado, y menos medroſo, porque yà me conſiderava libre de los caſtigos, dueño de mi voluntad, y ſeñor abſoluto de mis acciones, y diſparates. Acudia tarde, è ignorante à las Conferencias: mirava ſin atencion las lecciones: retozava, y reñia con mis Condiſcipulos (no obſtante las reverendas de la Veca colorada) metìme à bufon, y deſvergonzado con los Nuevos, y profeſsè de truhan, deſcocado, y decidor con todos, ſin reſervar las gravedades del Maeſtro. Seguia en el Aula à peſar de las correcciones, aviſos, y aſperezas del Lector eſte genero de alegrias peligroſas, y en el Colegio continuava con mis compañeros otros deſordenes, y libertades, que baſtaron para hacerme olgazan, y perdulario.

Hu-

Huyendo muchos dias de la Aula, y no eſtudiando ninguno, llegùe arraſtrando haſta las ultimas Queſtiones de la Logica. Viendo el Lector que perdia el tiempo, y que no me enmendavan los conſejos, ni me contenian las correcciones, ni las amenazas, citò una tarde à mi padre, y al Retor del Colegio, para arguirme, avergonzarme, y reprehenderme en ſu preſencia. Yo tuve noticia de eſta prevencion por un Condiſcipulo; y antes que llegaſſen à cogerme en la junta, rompì delante del Lector los Cartapacios que le avia mal eſcrito, y le dixe con oſſada deliberacion, que no queria eſtudiar. Apretòme en reſpueſta unas quantas manotadas, y mandò que me agarraſſen los demàs muchachos, los que me tuvieron aſido, haſta que llegaron el Retor, y mi padre. Metieronme à empujones en un apartamiento de la Sacriſtia, que llaman la Traſtera, y alli me hicieron los cargos, y las datas. Aconſejavanme à coces, y advertianme à gritos: yo recogia de mala gana los unos, y los otros. Hice el ſordo, el ſufrido, y el enmendado: y deſpues que ſali de ſus uñas hice tambien el propoſito de no bolver à la Aula; y como era malo, lo cumpli puntualmente. Y eſtas han ſido todas las Lecciones, los Actos, los Curſos, y los Exercicios que hice en la Univerſidad de Salamanca. Unos retazos Logicos muy mal

viſ-

viſtos, fueron todos los adornos, y elementos de mis Eſtudios. Conſidere el que ha llegado haſta aqui leyendo, la materia de que ſe hacen los Doctores, y los hombres que eſcriven libros de moralidades, y doctrinas, y verà, que la necedad del vulgo, y la fortuna particular de cada uno tienen en ſu antojo la mayor parte de ſus conveniencias, ſus creditos, y ſus exaltaciones. Yo sè de mi, que gozo un vulgar ingenio, deſnudo de la enſeñanza, la aplicacion, los libros, los Maeſtros, y de todo quanto deve concurrir à formar un hombre medianamente erudito: y me han cacareado las obras, y las palabras, à peſar de mis confeſsiones, mis rudezas, mis deſcuidos, y las continuas burlas, y deſprecios con que las he ſatirizado. Arrimè deſde eſte ſuceſſo la Logica, y cogì nuevo horror à las Ciencias, de modo que en cinco años no bolvì à vèr libro alguno de los que ſe rompen en las Univerſidades. Las Novelas, las Comedias, y los Autores Romanciſtas me entretuvieron la ocioſidad, y el retiro forzado; y eſtos me dexaron deſcuidadamente en la memoria el tal qual eſtilo, y expreſsion Caſtellana con que me vandèo, para darme à entender en las converſaciones, los libros, y las correſpondencias.

Hundido en el ocio, y la inquietud eſcandaloſa, y ſin averme quedado con mas obligacion,

cion, que la de aſsiſtir à la Cathedra de Retorica, que era la Advocacion de mi Veca, proſeguì en el Colegio, ſufrido, y tolerado de la laſtima, y del reſpeto à mis pobres padres. En eſte Arte no adelantè mas que la libertad de poder ſalir de caſa, y algun bien, que à mi ſalud le pudo dàr el exercicio. Era el Cathedratico el Doctor Don Pedro de Samaniego de la Serna: los que conocieron al Maeſtro, y han tratado al Diſcipulo, podràn diſcurrir, lo que èl me pudo enſeñar, y yo aprender. Acuerdome que nos leìa à mi, y à otros dos Colegiales por un libro Caſtellano; y èſte ſe le perdiò una mañana viniendo à Eſcuelas: puſo varios Carteles ofreciendo buen hallazgo al que ſe lo bolvieſſe. El Papel no pareciò, con que nos quedamos ſin Arte, y ſin Maeſtro, gaſtando la hora de la Cathedra en converſaciones, chanzas, y novedades inutiles, y aun diſparatadas. Los años me ivan dando fuerza, robuſtèz, guſto, y atrevimiento para deſear todo linage de enredos, diverſiones, y diſparates, y yo empecè con furia implacable à meterme en quantos deſatinos, y deſpropoſitos rodèan à los penſamientos, y las inclinaciones de los muchachos. Aprendì à baylar, à jugar la eſpada, y la pelota, torear, hacer verſos; y parè todo mi ingenio en diſcurrir diabluras, y enredos, para librarme de la recluſion, y las tarèas,

en

en que ſe deven emplear los buenos Colegiales de aquella Caſa. Abrìa puertas, falſeava llaves, hendìa candados, y no ſe eſcapava de mis manos pared, puerta, ni ventana, en donde no puſieſſe las diſpoſiciones de falſearla, romperla, ò eſcalarla. Era grave delito en mi tiempo, romper de noche la clauſula, y tomar de dia la capa, y la gorra: y todas las noches, y los dias quebrantava à rienda ſuelta eſtos preceptos. Mi quarto mas parecia garito de ladron, que apoſento de Eſtudiante; porque en èl no avia mas que emboltorios de ſogas, eſpadas de eſgrima, martillos, barrenos, y eſtacones. Dì en hurtar al Retor, y Colegiales las frutas, los chorizos, y otros repueſtos comeſtibles, que guardavan en la Deſpenſa, y en ſus quartos. Gracias à Dios que me contuve en ſer ratero de eſtas goloſinas, porque los deſeos de enredar, reìr, y burlarme, eran deſeſperados; que fue providencia del Cielo no acabar en vicio execrable, lo que empezò por huelga tolerada. Las trazas, las idèas, y las invenciones de que yo usè para hacer eſtos hurtillos, y abrir las puertas para huir de la ſujecion, y la clauſura, no las quiero declarar, porque el manifeſtarlas, mas ſeria proponer vicios que imitaſſen los lectores incautos, que referir pueriles traveſuras. Lo que puedo aſſegurar es, que en las Vidas de Dominico Cartujo, Pedro Pon-

Ponce, y otros ahorcados no ſe cuentan ardides, ni mañas tan extravagantes, ni tan riſibles, como las que inventava mi ocioſidad, y mi malicia. En la memoria de mis coetaneos duran todavia muchos ſuceſſos, que ſe recuerdan muchas veces en ſus tertulias. El que los quiſiere ſaber, acuda à ſus noticias, que las relaciones paſſageras de una converſacion no dexa tan perniciоſos deſeos en los eſpiritus, como las que introducen las hojas de un impreſſo.

Acompañavanme à eſtas picardiguelas unos amigos foraſteros, y un confidente de mi proprio paño, tan reboltoſos, maniaticos, y atrevidos los unos como los otros. Callo ſus nombres, porque yà eſtàn tan enmendados, que unos ſe ſacrificàran à ſer Obiſpos, y otros à Conſejeros de Caſtilla, y no les puede hacer buena ſombra la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. En todo quanto tenia aire de locura, deſquaderno, y diſſolucion ridicula, nos hallavamos ſiempre muy unidos, promptos, alegres, y conformes. Hicimos compañia con los Toreros; y amadrigados con eſta buena gente, fuimos indefectibles alegradores en las novilladas, y torerìas que ſon frequentes en las Aldèas de Salamanca. Profeſsè de Xacaro, y me hice al trage, al idioma, y à la uſanza de la picareſca con tal conformidad, que mas parecia hijo de Pedro Arnedo, que de Pedro de

Tor-

Torres.-Para todos los deſconciertos de los que ſiguen tan licencioſa, y airada vida tuve diſpoſiciones en mi genio, y en mi ſalud: y menos el vino (que haſta aora no lo he probado) y el tabaco de hoja, todos los demàs vicios que componen un deſvergonzado Gifero los mirava, y padecia en el ultimo grado de la diſſolucion. Paſſava en el deſorden de los viages, y en el matadero muchos dias: y por la noche era el primer combidado à los bayles, los ſaraos, y las bodas de todas caſtas. Entretenia à los circunſtantes con la variedad de muchas bufonadas, y tonterìas, que ſe dicen vulgarmente habilidades, y aventajava en ellas à quantos concurrian en aquellos tiempos al reclamo de tales holgorios, y funciones. Diſfrazavame treinta veces en una noche, yà de vieja, de borracho, de Amolador Francès, de Saſtre, de Sacriſtàn, de Sopòn, y me rebolvia en los primeros trapos que encontrava, que tuvieſſen alguna ſimilitud à eſtas figuras. Repreſentava varios verſos, que yo componia à eſte propoſito, y arremedava con propriedad ridiculamente extraordinaria los modos, locuciones, y movimientos de èſtas, y otras riſibles, y extravagantes piezas. Tenia bolſa de Titiritero, y jugava con promptitud, y diſsimulado las pelotillas, los cubiletes, y los demàs traſtos de embobar los concurſos. Acompañava con la guitarra un gran caudal de tonadillas gracioſas, y ſingulares, y danzava con ligereza, y con ayre de toda la Eſcuela Eſpañola, yà con la caſtañeta, yà con la guitarra, yà con la eſpada, y el broquel, dando ſobre eſtos traſtos variedad, y multitud de bueltas, que no me pudo imitar ninguno de los mancebos que andavan entonces en la maroma de las locuras, deſeoſos de parecer bien con eſtas gracias, habilidades, ò deſenfados. Finalmente yo olvidè la Gramatica, las Sumulas, los miſerables elementos de la Logica, que aprendì à trompicones, mucho de la Doctrina Chriſtiana, y todo el pudor, y encogimiento de mi crianza; pero ſalì gran danzante, buen toreador, mediano muſico, y refinado, y atrevido truhan.

Rebuelto en eſtas malas coſtumbres, y diſtracciones, gaſtè cinco años en el Colegio, y al fin de ellos bolvì à la caſa de mis Padres. Un mes poco mas eſtuve en ella mal contento con la ſujecion, atemorizado del reſpeto, y eſcaſamente corregido. Pero à peſar de los gritos que me davan mis Camaradas, y de los llamamientos de mis inclinaciones traviesas, vivia mas contenido, y retirado. Leìa por engañar al tiempo, y entretener la opreſsion, tal qual librillo de los que por inutiles ſe avian quedado del remate, y deſvarato de la Tienda de mis

mis Padres: y eſpecialmente me deleytò con embeleſo indecible un Tratado de la Eſfera del Padre Clavio, que creo fue la primera noticia que avia llegado à mis oìdos de que avia Ciencias Mathematicas en el mundo. Algunas veces, à hurtadillas de la vigilancia de mis Padres, y de mi obediencia, hice algunas ſalidas, y eſcapatorias, que ſe ordenavan à correr las cazuelas, y cubiletes de las Paſtelerìas, à hurtar las copioſas Cenas de la Capilla de Santa Barbara, à introducirme con mis amigotes en las caſas de qualquiera de los barrios extraviados donde ſonava el panderillo, ò la guitarra, y à hacer burlas, embelecos, y bufonadas con todo genero de gentes, y perſonas. Deſde eſte tiempo tomaron tal miedo à eſtos hurtos, y tan ſobervio temor à los palos, y pedradas que ſe levantavan entre hurtados, y ladrones, que los Graduados, y Miniſtros de la Univerſidad, por Acuerdo ſuyo, repartian las Cenas à las tres de la tarde, quedandoſe ſolo con los huevos, el xigote, y la enſalada, para cumplir con la ceremonia, y el hambre de la noche. Omito el referir, y particularizar las trazas, y eſpantajos de que nos valiamos para lograr las preſas, por no hacer mas prolixa eſta Hiſtoria, y por no recordar con las relaciones los ſentimientos, y los enojos de muchos que oy viven de

de los que padecieron tan peſadas burlas. Pareciale à mi eſpiritu, que eran pocas, y muy llenas de ſuſto las libertades que ſe tomava mi induſtria eſcandaloſa, aprovechandoſe del ſueño, el deſcuido, y las ocupaciones de mi padre; y tratè en mi interior de entregarme à todas las anchuras, y correrias, à que continuamẽte eſtava anhelando mi altanero apetito. Precipitado de mis imaginaciones una tarde que ſalieron al campo mis padres, y hermanas, y quedè yo en caſa apoderado de los pocos ajuares de ella; tomè una camiſa, el pan que pudo caber debaxo del brazo izquierdo, y doce reales en calderilla, que eſtavan deſtinados para las prevenciones del dia ſiguiente; y ſin penſar en paradero, vèreda, ni deſtino, me entreguè à la majaderìa de mis deſeos, y à la necedad de la que llaman buena ventura; y una, y otra, acompañadas de la ſoltura de mis pies, me puſieron aquella noche en Calzada de Don Diego. Tomè poſſada en las gavillas de las Eras; tumbado entre las pajas, empecè à ſacar pellizcos à la proviſion que llevava en la maleta de mi ſobaco, y con el pan en la boca me agarrò un ſueño apacible, y dilatado. Dormì haſta que el Sol me caldeò los hocicos con alguna aſpereza, y deſpertè arrepentido de aver dexado la acomodada pobreza de la caſa de mis padres, por la cierta deſgracia del

que camina ſin conocimiento, y ſin dinero. Eſtuve un breve rato, mientras me ſacudia de las pajas, lidiando contra las razones, y los aciertos de bolverme: pero quedè vencido, ò del temor à las reprehenſiones, que ſe me proponian, ò de los conſejos de mi bribon apetito; y rompiendo por los trabajos, calamidades, y miſerias que me pintò de repente la conſideracion de mi cortedad, y poca induſtria para buſcar la comida, me encaminè à Portugal, ſin proponerſeme deſcanſo, parada, ni oficio à que me avia de póner.

Entrè por Almeida; y por el camino iva diſcurriendo parar en Braga, en donde reſidìa un Paiſano, en cuya franqueza yà librava mi antojo el ſuſtento, el ocio, y la diverſion. Paſſada la *Ponte de Coba* encontrè à un Ermitaño, que avia algunos años que rodava por aquel pedazo de tierra, que llaman los Portugueſes *Detràs de os montes*; y oliendome èſte en la converſacion que emprendimos, y en los humos de mi vagage, que yo iva, como ſuelen decir, à buſcar la vida, me combidò con las ſolicitudes, y mañas que èl avia encontrado para ſoſtener la ſuya. Propuſome el deſcanſo, quietud, libertad, y provechos de la Tablilla, la independencia de las gentes, y peligros del mundo; los intereſſes, y ſeguridades de la ſoledad, y el retiro; y ſus ponderaciones, y unos

unos trozos de pernil que ſe aſſomavan por las roturas de una alforja, que llevava ſu borrico, me arraſtraron à probar la vida de Santero. A ratos eſpoleando arena, y à veces ſubido ſobre el burro caminava yo con mi nuevo, y primero Amo àzia las cueſtas de Mundin, donde me dixo, que tenia ſu habitacion, y no lexos de ella la Ermita que cuidava. Era el Ermitaño un hombre devoto, de buen juicio, deſengañado, diſcreto, humilde, de corazon arrogante, y liberal; y de un eſpiritu tan valiente, que nunca viò al miedo, ni entre la multitud, ni entre la ſoledad, ni entre las relaciones, ni los aſſombros. Fue en Barcelona Guarda Mayor, y Adminiſtrador de Rentas Reales, y fue el hombre temido entre las aſperezas de Cataluña por ſu valor, ſu corteſìa, y ſu buen modo. Retiraronlo de el bullicio del mundo las tiranìas de una ingratitud; y cuerdamente piadoſo conſigo, temiendo las continuaciones, y las cauteloſas aſſechanzas que le avia empezado à poner la fortuna para derribarlo, ſe ocultò de ſus reveſes en las olvidadas ſituaciones del deſpoblado. Librava el ſuſtento à los trabajos de ſu Demanda; y ganava el pan con eſcaſa fatiga, y dichoſa recreacion. Los ratos que le obravan deſpues de buſcar el alimento los ograva rezando, leyendo, y meditando con eſpejada ternura, devota, y atenta alegria.

Veneravanle en todos los pueblos vecinos con honrados aprecios: y porque ademàs de no ſer enfadoſo como los regulares Demandantes, ni pedigueño importuno, ſino un pobre, garvoſiſſimo, y deſintereſſado, era corteſanamente apacible, y muy gracioſo en la converſacion, la que ſeguia en qualquiera aſſumpto de los civiles, limpia de adulaciones, hipocresìas, embuſtes, y necias liſonjas. Eſtuvo aprovechando la vida algunos años eſte venerable hombre en la quietud de la ſoledad, haſta que lo ſacò de ella una careſtìa, y hambre comun en aquellos paìſes, à la que ſe ſiguiò la peſtilencia, y la muerte de muchas perſonas, y ganados. Llegò à guarecerſe à Salamanca, en donde tuve la honra, y el guſto de verle ſegunda vez, y èl el conſuelo de encontrarme menos loco, mas acomodado, y viviendo con alguna honra en el pueblo donde nacì. Viendole viejo, fatigado, è inutil para proſeguir los afanes de la Demanda, le roguè, que ſe quedaſſe haſta morir en mi caſa: y aviendo aceptado un breve rincon de ella pata ſu retiro, le llamò Dios à otro aparramiento mas conforme, mas ſanto, y mas oportuno para ſu coſtumbre y devocion. Llamaſe eſte humildiſsimo hombre Don Juan de el Valle; vive oy, y aſsiſte en la Porterìa de San Cayetano de Salamanca en donde ſirve de exemplo, y alegria à quantos

vèn ſu afable, y devoto roſtro. Los Padres de eſte obſervantiſsimo Colegio le aman, conocen, y tratan con reſpeto cariñoſo. Vive contentiſsimo, porque le dàn la comida, y el entierro. No ha querido recibir nunca dineros, ni mas alhajas que alguna chupa, capa, ò calzones viejos, quando ha tenido gran neceſſidad de cubrirſe. Yo le guardo un amor paternal, y una reverencia reſpetoſa, ſin atreverme à hacerle mas ruegos que los que le encargo de que me encomiende à Dios.

Llegamos à la Ermita; y ſacando de un arcòn un ſaco viejo, capilla, y alpargatas, mandò que lo trocaſſe por mi ropa, lo que hice promptamente, y la guardò en el miſmo parage donde avia ſacado los atavìos de Santero. Me encargò las obligaciones de atizar la lampara, barrer la Ermita, y cuidar del borrico: diòme un par de deſengaños, y muchos conſejos, los que rematò con la ſaetilla de haz aquello que quiſieras aver hecho quando mueras, y quedè una fantaſma de Beato tan propria, que me podia equivocar con el mas pagizo Padre del Yermo. Cobrè con ſu preſencia el rubor, y la humildad que avian arrojado de mi corazon los malos exemplos, y mis cavilaciones. A ſu viſta reſpirava cobarde, confundido, y reſpetoſo. Le amava, y le temia con eſpecial inclinacion, y cuidado.

Tra-

Trabajava con guſto, y deſeava darſelo con todas mis operaciones, y trabajos. Los ratos que me dexaban libres la lampara, la eſcoba, y el borrico los entretenia leyendo varios libros devotos, que repaſſava muy à menudo mi Padre Ermitaño. Y en eſtos oficios permanecì quatro meſes, ſin averme diſguſtado ni los recuerdos de mis traveſuras, ni la mudanza de mis libertades à eſtas ſolitarias opreſiones. Agradable con mis correſpondencias, y ſatisfecho de mi conducta, me embiava à la recaudacion de las limoſnas menſuales con que le ſocorrian algunas perſonas aficionadas à la Ermita, y al Ermitaño. Tratabame con mucho amor, y con total confianza; y ambos viviamos contentos, pagados, y dichoſos; porque el trabajo no era mucho, la diverſion baſtante, la comida mas que moderada, y el deſcanſo regular; porque la noche toda la paſſabamos en quietud, y ſuſpenſion, ſin mas fatiga que leer, ò rezar dos horas, y dormir ſeis, ò ſiete. Toda la reparacion de mi vida, y la cobranza de mis perdìdos talentos avia encontrado en la preſencia, en el trato, y exemplares acciones de eſte deſengañado Varon, y todo me lo bolviò à quitar mi deſdicha, mi flaqueza, y mi poco juicio. Deſcuidòſe en relinchar un poco mi juventud, en una ocaſion que avia venido à viſitar el Santuario unas familias Portugueſas, eſ-

eſtando auſente mi Amo, y mi Maeſtro: y medroſo de que deſcubrieſſe la incontinencia de unas licencioſas, indiferentes, y equivocas palabras que le ſoltè à una muchachuela que venìa en la tropa, tratè de huìr de la aſpereza con que yà me preſumìa reñido de la cordura de mi Maeſtro, y caſtigado del terrible rigor con que me pintava à ſu ſemblante mi conocimiento, mi delito, y ſu prudente quexa: y antes que ſe reſtituyeſſe à la Ermita, ſaquè mi ropa del arcòn donde eſtava depoſitada; y dexando el reverendo ſaco, marchè acelerado con los temores de que no me encontraſſe en el camino de Coimbra, adonde me prometian mis ignorancias, y antojos alegre paradero.

Sin el ſuſto del encuentro que temia, y ſin aver padecido mas deſcomodidades que las que por fuerza ha de paſſar el que camina à pie, y ſin dinero, lleguè à la celeberrima Univerſidad de Coimbra. Preſentè à mi perſona en los ſitios mas acompañados del pueblo; y enſartandome en las converſaciones, perſuadì en ellas que yo era Quimico, y mi primer exercicio el de Maeſtro de danzar en Caſtilla. Contava mil felicidades de mis aplicaciones, en una, y otra facultad. Mentìa à borbollones, y la diſtancia de los ſuceſſos, y mi diſsimulo, y las buenas tragaderas de los que me oìan, hicieron creìbles, y recomendables mis em-

buſ-

buſtes. Confiado en las lecciones que a
tomado en Salamanca del Arte de danzar, y
unas Recetas deſparramadas de un Medi
Francès, que tenìa en la memoria, me ve
por experimentado en uno, y otro Arte.

El anſia de vèr el hombre nuevo (que
general en todas gentes, y Naciones) me ju
alegres diſcipulos, deſeſperados enfermos
un millon de aclamaciones necias, hijas de
ſencillèz, de la ignorancia, y de el atropel
miento de la novedad. Yo ſembrava untur
plantava xaraves, ingeria cerotes, y rocia
con toda el agua, y los aceytes de mi recetar
à los cronicos, hipocondriacos, y otros enf
mos impertinentes, raros, y quaſi incurabl
Recogia el miſmo fruto que los demàs Doc
res ſabios, afortunados, y eſtudioſos, que
la propina, el credito, la eſtimacion, el aplau
y todos los bienes, è incienſos que les dà
inocencia, y la eſperanza de la ſanidad.
orden à los ſuceſſos tuve mejor ventura, ò
ſeguro modo para lograrlos favorables, qu
Hipocrates; porque à èſte, y quantos figu
ron, y ſiguen ſus aforiſmos, y lecciones, ſe
murieron muchos de los que curavan, ot
ſalian à puerto, y otros ſe quedavan con
achaques: de mis emplaſtados, y ungid
ninguno ſe muriò, porque las Recetas
tenian virtud para ſanar, ni para hacer da

al

gunos ſanavan con la providencia de la natu-
leza, y à los mas ſe les quedava en el cuerpo
mal, y la medicina; y la aprehenſion les
cia creer algun alivio. Fuì, no obſtante mi
ceſsidad, mi arrojo, è ignorancia, un Empi-
co conſiderado, y mas prudente que lo que
podia eſperar de mi cabeza, y mis pocos
os; porque no me metì con enfermo alguno
los agudos, ni tuve el atrevimiento de
miniſtrar purgantes, ni abonar, ni maldecir
s ſangrias. Bien penetrava mi poca Filoſofia
peligroſo de èſtos, y lo poco importante de
s Apoſitos: y con eſta ſeguridad, y conoci-
iento viviamos, todos mis dolientes con
s achaques, y yo con ſus alabanzas, y
neros.

En la Danza tambien tuve que trabajar;
ro en èſta con mas ſatisfaccion, y ſin ningun
eligro, porque era mas dieſtro en los com-
ſes, que los Medicos en ſus curaciones, y
via fuera de las congoxas de que me capitu-
ſen de necio en el exercicio. A pocos dias
a yà la celebridad, y converſacion de los
clancolicos, los deſocupados, y noveleros.
con ſus ſolicitudes, y aprehenſiones, arribè
juntar algunas monedas de oro, buenas
miſas, y un par de veſtidos, que me engala-
van, y prometian mi poco ſeſo. La ridicula
ſtoria de unos indiſcretos celos de un deſ-

tem-

templado Portuguès, cuya infame ſoſpecha es digna de que ſe quede enterrada en el ſilencio, y el olvido, me obligò à dexar à Coimbra, y tomar ſeguridad en la Ciudad de Oporto, adonde me mantuve, gaſtando en figura de Cavallero lo que avia ganado en ocho meſes à hacer cabriolas con los pieſ, y las manos.

Aunque procurava gaſtar el dinero con alguna dieta, llegò el caſo de aniquilarſe mi caudal, y de verme en la congoxa de elegir nuevo camino para buſcar la vida, con la que andava de perdicion en perdicion. No diſcurrìa en vereda, en que no contemplaſſe mil eſtorvos, enfados, opreſsiones, y deſcomodidades; y pareciendome mas libre, y mas holgona la de Soldado, aſſentè Plaza en el Regimiento de los Ultramarinos, en la Compañia de Don Felix de Souſa. Pagaronme razonablemente la entrada; tomò un Sargento las ſeñas de mi figura, con diſtincion baſtante, y menudencia, y le dixe, que mi nombre era Gabriel Gilberto: y con eſte fingimiento corrì la temporada que anduve veſtido con la librea verde. El miedo à los palos, à las baquetas, al potro, y à los demàs caſtigos con que ſe reprehenden las faltas menudas en la Milicia, me hizo cumplir exactamente con las obligaciones de Soldado. Querìame mucho mi Capitan, y yo le pagava el cariño con ſingular reſpeto, y prompta aſ-

aſsiſtencia à quanto ſe le ofrecia. Trece meſes eſtuve baſtantemente guſtoſo en eſte exercicio, y me parece que huviera continuado eſta honrada carrera, ſi no me huvieran arrancado del camino las perſuaſiones de unos Toreros, hijos de Salamanca, que paſſaron à Lisboa à torear en unas Fieſtas Reales, que ſe hicieron en aquella Corte. Facilitaron los medios de la deſercion, disfrazandome con la Xaquetilla, el ſombrero à la chamberga, y los demàs arneſes de la bribia: yo conſentì; porque aunque vivia guſtoſo, deſeava vèr à mis padres, y los muros de mi Patria. En el Convento de San Franciſco de Lisboa me deſpojè del Uniforme; y veſtido con las ſobras de un Torero, llamado Manuel Felipe, me enquadernè en la tropa; y juntos todos tomamos el camino de Caſtilla, ſin avernos ſucedido acaſo alguno, digno de ponerſe en eſta Relacion. Al paſſo que me iva acercando à Salamanca, iva creciendo en mi çorazon el miedo, y la verguenza, y otros embarazos que me dificultavan la entrada à la caſa, y la viſta de mis padres. Nunca me reſolvì à que me vieſſen con la gentecilla con quien venìa incorporado; y fingiendo con mis camaradas que tenìa preciſsion de detenerme algunas ſemanas en Ciudad-Rodrigo, me dexaron como à una legua diſtante de Valde la Mula, libre del rieſgo que amenazava à mi vida, ſi me man-

mantuviera en las poſſeſsiones de Portugal. Entrè en Ciudad-Rodrigo, y me bolvì à la ropa de Eſtudiante, preſtandome por entonces, en la confianza de que lo pagarian mis padres, Don Juan de Montalvo, lo que era oportuno para ponerme delante de gentes de razon. Eſcrivì à Salamanca à varios interceſſores, para que templaſſen el juſto enojo de mis padres, y les perſuadieſſen lo deſengañado que bolvia de mis aventuras, y delirios; y el amor, la neceſsidad, y la conſideracion de los peligros à que me bolverìa à arrojar, y los ruegos de los interlocutores, me facilitaron con ſuavidad, y con dulzura ſu cariño, y acogimiento. Recibieronme guſtoſos; yo me echè à ſus pies avergonzado, y con propoſitos de no darles mas peſadumbres, y jurè nuevamente mi obediencia. Las raras gentes que tratè en las ridiculas aventuras de Quimico, Soldado, Santero, y Maeſtro de Danza, el crecimiento de los años, y la mayor edad de la razon, me paſmaron un poco el orgullo; de modo, que yà tomava algun aſco à las deſembolturas, y libertades que avia aprendido en la eſcuela de mi ocioſidad, y en las maeſtrìas de mis amigotes. Yà conocìa yo que ivan faltando de mi celebro muchas de aquellas cavilaciones, y delirios, que me aguijoneavan à los diſparates, y los deſpropoſitos. Deſamparado pues mi ſe-

ſeſo de algunas turbaciones, y libre del mal exemplo de mis compatriotas (que yà faltavan todos de Salamanca) empecè una vida mas ſegura, y menos rodeada de enredos, bufonadas, y deſverguenzas. No fuì bueno; pero à ratos diſsimulava mis malicias. No dexè de ſer muchacho; pero yà era un mozo mas tolerable, y menos aborrecido de las gentes de buena crianza. Era atento, y corteſano exquiſitamente con los mayores, y los iguales, y con eſta diligencia, y la de mi ſerenidad fuì ganando el cariño de los que antes me aborrecian con razon, y con extremo. Con eſtas diſpoſiciones bolvì de Portugal à mi Patria; las aventuras que fueron ſucediendo à mi vida, las verà el que leyere, ù oyere el tercer Trozo que ſe ſigue.

TROZO TERCERO DE LA VIDA, è Hiſtoria de Don Diego de Torres: empieza deſde los veinte años, poco mas, ò menos, haſta los treinta, ſobre meſes menos, ò mas.

POr deſarmar de las maldiciones, de los apodos, y las chufletas con que han acoſtumbrado morder los ſatiricos de eſtos tiempos à quantos ponen alguna obra en el publico; por encubrir con un deſprecio fingido, y negociante mi entonada ſobervia; por burlarme ſin eſ-

eſcrupulo, y con ſoſsiego deſcanſado de la enemiſtad de algunos embidioſos carcomidos; y por reirme finalmente de mi proprio, y de los que regañan por lo que no les toca, ni les tañe, puſe en mi cuerpo, y en mi eſpiritu las horribles tachas, y ridiculas deformidades, que ſe pueden notar en varios Trozos de mis vulgariſsimos Impreſſos: Muchas torpezas, y monſtruoſidades eſtàn dichas con verdad, eſpecialmente las que he declarado para manifeſtar el genio de mis humores, y potencias; pero las corcobas, los chichones, tiznes, mugres, y lagañas que he plantado en mi figura, las mas ſon ſobrepueſtas, y mentiroſas; porque me ha dado la piedad de Dios una eſtatura algo mas que mediana, una humanidad razonable, y una carne ſolida, magra, enjuta, colorada, y eſtendida con igualdad, y proporcion; la que podia aver mantenido freſca mas Veranos que los que eſpero vivir, ſi no la huvieran corrompido los peſtilentes aires de mis locuras, y malas coſtumbres. Pues para que ſea verdad quanto ſe vea en eſta Hiſtoria (que oy tiene tantos teſtigos como vivientes) pondrè en eſte pedazo de mi Vida la verdadera facha antes de proſeguir con las revelaciones de mis ſuceſſos, acaſos, y aventuras. Pintarème como aparezco oy, para que el que lea rebaxe, añada, y diſcurra como eſtaria à los veinte años de mi edad.

Yo

Yo tengo dos varas, y ſiete dedos de perſona; los miembros que la abultan, y componen tienen una ſimetrìa ſin reprehenſion: la piel de el roſtro eſtà llena, aunque ya me vàn aſſomando àzia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no ay en èl colorido enfadoſo, pecas, ni otros manchones deſmayados. El cabello (à peſar de mis quarenta y ſeis años) todavia es rubio; alguna cana ſuele ſalir à acuſarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos ſon azules, pequeños, y retirados àzia el colodrillo. Las cejas, y la barba bien rebutidas de un pelambre alazan, algo mas pagizo que el vermejo de la cabeza. La nariz es el ſoleciſmo mas reprehenſible que tengo en mi roſtro, porque es muy caudaloſa, y abierta de faldones, remata ſobre la mandibula ſuperior en figura de coroza, apaga humos de Igleſia, rabadilla de pabo, ò cubilete titiritero; pero gracias à Dios no tienen trompicones, ni cavallete, ni otras ſeñales Fariſaicas. Los labios freſcos, ſin humedad exterior, partidos ſin miſeria, y raſgados con rectitud. Los dientes cabales, bien cultivados, eſtrechamente unidos, y libres de el ſarro, el eſcorbuto, y otros aſqueroſos pegotes. El pie, la pierna, y la mano ſon correſpondientes à la magnitud de mi cuerpo: èſte ſe và yà torciendo àcia la tierra, y ha empezado à deſcubrir

brir un ſemicirculo à los coſtillares, que los maldicientes llaman Corcobà. Soy todo junto un hombron alto, picante en ſeco, blanco, rubio, con mas catadura de Aleman, que de Caſtellano, ò Eſtremeño. Para los bien hablados ſoy bien parecido; pero los marcadores de eſtaturas dicen que ſoy largo con demasìa, algo tartamùdo de movimientos, y un ſi es nò es derrengado de portante. Mirado à diſtancia parezco melancolico de fiſonomia, aturdido de facciones, y triſte de guiñaduras; pero examinado en la converſacion, ſoy generalmente riſueño; humilde, y afectuoſo con los ſuperiores; agradable, y entretenido con los inferiores; y un poco libre, y deſvergonzado con los iguales. El veſtido (que es parte eſſencialiſsima para la ſimilitud de los retratos) es negro, y medianamente coſtoſo; de manera, que ni pica en la profanidad eſcandaloſa, ni ſe mete en la eſtrechèz de la hipocresìa puerca, y refinada. El paño primero de Segovia, alguna añadidura de tafetan en el verano, y terciopelo en el invierno, han ſido las frequentes telas con que he arropado mi deſvaìdo corpanchon. El corte de mi ropa es el que introduce la novedad, el que abraza el uſo, y antojo de las gentes, y lo màs cierto el que quiere el Saſtre. Guardo en la figura de Abate Romano la ley de la reforma Clerical, menos en

en los actos de mis eſcuelas, que alli me aparezco con los demàs Catones embainado en el bonete, y la ſotana, que ſon los apatuſcos de Doctor, las añadiduras de la ciencia, y la cobertera de la ignorancia. A diligencias de los criados voy limpio por de fuera, y con los melindres de mis hermanas por de dentro; porque à peſar de mi pereza, y mi deſcuido, me hacen remudar el camiſon todos los dias. Llevo à ratos todos los caſcabeles, y campanillas que cuelgan de ſus perſonas los galanes, los ricos, y los aficionados à ſu vanidad: Relox de oro con ſus borlones, que vàn beſando la ingle derecha, ſortijòn de diamantes, caxa de irregular materia, con tabaco eſcogido, ſombrero de Inglaterra, medias de Olanda, evillas de Flandes, y otros generos, que por gritones, y raros publican la prolixidad, la locura, el antojo, el uſo, y el aſſeo. Mezclado entre los Duques, y los Arcedianos, ninguno me diſtinguirà de ellos, ni le paſſarà por la imaginacion que ſoy Aſtrologo, ni que ſoy el Torres, que anda en eſſos libros, ſiendo la irriſion, y el moxarrilla de las gentes. He ſido el eſpanto, y la incredulidad de los que buſcan, y deſean conocer mi figura; porque los mas penſavan encontrarſe con un Eſcolar monſtruoſo, viejo, torcido, jorovado, cubierto de cerdones,

rodeado de una piel de Camello, ò mal metido en alguna albarda, como abito proprio de mi brutalidad. Eſte ſoy en Dios, y en mi conciencia: y por eſta copia, y la ſimilitud que tiene mi geſto con la cara del mamarracho, que ſe imprime en la primera hoja de mis Almanaques, me entreſacarà el mas rudo, aunque me vea entre un millon de hijos de Madrid.

El genio, el natural, ò eſte duende inviſible (llameſe como quiſieren) por cuyas burlas, acciones, y movimientos raſtreamos algun poco de las almas, andà copiado con mas verdad en mis Papeles: yà porque cuidadoſamente he declarado mis defectos, yà porque à hurtadillas de mi vigilancia ſe han ſalido arrebujados entre las expreſsiones, las bachillerìas, y las incontinencias, muchos penſamientos, y palabras que han deſcubierto las manìas de mi propenſion, y los delirios de mi voluntad. Deſmembrado, y eſcaſamente repartido ſe encuentra en algunas planas el cuerpo de mi eſpiritu; y para cumplir con el aſſumpto que me he tomado, juntarè en breves parrafos algunas ſeñas de mi interior, para que me vea todo junto el que quiſiere quedar informado de lo que ſoy por dentro, y por fuera. Tengo, como todos los hijos de Adàn, higado, bazo, co-

corazon, tripas, hipocondrios, meſenterio, y toda la caterva de rincones, y eſcondrijos que aſſegura, y demueſtra la docta Anatomìa. Eſtos ſon (ſegun aſſeguran los Filoſofos naturales) los nidos, y las chozas donde ſe eſconden, y retiran los apetitos reboltoſos, los afectos ineſcrutables, y las paſsiones alfaneras, y porfiadas. Dicen que habitan en eſtas interiores cavernas de la humanidad; y lo benigno, lo furioſo, lo docil, y lo deſtemplado, lo arguyen de la diſpoſicion, textura, qualidad, y temperamento de la parte. La pintura es galana, viſtoſa, y poſsible; pero yo no sè ſi es verdadera. Lo cierto es, que ſalga del higado, del bazo, ò del corazon, yo tengo ira, miedo, piedad, alegria, triſteza, codicia, largueza, furia, manſedumbre, y todos los buenos, y malos afectos, y loables, y reprehenſibles exercicios que ſe pueden encontrar en todos los hombres juntos, y ſeparados. Yo he probado todos los vicios, y todas las virtudes, y en un miſmo dia me ſiento con inclinacion à llorar, y à reìr; à dàr, y à retener; à holgar, y à padecer; y ſiempre ignoro la cauſa, y el impulſo de eſtas contrariedades. A eſta alternativa de movimientos contrarios he oìdo llamar locura; y ſi lo es, todos ſomos locos, grado mas, ò menos; porque en todos he advertido eſta impenſada,

y repetida alteracion. A la mayor, ò menor altura de los afectos, y à la mas furioſa, ò ſoſſegada expreſsion de las paſsiones, llaman genio, natural, ò crianza la mayor parte de la comunidad de las gentes; y ſi el mio ſe ha de conocer por las mas repetidas exaltaciones del animo, aqui las pondrè con la verdad que las examino, apartando por eſte breve rato el ſonrojo, que ſe và viniendo à mi ſemblante.

Soy regularmente apacible, de trato ſoſſegado, humilde con los ſuperiores, afable con los pequeños, y las mas veces deſahogado con los iguales. En las converſaciones hablo poco, quedo, y moderado, y nunca tuve valor para meterme à gracioſo, aunque he ſentido bullir en mi cabeza los equivocos, los apodos, y otras ſales con que ſazonan los mas politicos ſus platicas. Hallome felizmente guſtoſo entre toda eſpecie, ſexo, y deſtino de perſonas; ſolo me enfadan los embuſteros, los preſumidos, y los porfiados; huyo de ellos, luego que los deſcubro, con que paſſo generalmente la vida dichoſamente entretenido. Tal qual reſentimiento padece el animo en las preciſas concurrencias, donde ſon ineſcuſables los pelmazos, los tontos, y otras mezclas de majaderos que ſe tropiezan en el concurſo mas eſcogido: pero eſte es mal de muchos, y conſuelo mio: ſufro

ſus diſparates con conformidad, y tolerancia, y me vengo de ſus deſatinos con la pena que preſumo que les daràn mis deſconciertos. Soy docil, y manejable en un grado vicioſo, y reprehenſible, porque hago, y concurro à quanto me mandan, ſin examinar los peligros, ni las reſultas infelices: pero bien lo he pagado, porque las congoxas, y deſazones que he padecido en eſte mundo, no me las han dado mis emulos, mis enemigos, ni la mala fortuna, ſino es mi docilidad, y mi franqueza. Mi dinero, mis ſuplicas, mi repreſentacion, tal qual es, mi caſa, y mis ajuares los he franqueado à todos, ſin exceptuar à mis deſafectos. Lo mas de mi vida, yà en los paſſages de mis venturas, y yà en las avenidas de mis abatimientos, la he paſſado comiendo à coſta agena, hueſped honrado, y querido en las primeras caſas del Reyno: y podiendo ſer rico con eſtos ahorros, y las producciones de mis tarèas, ſiempre andan iguales los gaſtos, y las ganancias. He derramado entre mis amigos, parientes, enemigos, y petardiſtas mas de quarenta mil ducados que me han pueſto en caſa mis afortunados diſparates. En veinte años de Eſcritor he percibido à mas de dos mil ducados cada año, y todo lo he repartido, gracias à Dios, ſin tener à la hora que eſto eſcribo mas repueſtos que

algunos veinte doblones que guardarà mi madre, que ha ſido ſiempre la teſorera, y repartidora de mis trabajos, y caudales. Si à algun embidioſillo, ò malcontento de mis fortunas, le parece mentira, ò exageracion eſta ganancia, vengaſe à mi, que le moſtrarè las cuentas de Juan de Moya, y las de los demàs Libreros, que todavia exiſten ellas, y vivo yo, y mis Adminiſtradores. Es publico, notorio, y demonſtrable mi deſinterès, tanto, que ha tocado en perdicion, deſorden, y majaderìa. He trabajado de valde, y con continuacion, para muchos que han hecho ſu fama, y ſu negocio con los deſperdicios de mis fatigas. Aviendo ſido el numero de mis tarèas baſtantemente copioſo, ſon mas las que eſtàn en la liſta de las regaladas, que en la de las vendidas. Sobre el caudal de mis Pronoſticos, y mis necedades, ha tenido letra abierta el mas retirado de mi amiſtad, y el mas eſtraño de mi conocimiento. El dicho Moya, que es el depoſitario de mis mercadurìas, y diſparates, jurarà que le tengo dada orden para que no recatee mis Papeles, y que los dè gracioſamente al que llegàre à ſu Tienda, ſin mas recomendacion que la de una buena capa. Siendo (como dirè mas adelante, ademàs de lo dicho) el Eſcritor mas deſdichado, y pobre de eſta Era, me he conducido en

en las ciento y veinte Dedicatorias, que ſe pueden vèr en mis librillos, con bizarria tan glorioſa, que he deſmentido los creditos de petardo, con que regularmente ſe miran eſtos cultos. Nunca mirè à mas fines, ni à mas eſperanzas que al agradecimiento, la veneracion, y el adorno de la obra. Al tiempo que expreſſava mis rendimientos, eſcondìa mi perſona: y las mas veces dedicava à los Heroes mas elevados, à los auſentes, ò à quien yo contemplava que eſtuvieſſe muy fuera de la retribucion, y que la auſencia, ò el retiro dificultaſſen las comunes ſatisfacciones. Mis deſeos, y mis ſacrificios fueron ſiempre puros, atentos, corteſanos, y libres de las infecciones del interès mecanico, y la liſonja abominable. He pueſto eſta menudencia impertinente, para que ſe ſepa que no tengo todas las condiciones de mal Autor, pues me falta la codicia con que muchos ſe ſujetan à hacer las obras, confiados alegremente en que el Heroe à quien dedican, les ha de pagar à lo menos la impreſsion; y eſtos no cortejan, que roban. Hablo gordo, y entre los que me tratan, y conocen. Grite aora el Satirico que quiſiere, ponga los manchones que le elija ſu rabioſa infidelidad à mi pobreza, y mi deſaſimiento, que aqui eſtoy yo que ſabrè limpiarme, y deſmentirle con mis

ope-

operaciones, y los teſtigos mas memorables de la Eſpaña.

Trato à mis criados como à compañeros, y amigos; y al paſſo que los quiero, me eſtoy laſtimando de que los aya hecho la fortuna la mala obra de tener que ſervirme. Jamàs he deſpedido à ninguno; los pocos que me han acompañado, ò murieron en mi caſa, ò han ſalido de ella con doctrina, oficio, y conveniencia. Los actuales que me aſsiſten no me han oìdo reñir, ni à ellos, ni à otro de los familiares; y el mas moderno tiene ocho años de mi compañìa. Todos comemos de un miſmo guiſado, y de un miſmo pan; nos arropamos en una miſma Tienda; y mi veſtido, ni en la figura, ni en la materia ſe diſtingue de los que yo les doy. El que anda mas cerca de mi es un Negro ſencillo, candido, de buena ley, y de inocentes coſtumbres: à eſte le pongo mas de punta en blanco, porque en ſu color, y ſu deſtino no ſon reparables las extravagancias de la ropa: yo me entretengo en bordar, y en ingreìr ſus veſtidos; y logro que lo vean galàn, y à mi ocupado. Ni à eſte, ni à los demàs los entretengo en las prolixidades, y ſervidumbres que mas autorizan la vanidad, que la conveniencia; y aun ſiendo coſtumbre por acà entre los Amos de mi caracter, y grado lle-

llevar à la cola un ſirviente, en el trage de Eſcolar, en ningun tiempo he querido que vayan à la raſtra. Yo me llevo, y me traigo ſolo donde he menester; me viſto, y me deſnudo ſin Edecanes: eſcribo, y leo ſin amanuenſes, ni lectores; ſirvo mas que mando; lo que puedo hacer por mi, no lo encargo à nadie; y finalmente yo me ſiento mejor, y mas acomodado conmigo, que con otro. Si eſte es buen modo de criar ſirvientes, ò de portarſe como ſervidos, ni lo diſputo, ni lo propongo, ni lo niego; yo digo lo que paſſa por mi, que es lo que he prometido, y lo demàs rebuelvanlo los Criticos como les parezca.

La valentìa del corazon, la quietud del eſpiritu, y la ſerenidad de animo que gozo muchos años ha, es la unica parte que ſe le puede embidiar à mi naturaleza, mi genio, ò mi crianza. De niño tuve algun temor à los cuentos eſpantoſos, à las novelas horribles, y à las frequentes invenciones, con que ſe eſtremecen, y ſe eſpantan las credulidades de la puerilidad, y los engaños de la juventud, y la vejèz: pero yà, ni me aſſuſtan los calavernarios, ni me atemorizan los difuntos, ni me produce la menor triſteza la poſsibilidad de ſus apariciones. Crea el quē lee, que ſegun ſoſsiega la tranquili-

lidad de mi eſpiritu, ſoſpecho que no me inquietarìa mucho vèr aora delante de mi à todo el Purgatorio. Eſte valor (que mas parece deſeſperado deſpecho) aſſeguro que es hijo de una reſignacion Chriſtiana; pues ſiendo Dios el unico Dueño de mi vida, sè que eſtoy debaxo de ſus diſpoſiciones, y providencias, y es impoſsible rebelarme à ſus decretos: para el dia que determine llamarme à juicio, eſtoy diſponiendo, con ſu ayuda, mi conformidad, y no me acongoxa que el aviſo ſea à palos, à pedradas, à Medicos, à colicos, ò difuntos: ſea como ſu Mageſtad fuere ſervido, que à todo eſtoy prompto, y reſignado. Por la ſoledad, la noche, el campo, y las cruxias melancolicas me paſſeo ſin el menor rezelo; y nunca ſe me han pueſto delante aquellas fantaſmas que ſuele levantar en eſtos ſitios la imaginacion corrompida, ò el ocio, y el ſilencio, grandes artifices de eſtas fabricas de humo, y ventolera. Las brujas, las hechiceras, los duendes, los eſpiritados, y ſus relaciones, hiſtorias, y chiſtes, me arrullan, me entretienen, y me ſacan al ſemblante una burlona riſa, en vez de introducirme el miedo, y el eſpanto. Varias veces he proferido en las converſaciones, que traigo ſiempre en mi bolſillo un doblon de à ocho, que en eſta era vale mas de treſcientos reales, para

para darſelo à quien me quiera hechizar; ò regalarſele à una bruja, à una eſpiritada que yo examine, ò al que me quiſiere meter en una caſa donde habite un Duende; me he combidado à vivir en ella, ſin mas premio que el ahorro de los alquileres: y haſta aora he pagado las que he vivido; y diſcurro que mi doblon me ſervirà para Miſſas, porque ya creo que me he de morir ſin verme hechizado, ni ſorbido. Yo me burlo de todas eſtas eſpecies de gentes, eſpiritus, y maleficios; pero no las niego abſolutamente: las traveſuras que he oìdo à los Hiſtoriadores credulos de mi tiempo, todas han ſalido embuſtes: yo no he viſto nada, y he andado à monteria de brujos, duendes, y hechizeros lo mas de mi vida. Algo avrà: ſea enorabuena, y aya lo que huviere: para que no me coja el miedo, le ſobra à mi eſpiritu la contemplacion de lo raro, lo mentiroſo de las noticias, y la eſperanza de que no he de ſer tan deſgraciado, que me toque à mi la mala ventura, y el mochuelo: y quando ſea tan infelìz, que me pille el golpe de alguna de las dichas deſgracias, me encaramo en mi reſignacion catolica; y mientras llega el talegazo me rio de todos los chiſmes, y patrañas que andan en la boca de los credulos, y medroſos, y en la perſuaſion de algunos

que

que comercian con eſte genero de drogas. Tengo preſente al Torre Blanca, al Padre Martin del Rio en ſus Deſquiſiciones Magicas, y muy en la memoria los Actos de Fè que ſe han celebrado en los Santos Tribunales de la Inquiſicion, en los que regularmente ſe caſtigan mas majaderos, tontos, y delinquentes en el primer Mandamiento de la Ley de Dios, que brujos, y hechiceros: y venero los conjuros con que la Santa Madre Igleſia eſpanta, y caſtiga à los diablos, y los eſpiritus; y todo me ſirve para creer algo, diſputar poco, y no temer nada.

En el gremio de los vivientes no encuentro tampoco eſpantajo que me aſſuſte. Los xacaros de capotillo, y guadexeño, y el Zuizo con los vigotones, el ſabre, y las piſtolas, ſon hombres con miedo; y el que juſtamente preſumo en ellos, me quita à mi el que me pudieran perſuadir ſus apatuſcos, ſus armas, y ſus juramentos. Los murmuradores, los maldicientes, y los ſatiricos, que ſon los Gigantones que aterrorizan los animos mas conſtantes, ſon la chanza, la irriſion, y el entretenimiento de mi deſengaño, y de mi guſto. El mayor mal que eſtos pueden hacer es, hablar infamemente de la perſona, y las coſtumbres; eſta diligencia la he hecho yo repetidas veces contra mi, y con ellos,

ellos, y no he conocido la menor moleſtia en el eſpiritu: y deſpues de tantas blasfemias, injurias, y maldiciones me ha quedado ſana la eſtimacion; tengo, bendito ſea Dios, mis piernas, y mis brazos enteros, y verdaderos: no me han quitado nunca la gana de el comer, ni la renta para comprarlo; conque es diſparate, y necedad acoquinada vivir temiendo à ſemejantes fantaſmones. En la cofradia de los ladrones, que es dilatadiſsima, ay muchos à quien temer; pero anda regularmente errado el temor; de modo, que eſtamos metidos entre las ladroneras, y tenemos miedo à los Lugares en que no ay robos, ni à quien robar. En los caminos, en los montes, y en los deſpoblados habita todo nueſtro eſpanto, y nueſtro miedo, y alli no ay que hurtar, ni quien hurte: Yo he rodado mucha parte de Francia, todo Portugal, lo mas de Eſpaña, y cada mes paſſo los Puertos de Guadarrama, y la Fonfria, y haſta aora no he tropezado un ladron. Algunos hurtos veniales ſuceden en los montes, pero los granados, los ſacrilegos, y los mas copioſos ſe hacen en las poblaciones ricas, que en ellas eſtàn los bienes, y los ladrones: y à los pocos que ruedan los caminos, y à los muchos que traginan en las Ciudades, jamàs los temì, porque Aſtrologo ninguno ha perecido en ſus ma-

manos, ni ay exemplar de que ſe les antoje acometer à gente tan pelona. Finalmente digo con ingenuidad, que no conozco al miedo; y que eſta ſerenidad no es bizarrìa de el corazon, ni atrevimiento de el animo, ſino es deſengaño, y poca credulidad en las relaciones, y los ſuceſſos, y mucha confianza en Dios, que no permite que los diablos, ni los hombres ſe burlen tan à todo trapo de las criaturas. Los que producen en mi eſpiritu un temor rabioſo entre ſuſto, y aſco, enojo, y faſtidio ſon los Hipocritas, los Avaros, los Alguaciles, muchos Medicos, algunos Letrados, y todos los Comadrones; ſiempre que los veo me ſantiguo, los dexo paſſar, y al inſtante ſe me paſſa el ſuſto, y el temor. Con eſtas individualidades, y las que dexo deſcubiertas en los ſuceſſos paſſados, y las que ocurriràn en adelante, me parece que hago viſible el plan de mi genio. Aora dirè brevemente de el ingenio, que tambien es pieza indiſpenſable en eſta Vida.

Mi ingenio no es malo, porque tiene un mediano diſcernimiento, mucha malicia, ſobrada copia, baſtante claridad, mañoſa penetracion, y una aptitud generalmente proporcionada al conocimiento de lo liberal, y lo mecanico. Aunque han ſalido al publico tantas obras que pudieran aver demonſtrado con mas fi-

fidelidad lo rudo, ò lo diſcreto, lo gracioſo, ò lo infeliz de mi ingenio, es rara la que puede dàr verdaderas, y cumplidas ſeñales de ſu entereza, de ſu bondad, de ſu miſeria, ò de ſu abundancia, porque todas eſtàn eſcritas ſin guſto, con poco aſsiento, con algun enfado, y con precipitacion deſaliñada. Yo bien sè que alcanzo mas, y diſcurro mejor que lo que dexo eſcrito; y que ſi mi genio huviera tenido mas codicia à los intereſſes, mas eſtimacion à la fama, ò lo que ſe dice Aura popular; y ſi mi pobreza no huviera ſido tan porfiada, y reboltoſa, ſerian mis papeles mas limpios, mas doctrinales, mas ingenioſos, y mas apetecibles. Atropelladas ſalieron ſiempre mis obras deſde mi bufete à las Imprentas; y jamàs corregì pliego alguno de los que me bolvian los Impreſſores: conque todos ſe paſſean rodeados de ſus yerros, y mis deſcuidos. Yo los aborrezco, porque los conozco; y ſi oy me fueſſe poſsible recogerlos, los entregaria guſtoſamente al fuego, por no dexar en el mundo tantos teſtigos de mi pereza, y de mi ignorancia, y tantas ſeñales de mi locura, altaneria, y extravagante condicion. Solo me conſuela en eſta afliccion, en que eſpero morir, la inocencia de mis diſparates, pues aunque ſon sobervios, y poderoſamente plenarios, parece

que

que no ſon perjudiciales, quando la vigilancia de el Santo Tribunal, y el deſvelo de los Reales Miniſtros los ha permitido correr por todas partes, ſin aver padecido ellos la mas pequeña detencion, ni yo la mas minima advertencia. Doy gracias à Dios, que aviendo ſido tan loco, que me arrojè à eſcrivir en las materias mas ſagradas, y mas peligroſas, y profeſſando una facultad que vive tan vecina de las ſuperſticiones, no me deſpeñaron mis atrevimientos en las deſgraciadas honduras de la infidelidad, la ignorancia, ò el extravìo de los preceptos de Dios, de las ordenanzas de el Rey, y de los eſtablecimientos de la Politica, y la naturaleza. Todo lo devo à ſu Mageſtad, y al reſpeto con que he mirado à ſus ſubſtitutos en la tierra. Baſta de ingenio, y bolvamos à atar el hilo de las principales narraciones.

Dexè eſta ridicula Hiſtoriа en el lance de la buelta de Portugal à Salamanca: y proſigo afirmando, que bolvì menos credulo, y menos obediente à los faciles, è infelices conſejos de la juventud, y mas medroſo de las calamidades que ſe expone à padecer el que ſe entrega à los derrumbaderos de ſu ignorante, y antojadiza imaginacion. Paſſava en caſa de mis padres la vida, eſcondido, y retirado muchas horas, ſin padecer reſentimiento alguno en el animo, ni

ni con la mudanza à la reciente quietud, ni con la memoria de mis alegres traveſuras. Inſenſiblemente me hallè aborreciendo las fatigas de la ocioſidad, y muy mejorado en el uſo, y deſcompoſtura de las huelgas, y las diverſiones, porque aſsiſtia ſolamente à los feſtejos de las perſonas de diſtincion, y de juicio; y baylava en los ſaraos, y concurſos que diſponia el motivo honeſto, y la celebridad prudente, graciosa, y comedida. Ajuſtava en ellos mis acciones à una ſeveridad agradable, de modo, que ſe conocieſſe que mi aſsiſtencia tenia mas de civilidad, y de politica, que de eſparcimiento groſero, y voluntario. Dì en el eſtraño delirio de leer en las facultades mas deſconocidas, y olvidadas, y arraſtrado de eſta manìa, buſcava en las librerias mas viejas de las Comunidades à los Autores rancios de la Filoſofia natural, la Criſopeya, la Magica, la Tranſmutatoria, la Separatoria, y finalmente parè en la Mathematica, eſtudiando aquellos libros que viven enteramente deſconocidos, ò que eſtàn por ſu extravagancia deſpreciados. Sin director, y ſin inſtrumento alguno (de los indiſpenſables en las cienciasMathematicas) lidiando ſolo con las dificultades, aprendì algo de eſtas utiles, y graciosas diſciplinas. Las lecciones, y tarèas à que me ſujetò mi deſtino, y mi guſto, las tomè

al revès, porque leì la Aſtronomìa, y Aſtrologìa, que ſon las ultimas facultades: ſin mas razon, que aver ſido los primeros librillos que encontrè, unos Tratados de Aſtronomìa, eſcritos por Andrès de Argolio, y otros de Aſtrologia impreſſos por David Origano. A eſtos cartapacios, y à las conferencias, y converſaciones que tuve con el Padre Don Manuel de Herrera, Clerigo de San Cayetano, y ſugeto docto, y aficionado à eſtos artes, devì las eſcaſas luces que aun arden en mi rudo talento, y los relucientes antorchones que oy me illuſtran Maeſtro, Doctor, y Cathedratico en Salamanca, quando menos. A los ſeis meſes de eſtudio ſalì haciendo Almanaques, y Pronoſticos; y detràs de mi ſalieron un millon de necios, y maldicientes, blasfemando de mi aplicacion, y de mis obras. Unos decian, que las avia hecho con la ayuda de el diablo: otros que no valian nada; y los mas aſſeguravan que no podian ſer hechuras de un ingenio tan perezoſo, y eſcaſo como el mio. La coyuntura deſgraciada en que ſalieron à luz mis Pronoſticos; la brevedad de el tiempo en que yo me impuſe en ſu artificio; la ignorancia, y el olvido comun que ſe padecia de eſtas ciencias en el Reyno; y ſobre todo la indiſpoſicion, y el aborrecimiento à los eſtudios que contemplavan en mi quantos interior-

riormente me tratavan, tenian por increible mi adelantamiento, por ſoſpechoſa mi fatiga, y por abominable mi paciencia. Eſtavan, veinte y quatro años ha, perſuadidos los Eſpañoles, que el hacer Pronoſticos, fabricar Mapas, eregir figuras, y plantar Epocas, eran unas dificultades invencibles; y que ſolo en la Italia, y en otras Naciones Eſtrangeras ſe reſervavan las llaves con que ſe abrian los ſecretos arcones de eſtos gracioſos Artificios. Eſtavan, mucho antes que yo viniera al mundo, governandoſe por las mentiras del gran Sarrabal, adorando ſus juicios, y pueſtos de rodillas eſperavan los quatro pliegos de embuſtes que ſe texian en Milàn (con mas facilidad que los encaxes) como ſi en ellos les viniera la ſalud de valde, y las conveniencias regaladas. No vivia un hombre en el Reyno de los ocultos en las Comunidades, ni de los patentes en las Eſcuelas publicas; que como aficionado, ò como Maeſtro ſe dedicaſſe à eſta caſta de predicciones, y ſiſtemas. Todas las Cathedras de las Univerſidades eſtavan vacantes, y ſe padecia en ellas una infame ignorancia. Una figura Geometrica ſe mirava en eſte tiempo como las brujerìas, y las tentaciones de San Anton, y en cada circulo ſe les antojava una caldera donde hervian à borbollones los pactos, y los comercios con el

demonio. Eſta rudeza, mis vicios, y mis extraordinarias libertades hicieron infelices mis trabajos, y aborrecidas con deſventura mis primeras tarèas.

Para ſoſſegar las voces perniciosas, que contra mi aplicacion ſoltaron los deſocupados, y los embidioſos, y para perſuadir la propriedad, y buena condicion de mis fatigas, pedì à la Univerſidad la ſubſtitucion de la Cathedra de Mathematicas, que eſtuvo ſin Maeſtro treinta años, y ſin enſeñanza mas de ciento y cinquenta; y concedida, leì, y enſeñè dos años à baſtante numero de diſcipulos. Preſidì al fin de eſte tiempo un Acto de Concluſiones Geometricas, Aſtronomicas, y Aſtrologicas; y fue una funcion, y un exercicio tan raro, que no ſe encontrò la memoria de otro en los monumentos antiguos que ſe guardan en eſtas feliciſsimas Eſcuelas. Dediquè las Concluſiones al Excelentiſsimo Señor Principe de Chalamar, Duque de Jovenazo, que à eſta ſazon vivia en Salamanca, governando de Capitàn General las Fronteras de Caſtilla. El concurſo fue el mas numeroſo, y lucido que ſe ha notado: y el exercicio tuvo los aplauſos de ſolo, las admiraciones de nuevo, y las felicidades de no eſperado. Con eſta diligencia, y otros frutos que ivan ſaliendo de mi retiro, y de mi eſtudio, aca-

acallè à los ignorantes, que ſe eſcandalizaron de la brevedad, y eſtrañeza de mi aprovechamiento: pero empezò à rebolverſe contra mis producciones otra nueva caſta de vocingleros de tan poderoſos livianos, que haſta aora no ſe han canſado de gritar, y gruñir; ni yo he podido taparles las bocas con mas de quatro mil reſmas de papel que les he tirado à los hocicos. Rompiendo con mis deſenfados por medio de ſus murmuraciones, ſatiras, y majaderìas, continuava en eſcrivir papelillos de diferentes argumentos, y en leer los tomos, que la caſualidad, y la ſolicitud me traìa à las manos. Traveſeava con las Muſas muchas veces, ſin que me eſtorvaſſen ſus retozos la leccion de la Theologia Moral, la que eſtudiava (mas por precepto, que por inclinacion) en los Padres Salmanticenſes, y en el Compendio del Padre Larraga; de los que todavia podrè dàr algunas ſeñas, y baſtantes noticias. Acometiòle à mi padre à eſte tiempo la dichoſa vocacion de que yo fueſſe Clerigo; y porque no ſe le resfriaſſen los propoſitos, ſolicitò una Capellanìa en la Parroquia de San Martin de Salamanca, cuya renta eſtava ſituada en una caſa de la calle de la Rua; y ſobre eſta congrua, que eran ſeiſcientos reales al año, recibì, luego que yo cumplì los veinte y uno de mi edad, el Orden de

de Subdiacono. En èl he deſcanſado, porque deſpues de recibido, parè mas à mi conſideracion ſobre las obligaciones en que me metia, los votos, y pureza que avia de guardar, y los cargos de que avia de ſer reſponſable delante de Dios; y atribulado, y afligido me reſolvì à no recargarme (haſta tener mas ſeguridad, y ſatisfaccion de mis talentos) con mas oficios que los que abracè con poco examen de mis fuerzas, y ninguna reflexion ſobre las duraciones de ſu obſervancia. Haſta aora no he ſentido en mi alma aquella manſedumbre, devocion, arrebatamiento, y candidèz, que yo imagino que es indiſpenſable en un buen Sacerdote. Todavia no me hallo con valor, ni con ſerenidad para aſcender al altiſsimo Miniſterio, cuyas primeras eſcalas eſtoy piſando indignamente: ni tampoco me ha acometido el atrevimiento, y la inſolencia de meterme à deſventurado Oficial de Miſſas. He tenido haſta oy un ſeſo altanero, importuno, deſidioſo, y culpablemente deſahogado. La vigilancia, y la prudencia que contemplo por preciſſa para conducirſe en tan excelente dignidad, ni yo las tengo, ni me atreverè à ſolicitarla ſin tenerlas. Naciò tambien la pereza del aſcenſo à las demàs Ordenes, de un pleyto que me puſo un triſtiſsimo codicioſo ſobre la natu-

turaleza de la congrua con que me avia ordenado: y por no lidiar con el ſuſto, y con el enojo de andar en los Tribunales, ſiendo el *Suſodicho* de los Procuradores, y los Eſcrivanos, hice dexacion guſtoſa de la renta. Encargòſe del Purgatorio el avariento litigante, y yo me quedè con el voto de caſtidad, y el Breviario, ſin percibir un bodigo del Altar. Por eſtos temores, y el de no parar en Sacerdote Mendicante, tùve por menos peligroſo quedarme entrecallado entre la Epiſtola, y el Evangelio, que atropellar haſta el ſagrado Sacerdocio, para vivir deſpues mas eſcandaloſamente, ſin la moderacion, el juicio, el recogimiento, decencia, y ſeveridad que deven tener los Eccleſiaſticos. Mis enemigos, y los maldicientes han cacareado otras cauſas: el que pudiere probarlas, hagalo mientras yo viva, y diſcurra, y hable lo que quiſiere, que por mi tiene licencia, y perdon para inquirirlas, y propalarlas; que gracias à Dios no ſoy eſpantadizo de injurias.

Antes de cumplir la edad preſcripta por el Concilio de Trento para obtener los Beneficios Curados, hice dos Opoſiciones à los del Obiſpado de Salamanca. Confieſſo que la intencion fue poco ſegura, porque no me opuſe por devocion, ni por la permitida ſolicitud de las

las conveniencias temporales, ſino por contentar à mi ſobervia, deſvaneciendo las voces de mis enemigos, que publicavan, que yo no conocia mas facultad que la de hacer malas coplas, y peores Kalendarios: y por obedecer à mis padres, que yà me conſideravan Beneficiado de una de las mejores Aldèas del païs. No obſtante mi torpe diſpoſicion, quiſo la piedad de Dios, ò la caritativa diligencia de los Padres Examinadores, diſponer que yo correſpondieſſe en la Theologia Moral con ſatisfaccion ſuya, y honor mio; y logrè que ambas veces me honraſſen con la primera Letra. Todavia ſe refieren como dignas de alguna memoria algunas reſpueſtas mias; porque el Iluſtriſsimo Obiſpo, y los Padres Examinadores, informados de mi buen humor, y promptitud, me hicieron algunas preguntas (deſpues del sèrio Examen) ò por probar mi genio, ò por divertirſe un poco; y mis precipitaciones fueron la celebridad de muchos ratos. Remitome à las noticias que duran en los curioſos de mis ridiculeces, porque yo no sè declararlas ſin confuſion, y ſin ſonrojo. Apareciòſe en eſte tiempo en la Univerſidad de Salamanca la ruidoſa pretenſion de la Alternativa de las Cathedras; y como novedad extraordinaria, y eſpantoſa en aquellas Eſcuelas, produxo notables alteracio-

ciones, y tumultuoſos diſturbios entre los Profeſſores, Maeſtros, y Eſcolares de todas Ciencias, y Doctrinas. Padecieron muchos el rencor particular de ſus valedores, y con el atraſſo de ſus conveniencias, y otros daños deſgraciadamente moleſtos à la quietud, y à la reputacion. A mi por mas deſvalido, por mas mozo, ò por mas inquieto, me tocaron (ademàs de otros diſguſtos) ſeis meſes de priſion, padeciendo por el antojo de un Juez mal informado, los primeros dos meſes triſtiſsimamente en la carcel, y los otros quatro con mucha alegria, ſobrada comodidad, crecido regalo, y provechoſo entretenimiento en el Convento de San Eſtevan del Orden del Glorioſiſsimo Santo Domingo de Guzmàn. El motivo fue, aver hecho caſo de una necia, y mentiroſa voz (ſin poderſe deſcubrir la voràz boca por donde avia ſalido) que me acuſava Autor de unas Satiras, que ſe eſtendieron en varias copias: y ſu argumento era herir à los que votaron en favor de la dicha Alternativa. En los ſeis meſes de mi priſion, ſe informò el Real Conſejo con exquiſita diligencia, y madurèz de todos los ſuceſſos de eſte caſo: y deſpues de examinada una gran muchedumbre de teſtigos, y de un largo reconocimiento de letras, y papeles, encontrò con la tropelia anticipada del Juez, y

con

con èl la eſcondida verdad de mi inocencia. Salì por Real Decreto libre, y ſin coſtas, añadiendome por piedad, ò por ſatisfaccion, la honra de que fueſſe Vice-Rector de la Univerſidad todo el tiempo que faltava, haſta la nueva eleccion por San Lucas. Aſsi lo practiquè, y hice todos los oficios pertenecientes al Rectorato, con guſto de pocos, y eſpecial congoxa, y reſentimiento de muchos. No quiero deſcubrir mas los ſecretos de eſta aventura, porque viven oy infinitos intereſſados, à quienes puede producir algun enojo la dilatada relacion de eſte ſuceſſo.

La caudaloſa conjuracion que corriò contra mi deſpues de eſte ruidoſo caſo, y las dificultades que puſo à mis conveniencias la aſtucia reboltoſa de los que ponderavan con demaſiada fuerza los impetus de mi mocedad, y los diſculpables verdores de mi eſpiritu, me hicieron ſegunda vez inſolente, libre, y deſvergonzado, en vez de darme conformidad, ſufrimiento, temor, y enmienda venturoſa. Enojado con aſpereza de las imprudentes correcciones, de el odio mal fingido, y de las perniciosas amenazas de aquellos repotentes varones, que ſe ſueñan con facultades para atajar, y deſtruìr las venturas de los pretendientes, dì en el mal propoſito de burlarme de ſu reſpeto, de

de reirme de ſus promeſſas, y de abandonar ſus eſperanzas. Dì finalmente en la eſtremada locura de fiar de mi, y aburrir à eſtas, y à toda eſpecie de perſonas. Bolvìme loco rematado, y feſtivo, pero nada perjudicial, porque nunca me acometiò mas furia, que la manìa de zumbarme de la ſeveridad que afectavan unos, de la preſumpcion con que vivian otros, y de los poderes, y eſtimaciones con que ſoſtienen muchos las reverencias que no merecen. Neguème à la ſolicitud de los Beneficios, Capellanìas, y aſsiſtencias, por no paſſar por las importunidades, y ſonrojos de las pretenſiones: derrenegùe de las Cathedras, y los Grados; y abſolutamente de todo empleo, ſujecion, y deſtino, deliberado à vivir, y comer de las reſultas de mis miſerables tareas, y trabajos. Los deſpropoſitos, y necedades que harìa un mozo zumbon de achacoſo ſeſo, deſembarazado, robuſto, ſin miedo, ni verguenza, y ſin anſia à pedir, ni à pretender, ſe las puede pintar el que và leyendo, porque yo contemplo algunos peligros en las individuales relaciones, ademàs de que ya ſe me han eſcapado de la memoria los raros lances de aquella alegre temporada. Aora me acuerdo, que ſaliendo una tarde de el General de Theologia abochornado de arguir un Reverendo Padre, y Doctor, à quien yo mira-

rava con algun enfado, porque era el que menos motivo tenia para ſer mi deſafecto, le dixe: *Y bien Reverendiſsimo? es ya Lumen gloriæ tota ratio agendi, ò no? Dexaron decidida las patadas, y las voces eſſa viejiſsima quæſtion?* Vaya noramala (me reſpondiò) que es un loco. *Todos ſomos locos* (acudì yo) *Reverendiſsimo, los unos por adentro, y los otros por afuera. A V. Reverendiſſima le ha tocado ſer loco por la parte de adentro, y à mi por la de afuera: y ſolo nos diferenciamos, en que V. Reverendiſsima es maniatico, triſte, y meſurado; y yo ſoy delirante de greſca, y tararira.* Bolviò à reprehender con priſa, y con enojo mi deſcompoſtura: y mientras ſu Reverendiſſima ſe deſgañitava con deſentonados gritos, eſtava yo anudando en los pulgares unas caſtañuelas con baſtante diſsimulo debajo de mi roto mantèo; y ſin hablarle palabra, lo empecè à bailar, ſoltando en torno de èl una alegriſsima furia de pernadas. Fuimos diſparatados baſtante trecho, èl menudeando la griteria con rabioſas circunſpecciones, y yo deshaciendome en mudanzas, y caſtañetazos, haſta que ſe acorralò en otro General de las Eſcuelas Menores, que por caſualidad encontrò abierto. Alli lo dexè aburrido, y eſcandalizado; y yo marchè con mi locura acueſtas à penſar en otros delirios, en los que (por algunos meſes) anduve exercitado, y exercitando à todos la paciencia.

De eſta burlona caſta eran las traveſuras con que me entretenia, y me vengava del aborrecimiento, y entereza de mis enemigos: y ya canſado de ſer loco, y lo principal, afligido de vèr à mis padres en deſdichada miſeria, y acongoxados con la poca eſperanza de la correccion de mi indomito juicio, y mis malas coſtumbres, determinè dexar para ſiempre à Salamanca, y buſcar en Madrid mejor opinion, mas quietud, y el remedio para la pobreza de mi caſa. Omito referir la fundacion, y extravagancias del Colegio del Querno, porque no ſon para pueſtas al publico tales locuras. Solo dirè, que eſta ridicula traveſura diò que reir en Salamanca, y fuera de ella, porque los Colegiales eran diez, ò doce mozos eſcogidos, ingenioſos, travieſſos, y dedicados à toda huelga, y habilidad. Los Eſtatutos de eſta agudiſsima Congregacion eſtàn impreſſos. El que los pueda deſcubrir, tendrà que admirar, porque ſus ordenanzas, aunque poco prudentes, ſon utiles, entretenidas, y graciosas. Oy viven todavia dos Colegiales, que deſpues lo fueron Mayores, y oy ſon ſabios, aſtutos, y deſintereſſados Miniſtros de el Rey. Otro eſtà ſiendo exemplar de virtud en una

una de las Cartuxas de Eſpaña. Otro paſsò al Japon con la Ropa de la Compañia de Jeſus: ſeis han muerto dichoſamente corregidos; y yo ſolo he quedado por unico indice de aquella locura, caſi tan loco, y delinquente como en aquellos diſculpables años. Omito tambien las narraciones de otros enredos, y delirios, porque para ſu extenſion ſe neceſsitan largos tomos, y crecida fecundidad; y paſſo à referir, que dexè à mi patria, ſaliendo de ella ſin mas equipages, que un veſtido decente, y ſin mas tren, que un borrico que me alquilò por pocos quartos un Arriero de Negrilla. Entrè en Madrid, y como en Pueblo que avia yà conocido otra vez, no tuve que preguntar por la poſada de los que llevan poco dinero. Acomodème los tres, ò quatro dias primeros entre las xalmas del borrico en el Meſon de la Media Luna de la calle de Alcalà, que fue el paradero de mi conductor, y en eſte tiempo hice las diligencias de encontrar caſa, y plantè mi rancho en el eſcondite de uno de los caſarones de la calle de la Paloma. Alquilè media cama, comprè un candelero de barro, y una vela de ſebo, que me durò mas de ſeis meſes, porque las mas noches me acoſtava à eſcuras, y la vez que la encendia, me alumbrava tan brevemente, que mas parecia luz de relampago, que iluminacion de artificial candela. Añadì à eſtos ajuares un puchero de Alcorcon, y un cantaro, que llenava de agua entre gallos, y media noche en la fuente mas vecina; y un par de cuencas, que las arrebañava con tal detencion, la vez que comìa, que jàmàs fue neceſſario lavarlas: y èſte era todo mi vaſar, porque las demàs diligencias las hacia à pulſo, y en el primer rincon donde me agarrava la neceſsidad. No obſtante eſta deſdichada miſeria, vivia con algun aſsèo, y limpieza, porque en un Pilon comun, que tenia la caſa para los demàs vecinos, lavava de quatro en quatro dias la camiſa, y me plantava en la calle tan remilgado, y ſacudido, que me equivocava con los que tenian dos mil ducados de renta. Padecì (bendito ſea Dios) unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me deſmayò la flaqueza; y me tenia tan corrido, y acobardado la neceſsidad, que nunca me atrevì à ponerme delante de quien pudieſſe remediar los anſiones de mi eſtomago. Huìa à las horas del comer, y del cenar, de las caſas en donde tenia ganado el conocimiento, y grangeada la eſtimacion, porque concebia que era ignominia eſcandaloſa ponerme hambriento delante de ſus meſas. Yo no sè ſi eſto era ſobervia, ù honradèz: lo que puedo aſſegurar es, que de honrado, ò de ſobervio

me vì muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza, y veneracion que tratè en Madrid, fue la de Don Bartolomè Barban de Caſtro, oy Contador mayor de Millones. En èſta hacian una Tertulia virtuoſa, y alegre los criados del Excelentiſsimo Señor Duque de Veraguas, y otros prudentes, y devotos ſugetos, de los que fuì tomando la doctrina de aborrecer el mal habito de mis locuras, y deſenfados. Aſſegurava en eſta caſa en el agaſſajo de la tarde la xicara de chocolate, y me ſervìa de alimento de todo el dia: y con eſte ſocorro, y el que hallè deſpues en caſa de Don Aguſtin Gonzalez, Medico de la Real Familia, que fue el deſayuno de la mañana; paſsè algun tiempo ſin eſpecial moleſtia las rabioſas eſcaſezes, en que me avia pueſto mi maldita temeridad. Aconſejòme eſte famoſo Fiſico, viendome vago, y ſin ocupacion alguna, que eſtudiaſſe Medicina: y condeſcendiendo à ſu cariñoſo aviſo, madrugava à eſtudiar, y à comer en ſu caſa; porque à la mia el pan, y los libros ſe aſſomavan muy pocas veces. Eſtudiè las Definiciones Medicas, los ſignos, cauſas, y pronoſticos de las enfermedades, ſegun las pinta el Siſtema antiguo, por un Compendio del Doctor Chriſ-

Chriſtoval de Herrera. Parlava de las eſpeculaciones que leìa con mi Maeſtro, y deſde ſu boca, deſpues que recogia en la Conferencia lo mas eſcogido de ſu explicacion, partia al Hoſpital, y buſcava en las camas el enfermo ſobre quien avia recargado aquel dia mi eſtudio, y ſu cuidado. De eſte modo, y conduciendo de caritativo, ò de curioſo el barreñon de ſangrar de cama en cama, y obſervando los geſtos de los dolientes, ſalì Medico en treinta dias; que tanto tardè en poner en mi memoria todo el Arte del Señor Chriſtoval. Leì por Franciſco Cipeyo el Siſtema reciente: y creo que lo penetrè con mas felicidad que los Doctores que ſe llaman Modernos; porque para la inteligencia de eſta pintura es indiſpenſable un conocimiento practico de la Geometria, y de ſus figuras, y èſta la ignoran todos los Medicos de Eſpaña. Llamanſe Modernos entre los ignorantes; y han podido perſuadir, que conocen el ſemblante de eſta ingenioſidad, ſin mas diligencia, que trasladar el Recetario de los Autores nuevos. El que penſàre que eſcrivo ſin juſticia, hable, ò eſcriva, que yo le demoſtrarè eſta innegable verdad. El ſaber yo la Medicina, y averme hecho cargo de ſus obligaciones, poco fruto, y mucha falibilidad, me aſſuſtò tanto, que hice promeſſa à Dios de no practi-

carla, ſino es en los lances de la neceſsidad, y en los caſos que jurè quando recibì el Grado, y el Examen. Solo profeſſan la Medicina los que no la conocen, ni la ſaben, ò los que hacen ganancia, y mercancìa de ſus rècipes. Eſto parece ſatira, y es verdad tan acreditada, que tiene por teſtigos à todos, y los miſmos que comen de èſta dichoſa, y faciliſsima Ciencia. Con los ſocorros diarios de eſtas dos caſas, y con la amiſtad de un Bordador, que me permitia bordar en ſu Obrador gorros, chinelas, y otras baratijas, que ſe deſpachavan à los primeros precios en una tienda portatil de la Puerta del Sol, vivia mal comido; pero juntava para calzar un par de zapatos, y ponerme unos decentes calzones, y alguna chupa ſacada del Portal del Mercader. Entre las amiſtades de eſte tiempo ganè la piedad de Don Jacobo de Flon, el que ſe inclinò à mi, con el motivo de hablarme, y verme exercitar algunas habilidades en una concurrencia, donde por caſualidad nos juntamos. Ofreciòme ſu poder; y agradecido, y deſeoſo de que mis Padres tuvieſſen por mi mano algun alivio en ſus repetidas deſgracias, le roguè, que ſe acordaſſe de ellos, y que no ſe laſtimaſſe de mis miſerias: que yo era mozo, y podia reſiſtir los ceños de la fortuna, y que la vejèz de los que me criaron no te-

tenia armas con que contrareſtar ſus impiedades. Movido de la laſtima, y de mis honradas sùplicas, me diò la Patente de Viſitador del tabaco de Salamanca, que dexo dicha en el reſumen de la vida de mi Padre, y en ella todos mis conſuelos, deſcuidos, y venturas.

Ya mi inconſtancia me traìa con la imaginacion inquieta, y cabiloſa, trazando artificios para buſcar nuevas tarèas, entretenimientos, y deſtino. Penſava unas veces en retirarme de la Corte à vèr mundo, otras en meterme Frayle, y algunas en bolverme à mi caſa. Rebolviòme los caſcos, y puſo à mi cabeza de peor condicion la compañia de un Clerigo Burgalès, tan buen Sacerdote, que empleava los ratos ociosos en introducir tabaco, azucar, y otros generos prohibidos: y oliendo èſte, que mi docilidad eſtarìa pronta para ſeguir ſus rieſgos, aventuras, y deſpropoſitos, me aconſejò que lo acompañaſſe à ſus ocioſidades, y entretenimientos, ofreciendo, que me darìa una mitad de las ganancias; y para ſalir de Madrid, armas, cavallo, y capotillo. Yo, ſin pararme en conſiderar el extravìo, el rieſgo, y el fin, le ſoltè la palabra de ſeguirle, ayudarle, y exponer mi vida à las inclemencias, rigores, y tropelìas, que forzoſamente ſe ſiguen à tan eſtragado deſpeño. La miſericordia de Dios, que

la uſa con los mas rebeldes à ſus aviſos, eſtorvò tan infame determinacion, apartando mi vida de los inſolentes rieſgos en que la quiſo poner mi loco deſpecho, y maldita docilidad. Por el medio mas raro, y eſtupendo que es imaginable, me librò ſu Mageſtad de las Galeras, de un balazo, de la carcel perpetua, de el Preſidio, ò de el Caſtillo de San Anton, adonde fue à parar mi devoto Burgalès. Bendita ſea ſu benignidad, y ſu paciencia! Eſcrivirèlo con la brevedad poſsible, porque es el caſo menos impertinente de eſta Hiſtoria.

Yà eſtava yo pueſto de xacaro, veſtido de baladron, y rebentando de ganchoſo, eſperando con necias anſias el dia en que avia de partir con mi Clerigo Contravandiſta à la ſolicitud de unas Galeras, ò en la horca, en vez de unos talegos de tabaco, que (ſegun me dixo) aviamos de tranſportar deſde Burgos à Madrid, ſin licencia del Rey, ſus Celadores, ni Miniſtros: y una tarde muy cercana al dia de nueſtra delinquente reſolucion, encontrè en la calle de Atocha à Don Julian Caſquero, Capellan de la Excelentiſsima Señora Condeſa de los Arcos. Venìa èſte en buſca mia, ſin color en el roſtro, poſſeìdo del eſpanto, y lleno de una horroroſa cobardìa. Eſtava el hombre tan trèmulo, tan pagizo, y tan arrebatado, como

mo ſi ſe le huviera aparecido alguna coſa ſobrenatural. Balbuciente, y con las voces languidas, y rotas, en ademàn de enfermo que habla con el frio de la calentura, me diò à entender, que me venia buſcando, para que aquella noche acompañaſſe à la ſeñora Condeſa, que yacìa horriblemente atribulada con la novedad de un tremendo, y eſtraño ruido, que tres noches antes avia reſonado en todos los centros, y extremidades de las piezas de la caſa. Ponderòme el triſtiſsimo pavor que padecian todas las criadas, y criados; y añadiò, que ſu Ama tendria mucho conſuelo, y ſerenidad en verme, y en que la acompañaſſe en aquella inſoportable confuſion, y tumultuoſa anguſtia. Prometì ir à beſar ſus pies ſumamente alegre, porque ei padecer yo el miedo, y la tubacion, era dudoſo, y de cierto aſſegurava una buena cena aquella noche. Llegò la hora; fuì à la caſa, entraronme haſta el Gavinete de ſu Excelencia, en donde la hallè afligida, pavoroſa, y rodeada de ſus Aſsiſtentas, todas tan palidas, inmobles, y mudas, que parecian eſtatuas. Procurè apartar con la rudeza, y deſenfado de mis expreſsiones, el aſſombro que ſe les avia metido en el eſpiritu: ofrecì rondar los eſcondites mas ocultos; y con mi ingenuidad, y mis promeſſas, quedaron ſus corazones mas tratables.

bles. Yo cenè con ſabroſo apetiro à las diez de la noche; y à eſta hora empezaron los Lacayos à ſacar las camas de las habitaciones de los criados, las que tendian en un ſalon, donde ſe acoſtava todo el *monton* de familiares, para ſufrir ſin tanto horror con los alivios de la ſociedad el ignorado ruido que eſperavan. Capitulòſe à bulto entre los timidos, y los inocentes à eſte rumor por juego, locura, y exercicio de Duende, ſin mas cauſa, que aver dado la manìa, la precipitacion, ò el antojo de la vulgaridad eſte nombre à todos los eſtrepitos nocturnos. Apiñaron en el ſalon catorce camas, en las que ſe fueron mal metiendo perſonas de ambos ſexos, y de todos eſtados. Cada una ſe fue deſnudãdo, y haciendo ſus menefteres indiſpẽſables con el recato, decẽcia, y ſilencio mas poſsible. Yo me apoderè de una ſilla, puſe à mi lado una hacha de quatro mechas, y un eſpadon cargado de orin; y ſin acordarme de coſa de eſta vida, ni de la otra, empecè à dormir con admirable ſerenidad. A la una de la noche reſonò con baſtante ſentimiento el enfadoſo ruido: gritaron los que eſtavan empanados en el paſtelòn de la pieza: deſperté con prontitud, y oì unos golpes vagos, turbios, y de dificultoſo examen en diferentes ſitios de la caſa. Subì, favorecido de mi luz, y de mi eſpa-

dadon, à los deſvanes, y azotèas, y no encontrè fantaſma, eſperezo, ni bulto de coſa racional. Bolvieron à mecerſe, y repetirſe los porrazos: yo tornè à examinar el parage donde preſumì que podian tener ſu origen, y tampoco pude deſcubrir la cauſa, el nacimiento, ni el actor. Continuava de quarto en quarto de hora el deſcomunal eſtruendo; y en eſta alternativa durò haſta las tres y media de la mañana. Once dias eſtuvimos eſcuchando, y padeciendo à las miſmas horas los trilles, y tonitruoſos golpes: y canſada ſu Excelencia de ſufrir el ruido, la deſcomodidad, y la vigilia, tratò de eſconderſe en el primer rincon que encontraſſe vacìo, aunque no fueſſe abonado à ſu perſona, grandeza, y familia dilatada. Mandò adelantar en vivas diligencias ſu deliberacion; y ſus criados ſe puſieron en una precipitada obediencia, yà de reverentes, yà de horrorizados con el ſuceſſo de la ultima noche, que fue el que dirè.

Al prolixo llamamiento, y burlona repeticion de unos pequeños, y alternados golpecillos que ſonavan ſobre el techo del ſalon donde eſtava la tropa de los aturdidos, ſubì yo, como lo hacia ſiempre, yà ſin la eſpada, porque me deſengañò la porfia de mis inquiſiciones, que no podia ſer viviente racional el artifice de

de aquella eſpantoſa inquietud: y al llegar à una crugia, que era quartèl de toda la chuſma de librèa, me apagaron el hacha, ſin dexar en alguno de los quatro pavilos una morcena de luz, faltando tambien en el miſmo inſtante otras dos que alumbravan en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitacion. Retumbaron, inmediatamente que quedò en la obſcuridad, quatro golpes tan tremendos, que me dexò ſordo, aſſombrado, y fuera de mi lo irregular, y deſentonado de tu ruido. En las piezas de abaxo, correſpondientes à la crugia, ſe deſprendieron en eſte punto ſeis quadros de grande, y peſada magnitud, cuya Hiſtoria era la Vida de los ſiete Infantes de Lara, dexando en ſus lugares las dos argollas de arriba, y las dos eſcarpias de abaxo, en que eſtavan pendientes, y ſoſtenidos. Inmobil, y ſin uſo en la lengua, me tirè al ſuelo; y ganando en quatro pies las diſtancias, deſpues de largos rodèos, pude atinar con la eſcalera. Levantè mi figura; y aunque poſſeìdo de el horror, me quedò la advertencia para baxar à un patio, y en ſu fuente me chapucè, y recobrè algun poco de el ſobreſalto, y el temor. Entrè en la ſala, vì à todos los contenidos en ſu ojalde abrazados unos con otros, y creyendo que les avia llegado la hora de ſu muerte. Supliquè

à

à la Excelentiſsima, que no me mandaſſe bolver à la ſolicitud necia de tan eſcondido portento: que yà no era buſcar deſengaños, ſino deſeſperaciones. Aſsi me lo concediò ſu Excelencia, y al dia ſiguiente nos mudamos à una caſa de la calle del Pez, deſde la de Foncarral, en donde ſucediò eſta rara, inaveriguable, y verdadera hiſtoria. Dexo de referir, yà los preciosos chiſtes, y los riſibles ſuſtos que paſſaron entre los medroſos de el ſalòn; y yà las agudezas, y las gracias, que ſobre los aſſumptos del eſpanto, y la deſcomodidad ſe le ofrecieron à Don Eugenio Gerardo Lobo, que era uno de los encamados en aquel hoſpital del aturdimiento, y el eſpanto: y paſſo à decir, que ſu Excelencia, y ſu caritativa, y afable familia ſe agradaron tanto de mi prontitud, humildad, y buen modo, (fingido, ò verdadero) que me obligaron à quedar en caſa, ofreciendome ſu Excelencia la comida, el veſtido, la poſada, la libertad, y lo mas apreciable, las honras, y los intereſſes de ſu proteccion. Aceptè tan venturoſo partido, y al punto partì à rogar à mi Clerigo Contravandiſta, que me ſoltaſſe la palabra que le avia dado de ſer compañero en ſus peligroſas aventuras, porque me prometia mas ſeguridad eſta conveniencia, mas honor, y mas duraciones, que las de ſus fatales derrumbade-

ros.

ros. Conſintiò peſaroſo à mi inſtancia: èl ſe fue à ſus deſdichados viages, y en uno de ellos lo agarrò una Ronda, que le puſo el cuerpo por muchos años en el Caſtillo de San Anton: yo me quedè en la caſa de eſta Señora quieto, honrado, ſeguro, y dando mil gracias à Dios, que por el ridiculo inſtrumento de eſte Duende, ò Fantaſma, ò nada, me entreſacò de la melancolica miſeria, y de las deſventuradas imaginaciones en que tenia atollado el cuerpo, y el eſpiritu. Eſtuve en eſta caſa dos años, haſta que ſu Excelencia casò con el Excelentiſsimo Señor Don Vicente Guzmàn, y fue à vivir à Colmenar de Oreja. Yo paſsè à la del Señor Marquès de Almarza, con el miſmo hoſpedage, la miſma eſtimacion, y comodidad: y en eſtas dos Caſas me hoſpedè ſolamente deſpues que me echò el Duende del anguſtiado caſaron de la calle de la Paloma. Vivia entretenido, y retirado, leyendo las materias que ſe me proporcionavan al humor, y al guſto, y eſcrivia algunos Papelillos, que ſe los tirava al publico, para ir reconociendo la buena, ò mala cara con que los recibia. Paſſaron por mi eſtos, y otros ſuceſſos (que es preciſſo callar) por el año de mil ſetecientos y veinte y tres, y veinte y quatro: y aviendo puesto en el Pronoſtico de èſte la nunca bien llorada muerte de Luis

Luis Primero, quedè acreditado de Aſtrologo, de los que no me conocian, y de los que no creyeron, y blasfemaron de mis Almanaques. Padeciò eſta prolacion la enemiſtad de muchos majaderos, ignorantes de lás licitas, y prudentes congeturas de eſtos practicos, y prodigioſos artificios, y obſervaciones de la Filoſofia, Aſtrologia, y Medicina. Unos quiſieron hacer delinquente al Pronoſtico, è infame, y mal intencionado al Autor: otros voceavan, que fue caſualidad lo que era ciencia; y antojo voluntario, lo que fue ſoſpecha juicioſa, y temor amoroſo, y reverente: y el que mejor diſcurria, dixo que la prediccion ſe avia alcanzado por arte del demonio. Salieron Papelones contra mi; y entre la turba ſe entremetiò el Medico Martin Martinez con ſu *Juicio final de la Aſtrologia*, haciendo Protector de ſu Eſcrito al Excelentiſsimo Señor Marquès de Santa Cruz. Yo reſpondì con las *Concluſiones à Martin*, dedicadas al miſmo Excelentiſsimo Señor, y otros Papeles, que andan impreſſos en mis Obras; y quedò, ſi no ſatisfecho, con muchas ſeñales de arrepentido. Serenòſe la conjuracion; deſpreciò el vulgo las necias, è inſolentes ſatiras, y ſalì de las uñas de los maldicientes ſin el menor araño en un aſſumpto tan triſte, reverente, y expueſto à una tropelìa ri-

gu-

guroſa. Quedamos aſidos de las melenas Martin, y yo; y deſaſiendome de ſus garras, ſali con la determinacion de viſitar ſus enfermos, y eſcrivir cada ſemana, para las Gacetas, la hiſtoria de ſus difuntos. Viòle perdido, conſiderando mi deſahogo, mi razon, y la facilidad con que impreſsionaria al publico de los errores de ſu practica, en la que le iva la honra, y la comida. Echòme empeños, pidiò perdones: yo cedì, y quedamos amigos.

Vino à eſta ſazon à ſer Preſidente del Real Conſejo de Caſtilla el Iluſtriſsimo Señor Herrera, Obiſpo de Siguenza; y aficionado à la ſoltura de mis Papeles, y à lo eſtraño de mi eſtudio; ò laſtimado de mi ocioſidad, y de lo peligroſo de mis eſparcimientos, mandò que me llevaſſen à ſu caſa: y en tono de premio, de cariño, y ordenanza, me impuſo el precepto de que me retiraſſe à mi Pais à leer à las Cathedras de la Univerſidad, y que bolvieſſe à tomar el honrado camino de los Eſtudios. Dixome, que parecia mal un hombre ingenioſo en la Corte, libre, ſin deſtino, carrera, ni empleo, y ſin otra ocupacion que la peligroſa de eſcrivir inutilidades, y burlas para emborrachar al vulgo. Predicòme un poco, poniendome à la viſta ſu deſagrado, y mi perdicion: y me rematò la platica con el pronoſtico de una ruin,

ruin, y deſconſolada vejez, ſi llegava à ella; porque la fama, la ſalud, y el buen humor ſe canſarian; y à buen librar, me quedava ſin mas arrimos, que una muleta, y una mala capa, expueſto à los muchos rubores, y eſcaſo alivio que produce la limoſna. Medroſo à ſu poder, aſſuſtado del poſsible paradero en una mala ventura, y reſentido de perder la alegre, y licencioſa vida de la Corte, prometì la reſtitucion à mi Patria, y oponerme à qualquiera de las ſiete Cathedras raras, que entonces eſtavan todas vacantes, por hallarme ſin medios, ni modo para ſeguir las eternas Opoſiciones de las otras. Diòme muchas gracias, muchas honras, y muchas promeſſas con ſu favor, y ſu poderìo: beſè ſu mano, me echò ſu bendicion, y partì de ſus pies aſſuſtado, y agradecido, triſte, y temeroſo, impaciente, y cobarde; y finalmente lleno de ſuſtos, confuſiones, y eſperanzas. Los nuevos ſuceſſos, acciones, y aventuras que paſſaron por mi en la nueva vida, à que me ſujetè en Salamanca, lo verà en el ſiguiente, y penultimo Trozo de ella el que no eſtè canſado de las inſipideces de eſta leccion.

*** *** ***

QUAR-

QUARTO TROZO DE LA VIDA DE DON Diego de Torres, que empieza deſde los treinta años haſta los quarenta, poco mas, ò menos.

QUando yo empezava à eſtrenar las fortunas, los deleytes, las abundancias, las monerìas, y los dulciſsimos agaſſàjos, con que liſonjean à un mòzo mal entretenido, y bien engañado los juegos, las Comedias, las mugeres, los bayles, los jardines, y otros eſpectaculos apetecidos: y quando yà gozava de los antojos del dinero, de las bondades de la ſalud, y de las ligerezas de la libertad, poſſeyendo todos los idolos de mis inclinaciones ſin el menor ſuſto, eſtorvo, ni moderacion; porque ni me acordava de la Juſticia, las enfermedades, las Galeras, la horca, los Hoſpitales, la muerte, ni de otros objetos de los que ponen la triſteza, el dolor, la fatiga, y otros ſinſabores en el animo, ſalì de la Corte para entretexerme ſegunda vez en la nebuloſa piara de los Eſcolares, adonde ſolo ſe trata del retiro, el encogimiento, la eſclavitud, la porqueria, la pobreza, y otros melancolicos deſaſſeos, que ſon ayudantes conducentes à la pretenſion, y la codicia de los honores, y las rentas. Vivia mal hallado, y rabioſo con eſta inutil abſtraccion, y muy aburrido con las conſideraciones de lo empalagoſo, y durable de eſta vida: pero por no faltar à mi palabra, ni à la manìa de los hombres, que juzgan por honor indiſpenſable el cautiverio de una ocupacion violenta, en la que muchas veces ni ſe ſabe, ni ſe puede cumplir, jurè permanecer en ella contra todos los impetus de mi inclinacion.

Deſenojava muchos dias à mis enfados, huyendo de las moleſtas circunſpecciones del habito talar à las anchuras, y libertades de la Aldèa: tratava con agaſſajo, pero ſin confianza, à los de mi ropage. Iva paladeando à mi deſabrimiento con las huelgas del Paìs, los ratos que vacava de mis tarèas eſcolaſticas; y en los aſſuetos marchava à Madrid à buſcar los alhagos de las diverſiones, en que continuamente ſe hundia mi meditacion. Con eſtos piſtos, y otros muerdos que le tirava al Curſo, fuì paſſando haſta que la coſtumbre me hizo agradable, lo que ſiempre me proponìa aborrecible. Luego que entrè en Salamanca hice las diligencias de leer à la Cathedra de Humanidad; y ſabiendo que eſtava empeñado en ſu lectura, y en ſu poſſeſsion, mi primer Maeſtro el Doctor Don Juan Gonzalez de Dios, deſiſtì de el guſto, y la conveniencia que avia aprendi-

dido en mi inſtancia. Yo queria eſconder el hediondo nombre de Aſtrologo con el apreciable Apellido de Cathedratico de otra qualquiera de las diſciplinas liberales; pero contemplando utilidad mas honrada la de no ſervir de eſtorvo al que me iluſtrò con los primeros principios de la Latinidad, y las buenas coſtumbres, me rendì à quedarme atollado en el cenagoſo mote del Piſcator. Por eſte corteſano motivo determinè leer à la Cathedra de Mathematicas: hice mi pretenſion con irregularidad, y ſin apetito à quedarme por Maeſtro, porque me gritavan las dulces greſcas, las ſabroſas bullas, los deleytes urbanos, y las licencias alegres de la Corte, que las apetecia en aquel tiempo con mas anſia, que todos los honores, y comodidades del mundo. Saliò otro Opoſitor à dicha Cathedra; y èſte eſperava mas felicidad en la multitud de los Votos, perſuadido à que por ſus años maduros, ſu encogimiento, ſu moderacion, y ſus acciones jeiciolas, ò impedidas, y a la vilta de mis inquietudes, eſcandalos, y libertades, ſeria mas juſto acreedor al premio, y à las aceptaciones. Trabajaron ſobradamente mis enemigos, và ponderando las virtudes del uno, và las malicias, y los vicios del otro, y và aſſegurando, que la tropelìa de mi genio, y la poca ſujecion de mi eſ-

eſpiritu produciria notables inquietudes en la pacifica union de los demàs Doctores: y temiendo que yo podia aventajarle en las noticias de la Ciencia, ò en los lucimientos de los exercicios, intentaron que no ſe leyeſſe en publico, ſino que nos comprometieſſemos los dos Opoſitores à las ſerenidades de un Examen ſecreto. Reſiſtime poderoſamente à eſta novedad, diciendo con ſobervia cauteloſa, que no avia Examinadores tan oportunos que pudieſſen ſentenciar en nueſtras habilidades, y aptitudes: ademàs de que mi intencion no era la de ſer Cathedratico, ſino la de hablar en publico, para deſmentir à los que me avian marcado de ignorante, y cumplir con las prevenciones de los Edictos, que eſtos pedian una hora de leccion de puntos en el Almageſto de Ptolomeo, Argumento de los Opoſitores, y ſufrir tercer examen en el Clauſtro pleno de la Univerſidad: que eſto ſe avia de executar; y faltando al cumplimiento de alguna de eſtas circunſtancias, ò à la mas venial providencia, ò coſtumbre de la Eſcuela en orden à la Opoſicion de Cathedras, darìa parte al Rey, y le ſuplicaria que me permitieſſe leer en los patios, và que ſe tratava de cerrar los Generales. Serenòſe con mi reſiſtencia, y mi razon la mañoſa novedad, que quiſo introducir la debil Con-

gregacion de algunos miembros deſcarriados de aquel robuſtiſsimo, y ſapientiſsimo Senado. Tomè puntos la viſpera de Santa Cecilia del año mil ſetecientos y veinte y ſeis: elegì de los tres, que ſe encargan à la ſuerte, y ventura, explicar el ſegundo, que fue el movimiento de Venus en el Zodiaco, y al dia ſiguiente, al cumplir las veinte y quatro horas del termino preſcripto por las leyes de la Univerſidad, marchè à las Eſcuelas Mayores con algun miedo, mucha deſverguenza, y culpable ſatisfaccion.

Para expreſſar con alguna viveza los eſtremados regocijos, los locos aplauſos, y las increìbles aclamaciones que hizo Salamanca en eſta ocaſion en honra del mas humilde de ſus hijos, era mas decente otra pluma mas libre, menos ſoſpechoſa, y mas autorizada que la mia; pues aunque ninguna de las que oy buelan en el publico es mas propenſa à la claridad de las verdades, que la que yo govierno; no obſtante en las cauſas tan proprias ſe deſcuida inſenſiblemente el amor intereſſado. Pero, pues eſte lance es el mas digno, y mas honrado de mi Vida, y no es oportuno ſolicitar à otro Autor que lo eſcriva, lo referirè con la menor jactancia, y vanagloria que pueda. A las nueve de la mañana fuì à entrar en el General de Ca-

nones de las Eſcuelas Mayores, y à eſta hora eſtavan las barandillas ocupadas de los Cavalleros, y graduados de el Pueblo, y los bancos tan cogidos de las gentes, que no cabìa una perſona mas. En eſte dia faltaron todas las ceremonias que ſe obſervan indefectibles en eſtos Concurſos, y exercicios. Los Rectores de las Comunidades Mayores, y Menores, y ſus Colegiales, eſtavan en pie en los vacìos que encontraron. Los plebeyos, y los Eſcolares yà no cabìan en la linea del patio frontero al General, y los demàs angulos, y centro eſtavan quaxados de modo que llegava la gente haſta las puertas que ſalen à la Igleſia Cathedral. El Auditorio ſerìa de tres à quatro mil perſonas, y los diſtantes, que no podian oìr, ni aun vèr, otros tantos. Nunca ſe viò en aquella Univerſidad, ni en funcion de eſta, ni otra claſſe un concurſo tan numeroſo, ni tan vario. A empujones de los Miniſtros, y Vedeles entrè à eſta hora, condenado à eſtàr expueſto à los ojos, y à las murmuraciones de tantos, haſta las diez en punto, que era la hora de empezar. Subì à la Cathedra, en la que tenia una Eſfera armiliar de baſtante magnitud, compaſes, lapiz, reglas, y papel, para demonſtrar las doctrinas. Luego que ſonò la primera campanada de las diez, me levantè; y ſin mas arengas que la

ſeñal de la Cruz, y un Diſtico à Santa Cecilia, cuya memoria celebrava la Igleſia en aquel dia, empecè à proponer los puntos, que me avia dado la ſuerte; los que eſtendì con alguna claridad, y belleza, no obſtante de eſtàr remotiſsimo de las fraſes de la Latinidad. Concluì la hora ſin anguſtia, ſin turbacion, y ſin aver padecido eſpecial ſuſto, encogimiento, ni deſconfianza; al fin de la qual reſonaron repetidos Vitores, infinitas alabanzas, y amoroſos gritos, durando las entonaciones plauſibles, y la alegre griterìa caſi un quarto de hora: celebridad nunca eſcuchada, ni repetida en la ſeveridad de aquellos Generales. Serenòſe el rumor del aplauſo; y en la propoſicion de titulos, y meritos, que es coſtumbre hacer, mezclè algunas chanzas ligeras (que pude eſcuſar) pero las recibiò el Auditorio con igual guſto, y agaſſajo. Arguyòme mi Coopoſitor; y entre los ſilogiſmos ſe ofrecieron otros chiſtes, que no quiero referir, por repetidos, y celebrados entre las gentes, y porque no encuentro yo con el modo de contar gracias mias, ſin incurrir en el necio deleyte de una liſonja riſible, y una vanidad muy deſgraciada. Finalizòſe el Acto, y bolviò à ſonar deſcompaſadamente la vocerìa de los Vitores, y continuando con ella, me llevò ſobre los brazos haſta mi caſa una tropa de

de Eſtudiantes, que aſſombravan, y aturdian las calles por donde ivamos paſſando. Eſta aceptacion, y univerſal aplauſo hizo deſmayar à mis enemigos en las diligencias de obſcurecer mi eſtudio, y deſtruir mi opinion, y mi comodidad. Paſſados tres dias tuvo ſu exercicio mi Coopoſitor: llenò ſu hora, y quedò el Auditorio en un profundo ſilencio. Antes de poner el primer ſilogiſmo (mirando à la Univerſidad que eſtava en las varandillas) dixe, que me dieſſe licencia para arguir fuera de los Puntos, porque no avia leìdo à ellos el que eſtava en la Cathedra, pues aviendole tocado leer de los Eclipſes de la Luna, avia hecho toda ſu Leccion ſobre la Tierra, diſputando de ſu redondèz, magnitud, y eſtabilidad: y añadì, que le mandaſſe baxar, que yo ſubirìa à leer de repente. Fue locura, ſobervia, y fanfarronada de mozo; pero ſo huviera cumplido. Arguì finalmente à los Puntos de ſu eſtudiada Leccion: precipitòme la poca conſideracion de mancebo à ſoltar algunos equivocos, y raterias: y acabado el argumento (porque dixo el Opoſitor, que ſe dava por concluìdo) ſonaron otra vez muchos Vitores à mi nombre, y caveron horrorolos ſilvos, y befas ſobre mi deſdichado Opoſitor. La moderacion humilde, y el diſſimulo prudente, y provechoſo, que ſe deve ob-

obſervar en las alabanzas proprias, le eſtàn re-
gañando à mi pluma las ſobervias, y preſump-
tuoſas relaciones de eſte ſuceſſo; la integridad
de la obra, y la diſculpable ambicion à los
decentes aplauſos, *me empujan tambien* à deſ-
crivir con alguna diſtincion la multitud de ſus
mayores circunſtancias: pero pues he deter-
minado callar algunas, concluirè las que perte-
necen à eſte aſſunto con mas aceleracion, y mas
miſeria. Faltò pues el Examen de las Facultà-
des Mathematicas en el Clauſtro pleno, para
hacer cabal la funcion. Yo sè el motivo de eſte
defecto, y sè tambien, que es importante no
decirlo. Votòſe entre ſetenta y tres Gradua-
dos, que tanto era el numero de los Doctores,
y tuve en mi favor ſetenta y uno. Mi Coopoſi-
tor tuvo un voto, y el otro ſe encontrò arroja-
do de la caxa. Eſtavan las Eſcuelas, y las calles
vecinas rodeadas de Eſtudiantes gorrones, car-
gados de armas, y eſperando con mas impa-
ciencia que los Pretendientes, la reſolucion de
la Univerſidad: y luego que la declarò el
Secretario, diſpararon muchas bocas de fuego,
ſoltaron las campanas de las Parroquias inme-
diatas, echaron muchos cohetes al ayre, y me
acompañò haſta caſa un tropel numeroſo de
gentes de todas eſferas, repitiendo los vivas, y
los honrados alaridos ſin ceſſar un punto. A la

no-

noche ſiguiente ſaliò à cavallo un eſquadron
de Eſtudiantes, hijos de Salamanca, iluminando
con hachones de cera, y otras luces un tarje-
ton, en que iva eſcrito con letras de oro ſobre
campo azul mi Nombre, mi Apellido, mi Patria,
y el nuevo titulo de Cathedratico. Puſieron
luminarias los vecinos mas miſerables, y en los
miradores de las Monjas no faltaron las luces,
los pañuelos, ni la vocerìa. Alternavan Muſi-
cas, y Vitores por todos los barrios, y pareciò
la noche un dia de juicio. Eſte fue todo el ſu-
ceſſo; y todo eſte clamor, aplauſo, honra, y
griteria hizo Salamanca por la gran novedad
de vèr en ſus Eſcuelas un Maeſtro rudo, loco,
ridiculamente infame, de extraordinario genio,
y de coſtumbres ſoſpechoſas. Cada hora ſe
eſcuchan en aquellas Aulas doctiſsimas Lec-
ciones, y admirables proyectos de Eſcolares
prudentes, ingenioſos, y aplaudidos; y cada
dia ſe vèn empleados en las Cathedras, Obiſ-
pados, y Garnachas excelentes, ſugetos de ſin-
gular virtud, ciencia, y conducta; y con nin-
guno ha hecho ſemejantes, ni tan repetidas
aclamaciones. Averiguen otros la razon, ò
deſlumbramiento de eſte vulgo, mientas yo le
doy con eſta memoria nuevas gracias, y me
quedo con ſingulares gratitudes.

Mas docil, mas erguido, y mas ſeſudo que lo

que

que yo eſperava de mi cabeza, empecè la nueva vida de Maeſtro, enſeñando con quietud, cariño, y ſeriedad à una gran porcion de oyentes, que ſe arrimaron à mi Cathedra los primeros Curſos: quizà preſumiendo, que entre las Lecciones Mathematicas avia de rebolver algunas coplas, ò ingenioſidades del chacorrero eſpiritu que todos han preſumido en mi humor, governandoſe por las violentas, y burlonas majaderias de mis Papeles. Fueſſe por eſta cauſa, ò por la de probar los fundamentos, y principios en que eſtriva un eſtudio tan miſterioſo, temido, y olvidado, yo logrè vèr muchas veces lleno de curioſos à mi General en la hora que explicava. Los coſarios à eſcrivir la materia ſiempre fueron pocos; pero en el numero de entrantes, y ſalientes puedo contar à todos los mancebos que embian ſus padres à ſeguir otras Ciencias, que dàn mas honra, y mas dinero, pero menos deſcanſo, y mas peligro. Nunca ſe oyeron en mi Aula las bufonadas, gritos, y perdiciones del reſpeto, con que continuamente eſtàn aburriendo à los demàs Cathedraticos los enredadores, y mal criados diſcipulos. A los mios les advertì, que aguantaria todos los poſtes, y preguntas que me quiſieſſen hacer, y dar ſobre los argumentos de la tarde; pero que tuvieſſe creì-

creìdo el que ſe quiſiera entrometer à gracioſo, que le romperia la cabeza, porque yo no era Cathedratico tan prudente, y ſufrido, como mis compañeros. Un ſalvage ocioſo, hombre de treinta años, Curſante en Theologia, y en deshoneſtidades, me ſoltò una tarde un equivoco ſucio; y la reſpueſta que llevò ſu atrevimiento, fuè tirarle à los hocicos un compàs de bronce (que tenia ſobre el tablon de la Cathedra) que peſava tres, ò quatro libras. Su fortuna, y la mia eſtuvo en baxar con aceleracion la cabeza; y eſta mañoſa priſa lo librò de arrojar en tierra la meollada. Eſte diſparate puſo à los aſsiſtentes, y mirones en un miedo tan reverencial, que nunca bolviò otro alguno à arguirme con gracias. Continuava ſin peſar deſacomodado los Curſos en mi Univerſidad; y los veranos, y vacaciones huìa de las ſeriedades de la Eſcuela, à deſenojarme del encogimiento, y triſteza Eſcolaſtica à Madrid, y à Medina-Cœli, adonde me hoſpedava con guſto, con regalo, y ſin ceremonia mi intimo amigo Don Juan de Salazar, que yà deſcanſa en paz. Paſſavan ſin ſentir por mi los dias, y los años, dexandome guſtoſo, ſin deſazon, ſin achaques, y entretenido con las muchas diverſiones que ſe me ofrecian en los viages, en la Corte, y en la caſa de èſte, y otros amigos

de

de mi humor, de mi cariño, y de todo mi genio. Era Don Juan de Salazar (que fue el que me arraſtrava entonces, mas que otro, todo mi cuidado, y amor) un Cavallero diſcretiſsimo, ſabio, alegre, y aficionado à la varia lectura; inteligente en los chiſtes de la Mathematica, en los entretenimientos de la Hiſtoria, en las delicadezas de la Filoſofia, y en las ſeveridades de la Juriſprudencia. Montava à cavallo con arte, con garbo, y ſeguridad: hacìa pocos, pero buenos verſos: era muy practico, y muy frequente en la campiña, en el monte, y en la ſelva: matava un par de perdices, un javalì, y un conejo con donaire, con deſtreza, y ſin fatiga; y era finalmente buen profeſſor de todas las Artes de Cavallero, de Politico, de Ruſtico, y de Corteſano. Viviamos muchas temporadas en una ſabroſiſsima amiſtad, y ocupacion, yà en ſu Librerìa; que era varia, eſcogida, y abundante; yà en el monte en el dulce canſancio de la caza, y en el eſtrado de ſu muger Doña Joaquina de Morales, mi ſeñora, donde ſonavan los verſos, la converſacion, los inſtrumentos muſicos, y toda variedad de gracias, y alegrias. Repreſentavanſe entre noſotros, los familiares, y vecinos, diferentes Comedias, y piezas Comicas (que algunas eſtàn en mi ſegundo Tomo de Poe-

Poesìas) en los dias ſeñalados por alguna celebridad Eccleſiaſtica, politica, ò de nueſtra eleccion. Eſcrivia tambien, yà en los ratos que le ſobravan à mis deleites, yà por las poſadas, por huìr ſiempre del ocio, por burlarme del mundo, y por juntar moneda, los Papelillos que oy ſe vàn coſiendo en Tomos grandes. De las ſatiras que arrojavan contra ellos, y contra mi, hacìa tambien divertimiento, riſa, y chanzoneta. Burlavame de vèr ſus Autores cargados de embidia, y de laceria, mas que de razon, intentando quitarme el ſoſsiego, la libertad, y el aplauſo. Alegravame mucho ſiempre que me ſoltavan algunos Papelones maldicientes, porque al inſtante ſe ſeguia la mayor venta de mis Papeles, y el eſpecial regocijo de ver ſus Autores encorajados, è iracundos contra un mozo picaron, que ſe le dava un ardite de toda Conſtantinopla.

Lleno de riſa, y de deſprecio contra la necedad de eſtos furioſos, y provocativos ſalvages; rodeado de los requiebros de los aficionados à mis boverias; embevido en la variedad de guſtos, y feſtejos; con baſtantes abundancias de fortuna; y ſin conocer la cara al ſinſabor, al mal, ni al quebranto, vivì cinco años, que fueron los intermedios deſde que entrè en la Cathedra, haſta que recibì el Grado de Doc-

Doctor. Detuveme en proporcionarme à tan honroſo empleo, por eſtàr mas deſatado para mis aventuras, porque conſiderava como eſtorvo impertinente à mis correrìas, la ſujecion à los Clauſtros, à las fieſtas, à las Concluſiones, y otros encargos de eſte apreciabiliſsimo caracter. Medroſo à las Leyes, y Eſtatutos, que mandan deſpojar de los titulos, y rentas de Maeſtro al que no ſe gradùa en determinado tiempo, huve de rendirme à las ordenanzas, y al cumplimiento de las obligaciones con baſtante dolor de mis altanerìas. Tomè el Grado el Jueves de Ceniza del año de mil ſetecientos y treinta y dos, en el que no huvo eſpecialidad que ſea digna de referirſe: ſolo que el Martes antes, que lo fue de Carneſtolendas, ſaliò à celebrarlo con anticipacion feſtiva el Barrio de los Olleros, imitando con una mogiganga en botricos el paſsèo, que por las calles publicas acoſtumbra hacer la Univerſidad con los que gradùa de Doctores. Ivan repreſentando las Facultades ſobreveſtidos con variedad de trapajos, y colores: llevavan las trompetas, y tamborilillos los Vedeles, Reyes de Armas, y Maeſtros de Ceremonias; y concluyeron la feſtividad, y la tarde con la corrida de Toros, con que ſe rematan los ſerios, y coſtoſos Grados de aquella Eſ-

Eſcuela. Dixoſe entonces, que yo iva tambien entre los de la mogiganga, disfrazado con maſcarilla, y con una ridicula Borla, y Muceta azùl; pero dexemoſlo en duda, que el deſcubrimiento de eſta picardiguela no ha de hacer deſmedrada la Hiſtoria. Con la circunſpeccion en que me metì, y con la mayor quietud à que me ſujetè, empezaron à engordar mis humores, à circular la ſangre con mas pereza, à llenarſe de cocimientos errados el eſtomago, y à rebutirſe los hipocondrios de impurezas crudas, de triſtiſsimos humos, y de negras afecciones. Subieron à ſer males penoſos todas eſtas indiſpoſiciones deſde el dia veinte de Enero del año de treinta y dos, que paſsè à las inclementes injurias del ayre, y la nieve en el Puerto de Guadarrama en los montes que tiene el Conde de Santiſtevan entre las Navas, y Valdemaqueda. Dirè brevemente el ſuceſſo. Yo perdì el camino: y al anochecer roguè à un Paſtor, que venìa de una de las caſas de los Guardas de aquel ſitio, que me puſieſſe en la Calzada Real. Recibì erradas las ſeñas; y deſpues de aver dexado el carril, que ſeguia à la diſtancia que el Paſtor me dixo, entrè en otra carretera baſtantemente trillada, y reducida. Caminavamos ſumidos en el rebozo de la capa mi cria-

criado, y yo, huyendo el azote de el ayre, y la nieve, y à corto trecho de mi, oygo un grito ſuyo, que dixo: *Señor, que me ha tragado la tierra.* Rebolvìme con promptitud para ſocorrerle, y al tomar media buelta ſobre la derecha, ſe hundiò mi cavallo con un eſtruendo terrible, y diò conmigo en tierra, laſtimandome con curable eſtrago todo un muſlo. Salì como pude; y à peſar de las obſcuridades de la noche percibi que avia ſacado mi cavallo una pierna atraveſada de unos clavos de hierro, introducidos en dos trancas horroroſas de madera, à quien llaman cepos los cazadores de los lobos. Acudi à mi criado, y lo hallè tendido debaxo de ſu animal, que eſtava tambien cogido en otro cepo. Hice muchas diligencias para vèr ſi podia quitarles las peſadas cormas; y como en mi vida avia viſto ſemejante artificio, no encontrè con los medios de librar de èl à mis cavallos. Medroſos de no caer en otras trampas, y deſeſperados de no poder levantar del ſuelo à nueſtros animales, hicimos rancho, expueſtos toda la larga noche à los rigores, y aſperezas del frio, y el viento. Con los pedernales de las piſtolas, polvora, y los trapos de una camiſa, que ſaquè de mi maleta, encendiamos lumbre; pero luego ſe nos bolvia à morir con la humedad. En eſta triſtiſ-

ſima fatiga, y con el deſconſuelo de no oìr ni un ſilvo, ni un cencerro, ni ſeña alguna de eſtàr cercanos à algun chozo, majada, ò alqueria, nos encontrò la luz de la mañana, à la que vimos el eſtrago, y perdida de nueſtros rozinantes. Cargamos con nueſtras maletas à pie; y à breve rato dimos con el Lobero: ſacò èſte los pies de los cavallos de los cepos: reconocimos que el uno tenia cortados los muſculos, nervios, y tendones de la pierna, y que el otro ſolamente los tenia atraveſados. Guiònos à la caſa de un Guarda, llamado el Calabrès, y en ſu chimenèa nos reparamos del frio de la noche: nos diò para almorzar una gran taza de leche; puſo para comer una eſtupenda olla con nabos, y tocino, y gracias à Dios paſſamos felizmente el dia. Muriò el un cavallo, y el otro ſe curò con mucha dificultad en las Navas; y en dos jacos de alquiler de eſte Lugar proſeguimos nueſtra derrota haſta Avila de los Caballeros: y en la caſa del Marquès de Villa-Vicioſa acabè de combalecer de mi tormenta con ſus favores, ſus regalos, y mi conformidad.

Prologo fue de el libro de mis deſgracias eſta melancolica aventura: porque detras de ella ſe vino paſſo à paſſo mi ruidoſo deſtierro, en el que padeci prolixas deſconveniencias, irregulares ſuſtos, y conſideraciones infelices:

pe-

pero fui al miſmo tiempo tan afortunadamente dichoſo, que vì ſobre mi una laſtima univerſal de los nacionales, y eſtraños, una aclamacion increible, y un amor tan honrado, que jamàs aſpirára à preſumir. Si yo pudiera poner en eſta eſcritura, ſin irritar à los actores, y teſtigos, que todavia han quedado en el mundo, las particulares menudencias, y circunſtancias que eſtoy deteniendo en mi pluma, creo que ſeria eſte paſſage el unico què puſieſſe alguna enſeñanza, algun guſto, y dilatada eſtimacion en eſta Hiſtoria. Yo conozco que es importante, que eſtèn ocultos los primeros principios, y muchas circunſtancias de los medios, y los fines de eſte eſcandaloſo ſuceſſo: por lo que determino contentar al Lector con inſtruirle de las verdades mas publicas, para que pueda entretenerſe ſin el reſentimiento de los fabricantes de mi paſſada penalidad. Es cierto que en los libros de las Novelas, yà fingidas, yà certificadas, y en los lances Comicos inciertos, ò poſsibles, no ſe encuentra aventura tan prodigioſa, ni tan honrada, como la que me arrojò à padecer los rigores de un largo, y enfadoſo deſtierro. El que quiſiere quedar inſtruìdo, regiſtre algunos papeles mios, que con facilidad ſe tropiezan en las Librerias, y hallarà (aunque rebueltos con eſtudiada confuſion)

ſion) los motivos de mi ignominia, y mi deſgracia. En las Dedicatorias de mis Almanaques de los años de 34. y 35. hechas à los Excelentiſsimos Señores Marquès de Grimaldo, y Don Joſeph Patiño, que aun duran en el Libro intitulado: *Extracto de Pronoſticos de Torres*, eſtà patente mi inocencia, y embozada con los rodeos de una aſtucia loable, la raìz principal de las conjuraciones que labraron mis deſconſuelos, y deſdichas. En dos membretes impreſſos en Bayona de Francia, el uno dictado por Don Juan de Salazar, compañero en la conturbacion, en la fatalidad, la fuga, y la fatiga; y el otro proferido por mi al Rey nueſtro Señor, ſuplicando à ſu piedad con laſtimoſos, y rendidos ruegos, para que nos oyeſſe ſu juſticia, aparecen tambien algunas luces de la clara verdad de eſte ſuceſſo. En eſtos Papeles, en la repreſentacion que los Miniſtros hicieron à ſu Real Mageſtad, y en la confeſsion de Don Juan conſta ſolamente, que provocado eſte Cavallero de las injurias de un Clerigo poco detenido, ſe dexò coger de las inſolencias de la colera, y abochornado de ſus azufres, tirò de la eſpada, y abriò con ella en los caſcos del provocante un par de roturas de mediana magnitud. Dicen que fue el herido con las manos en la cabeza, no à curarſe, ſino à ſolicitar la ira

de un contrario poderoſo, en cuya confianza, y valimiento apoyava ſu reprehenſible temeridad. Arbitraron (para prevenir con mas eficacia ſus rencores, y nueſtras peſadumbres) que con las heridas freſcas partieſſe quexoſo à informar al Preſidente de Caſtilla. Aſsi lo hizo el buen Sacerdote, y marchò colerico ſanguino con las dos faltriqueras en los calcos, y ante ſu Tribunal dixo, que aquellas heridas ſe las avia impreſſo Don Juan de Salazar; y añadiò (falſamente) que Don Diego de Torres avia tenido la culpa. Eſte es todo el hecho publico, y eſta es la hiſtoria que ſe cantava en aquel tiempo. Los antecedentes motivos, y crueles aſſechanzas, que puſieron à Don Juan en la preciſsion de examinar ciertas oſſadias de el herido, y otras diligencias de ſus alianzas, quedaràn encubiertas haſta el fin del mundo. Lo que yo aſſeguro, aora que eſtoy libre, y por la miſericordia de Dios perdonado de las ſoſpechas en que impuſieron al animo piadoſo de el Rey, es, que no conſentì la menor tentacion, ni tuve la mas leve culpa en orden à las eſtocadas del Clerigo, ni hablè jamàs ni en chanza, ni en veras, ni con la inſinuacion, ni con el deſeo en ſemejante aſſunto: y en todos los ardides, probanzas, y juramentos con que intentò la malicia deſtruir mi fidelidad, mi honor, y buc-

buena correſpondencia, juro por mi vida que fueron falſos; y eſto jurarè à la hora de mi muerte. Deſeo con anſia ſacar à mi diſcurſo de eſte atolladero: crea el letor lo que guſtàre, y vengaſe conmigo à ſaber (ſi le agrada) lo que yà puedo decir con verdad, con deſcanſo, ſin peligro, y ſin ofenſa.

Los que tomaron el corage, la voz, y los poderes de el herido, dieron cuenta al Rey, probando el delito ſin nueſtra confeſsion, examen, ni diſculpa; y temeroſos de que la providencia regular nos puſieſſe en priſion, ſalimos de Madrid al Eſquileo de Sonſoto, y tres caſas, en donde eſperamos ocultos la reſolucion de la conſulta. Llegò como mala nueva, breve, y compendioſa, ſin aver padecido la mas leve detencion en el viage deſde Sevilla (donde eſtava à eſta ſazon la Corte) haſta el Real Conſejo. Contenia el Real Orden pocas palabras, porque ſolo mandava, que por ciertas cauſas fueſſe Don Juan de Salazar por ſeis años al Preſidio del Peñon, y Don Diego de Torres eſtrañado ſin termino de los Dominios de Eſpaña. Nos diò eſta buena noticia el Clerigo caritativo de la cabeza rota, que à un tiempo le hacia ſu buen corazon parcial con el arrepentimiento de la injùria, y la venganza, y con la enemiſtad furioſa de nueſtros contrarios, y

enemigos. Antes que las diligencias judiciales nos encontràran en donde pudieſſen notificarnos el Real Decreto, huìmos, aconſejados del temor, y la reverencia, del Eſquileo de Sonſoto, con la deliberacion de no parar haſta la Francia. El dia doce de Mayo à las dos de la tarde ſalimos del expreſſado lugar à cavallo; y con el alivio de ſeiſcientos doblones, y dos criados, que nos ſervian con puntualidad, y con cariño. Llegamos al anochecer à la Granja del Paular de Segovia, donde nos regalò, y conſolò tres dias el V. Padre Don Luis Quilez, Procurador de aquella ſilencioſa Comunidad de vivientes bienaventurados. Dadas deſde alli todas las prevenciones, è induſtrias para lograr los aviſos, y las cartas, que informaſſen de nueſtra vida, y nueſtros negocios; y advirtiendo à los criados, que nos trataſſen como amigos, y camaradas, trocados los nombres, el de Don Juan de Salazar en Bernardo de Bogarin, y el mio en Manuel de Villena, tomamos la bendicion de aquellos enterrados Religioſos, y nueſtra derrota con alguna melancolia, pero felizmente conformes con los trabajos, y el paradero con que nos tenia amenazados el odio, y la fortuna. Enderezamos nueſtro deſtino à la Francia; eran las Ermitas, y Conventos de Frayles nueſtro refugio, ſagrado, y abrigo;

go; y quando eſtos lugares no ſe proporcionavan à la regularidad de las jornadas, ſe diſponia el rancho en las campañas; y ſobre la tierra de Dios, que eſtava bien mullida de las lluvias, aſſentavamos los carres, los aparadores, y los repueſtos, que lo eran las mantas, y albardones de nueſtros cavallos, que ivan bien almidonados de mataduras, y coſtrones. Los aviſos frequentes, que nos dieron de la Corte, de que avian ſalido en nueſtra ſolicitud varias Requiſitorias, encargando à los Intendentes, Corregidores, ò Alcaldes de qualquiera Pueblo, que nos aprifionaſſen, y detuvieſſen en el lugar donde pudieſſemos ſer avidos. En los meſones, en los Conventos, y otros parages, en donde nos cogia el medio dia, la nocne, y la gana de comer, ſe mezclava nueſtra aſtucia, y curioſidad en la converſacion de los peregrinos, los Arrieros, y otros concurrentes, preguntando, què avia de nuevo en Madrid? y entre las novedades ſalia al punto à danzar nueſtra tragedia. Mormuravamos de noſotros miſmos con quantos ſe nos ponian delante. Afeavanſe las ligerezas de los hechos: maldecianſe los eſcandalos de los delinquentes, y ſe gloſſava ſobre el aſſunto con libertad extraordinaria. Noſotros atizavamos con diſsimulo importante el fuego de la mormuracion, y eſpe-

pecialmente quando el relator era algun critico aficionado à la poca caridad, ò algun hipocrita de los que quitan los creditos por amor de Dios, y las honras por el bien de las Almas. Divertia mucha parte de nueſtros ſuſtos, y deſvelos eſte juguete, y la ridicula variedad con que oìamos referir nueſtra laſtimoſa hiſtoria. Unos aſſeguravan, que nos vieron ahorcados; otros, que yà comiamos el bizcocho de municion en las Alucemas: y muchos ſe mantenian en la verdad de nueſtra fuga. El ſuceſſo ſe contava en cada ſitio de diferente modo, y ſubſtancia. Deciaſe por unos, que una Dama principal era el agente, y motivo de nueſtra deſſolacion; por otros, que una Comedia ſatirica repreſentada contra el Govierno; y los mas aſſeguravan, que por aver muerto à un Cura, y herido à otro: y à eſtas mentiras las rodeavan de unas circunſtancias tan infames, è impoſsibles, que mas nos producian la riſa que el enfado. La ignorancia de nueſtras perſonas puſo tambien à muchos en una curioſidad aventurada, y à noſotros en nuevos, y evidentes peligros. En Burgos nos marcaron por Frayles Apoſtatas, porque en un Convento de aquella Ciudad nos oyeron arguir en Filoſofia, y Theologia; y como eſta accion era eſtraña del trage corto, y picareſco, que elegimos para diſsimularnos, ſe perſuadieron los oyentes à que nueſtro eſtudio, y modeſtia no podia ſalir de otro lugar que de los Clauſtros Religioſos. Entre los que no nos tratavan paſſamos plaza de Contravandiſtas, governando ſu preſumpcion por los informes del veſtido, del geſto, y de las armas. La peſadumbre con que caminavamos no era mucha; porque la eſperanza de que llegaria (aunque tarde) el conocimiento de mi inocencia, y el perdon de la deſtemplanza de mi Amigo; el guſto de ir viendo Paiſes nuevos, y gentes no tratadas; el alivio de los ſeiſcientos doblones, que llevavamos en nueſtros bolſillos, y los buenos cavallos que nos ſufrian, y autorizavan, nos ivan templando la mayor prolixidad de nueſtras penas, enojos, y fatigas. No quiero poner aqui el monton de anguſtias que padecimos à ratos en nueſtro viage, yà producidas del miedo de no dàr en una priſion, yà del cuidado que nos acoſava el eſpiritu con la memoria de nueſtras caſas, y familias, porque no ſe me aburran los letores con la vulgaridad de la relacion de unos lances tan indefectibles, que ſe los puede preſumir el mas rudo: imaginelos el que lea, y quedarà menos enojado con ſu diſcurſo, que con la torpeza de mis enfadoſas expreſsiones.

Llegamos à Bayona de Francia, y en eſta Ciu-

Ciudad nos detuvimos algunos dias, eſperando en las cartas los conſuelos de alguna ſerenidad, y arrepentimiento de los conjurados, que ſe avian enardecido contra nueſtra quietud. Nos certificaron los aviſos de los Agentes de Madrid el mal eſtado de nueſtra libertad, y las pocas eſperanzas que por entonces podiamos tener en orden à reconciliarſe los animos de los unos, y los otros: y mi Amigo, que llevava al cuidado de ſu diſcrecion las reſoluciones de las dos voluntades, determinò que al punto partieſſemos à Parìs. Hallò prompta mi obediencia, mi amiſtad, y mi guſto; y al dia ſiguiente marchamos, perſuadidos à que el favor del Señor Marquès de Caſtelar, que ſe hallava Embaxador de Eſpaña en aquella Corte, ſerìa el unico medio, y remedio contra las adverſidades que nos empezavan à perſeguir. Reconociendo con puntualidad las Ciudades, Caſerìos, y Villages intermedios, llegamos à Burdèos, en donde nos encontrò un criado de Don Juan, que traìa cartas mas recientes que las que recibimos en Bayona. Tuvo con ellas la mala novedad de que le avian embargado ſus bienes; y que los enemigos adelantavan à tal extremo ſus rencores, que avian irritado ſumamente à los Jueces; y por ultimo le perſuadìan à bolver-

verſe à Eſpaña à preſentarſe à la Juſticia, porque èſte ſolo era el unico modo de bolverſe à ſu hacienda, caſa, y opinion. Con eſte aviſo, y eſte conſejo mudò el propoſito de continuar las jornadas à Parìs, conſultando conmigo ſus deliberaciones: y como yo no me avia quedado con mas obligacion, ni mas voluntad que la de conformarme à ſus idèas, aſſenti en eſta ſin la menor repugnancia, ni diſputa. Cargaron ſobre Don Juan todas las reſoluciones, y las diligencias judiciales; porque como era publico, que mis muebles no podian valer para pagar un Alguacil, ni mis raìces para ſatisfacer un Pedimento, ni mi perſona podia ſer util ſino para añadir un eſtorvo à la carcel, y un comedero mas à la Cofradìa de la Miſericordia, no ſe acordaron de ella para nada. Don Juan embargado, y yo ſin embargo, nos bolvimos deſde Burdèos para Eſpaña con el dolor de las malas nuevas de nueſtra libertad, y con el ſentimiento de no vèr à Parìs, adonde nos guiava aun mas el guſto, que la eſperanza de nueſtros alivios. A entender en los medios, y las aſtucias de no ſer ſorprendidos de las Rondas de las Aduanas, à cuya eſtratagema, y deſvelo eſtava cometida nueſtra priſion; y à imprimir los dos Memoriales, de que yà hice memoria en los par-

parrafos antecedentes, paràmos ſegunda vez en Bayona. Deſde alli remitimos à Sevilla (donde à eſta ſazon eſtava la Corte) treſcientos Memoriales à diferentes Señoras, Señores, Miniſtros, y Agentes, para que ſolicitaſſen el buen deſpacho de nueſtras ſuplicas, que todas ſe encaminavan à que el Rey nos oyeſſe en juſticia, y que ſe nos examinaſſe en el Tribunal que ſu piedad, y ſu rectitud ſe dignaſſe de elegir. La reſulta fue, que à Don Juan ſe le oyeſſe en juſticia: y mi nombre no pareciò para nada en el decreto. Disfrazados en el trage de Arrieros (que eſta fue la reſolucion que penſamos por oportuna para eſcaparnos de las Rondas) con los veſtidos de unos Mercaderes de Fuentelaencina, que caſualmente tropezamos en Bayona, ſalimos de ella, capitulando llegar à un tiempo miſmo à ſu Lugar, y ſatisfacer en las Aduanas los derechos que ſe pagan al Rey por los generos eſtraños. Ellos galanamente adornados con nueſtros veſtidos, y cavallos, y noſotros ſorvidos en unos coletos mugrientos, en mangas de camiſa, con los botines abigarrados, la vara en el cinto, governando los ramales de ſeis mulos, y gruñendo votos, y porvidas, nos deſparecimos de Bayona por diferentes carriles, ſin mas diferencia que una hora de tiem-

tiempo. Fuimos paſſando por los Lugares donde paravan las Requiſitorias: nos encontramos muchas veces con las Rondas, y ninguno de los Jueces, ni de los Guardas nos pudo deſcubrir, ni aun ſoſpechar, porque es cierto que ivamos diſcretamenta disfrazados. Con dos horas de diferencia (ſin avernos acaecido aventura ſingular en el viage) llegamos à Fuentelaencina, entregamos los machos, los generos, y la cuenta, y dimos mediana razon de nueſtras perſonas, y muchas gracias à los Mercaderes. Deſpedidos de ellos, diſcurriò mi amigo en que el medio mas ſeguro para empezar à tratar de nueſtro negocio era el dividirnos: en eſto quedamos, y Don Juan ſe cargò con el cuidado de aſsiſtir à mi Madre, y darla quinientos reales cada mes; lo que cumpliò como Cavallero, y hombre de bien, que ſabìa mi inocencia, y la injuſticia que los enemigos me avian hecho en quitarme la opinion, la comida, y la libertad. Engendrò en los contrarios algunos zelos eſta liberalidad; pero ſepan los que oy viven, que deſpues que bolvì de mi deſtierro à mis honores, y à mis conveniencias, paguè à Don Juan toda la cantidad con que ſu garvoſo genio remediò la deſventura en que mi Madre quedava: y aunque no lo diò con el fin de la cobranza, yo lo recibì

con

con el deſeo de la ſatisfaccion.

Triſtiſsimamente deſconſolados, ſin acertar con las palabras de la deſpedida, ni con las voces de los conſuelos, nos dividimos, tomando *Don Juan el camino* de Madrid, y yo el de Salamanca. Apenas llegò, ſe preſentò en la Carcel de Corte, y deſde ella le colocaron en el Convento de San Felipe el Real, donde hizo judicialmente una declaracion horroroſa, y verdadera de todos los hechos: y viſta por los Señores del Real Conſejo de las Ordenes, de quienes era ſubdito, por ſer el delinquente Cavallero de la Orden de Santiago, fue abſuelto de los ſeis años del Peñon, y nuevamente ſentenciado à un año de reſidencia en el Convento de Uclès de la miſma Orden. Mientras Don Juan eſtava padeciendo los enfados de los Interrogatorios, las comiſsiones de los Alguaciles, los conſejos de los impertinentes, y la recluſion en aquella venerable Caſa, eſtava yo paſſeando las calles de Salamanca lleno de dudas, y ſoſpechas, diſponiendo la conformidad à quanto me quiſieſſe remitir la providencia, la deſgracia, ò la fortuna. Un mes eſtuve en eſta ſuſpenſion, ſin que mi Gefe el Maeſtre Eſcuela, ni el Corregidor de el Lugar, ni otra ninguna perſona me hablaſſe una palabra en orden à mis aventuras.

Lle-

Lleguè à perſuadirme, que eſtaria perdonado, ò à que fue ficcion de mis enemigos la voz tan valida, y acreditada del deſtierro: y una mañana, quando mas olvidado vivia yo de mis deſgracias, ſe entrò por mis puertas el Alcalde Mayor Don Pedro de Caſtilla, y me notificò la Orden del Rey, en que ſu Mageſtad ſe dignava de que fueſſe eſtrañado de ſus Dominios. Salì en aquella tarde con dos Corcheſtes, y un Eſcrivano, y en treinta horas me puſieron en Portugal, ſujeto à las Leyes del Señor Don Juan Quinto, el Juſticiero, y piadoſo Monarca de aquel breve Mundo. Yà tengo eſcrito eſte paſſage en la Dedicatoria al Excelentiſsimo Marquès de la Paz en el Pronoſtico del año mil ſetecientos y treinta y quatro: acudan à èl los curioſos, pues es moleſtia demaſiadamente enfadoſa repetir en eſtos pliegos lo que yà tengo eſcrito en otras planas. Hallè, gracias à Dios, en los politicos, y los ruſticos de aquel Reyno piadoſiſsimas atenciones, dadivas corteſes, laſtimas graciosas, y una caridad imponderable. Ni en el eſcrupuloſo genio de los Portugueſes, ni en la delicadeza de mi eſtimacion produxo el mas leve perjuicio el mal olor de delinquente, con que yà eſtavan apeſtados, ni el contagio de infame, con que me preſentè à ſus ojos, llevando ſobre

bre mi el ſayo de capitalmente condenado. Recibieronme, gracias à Dios, con un gozo, y un agaſſajo que jamàs pude preſumir. Rodando las Aldèas, Caſerios, y Ermitas cercanas à las hermoſas Ciudades de Coimbra, Villa-Real, y Lamego, anduve quatro meſes bien divertido, y regalado en las caſas de los Curas, los Fidalgos, los Jueces, los Medicos, y otras perſonas de guſto, y conveniencias. Repaſſava muchos ratos felizmente guſtoſo con la memoria, y la narracion de mis anteriores aventuras, quando me vieron aquellos montes con el ropon de Ermitaño. Los recuerdos del dichoſo Don Juan del Valle eran frequentes aſſumptos de las converſaciones, ſiendo gozo de los que le trataron, y fatiga bien empleada de los que no lo conocieron, la repeticion de ſus virtudes eſcondidas. Parlava con los Abades, y los Hidalgos inſtruìdos (de que ay abundancia en aquel Reyno) de los Siſtemas de la Filoſofia reciente: componiamos el Mundo de los atomos, de la materia ſutil, de la ſtriada, y globuloſa: regañavamos con *Ariſtoteles*, y ſe decia entre noſotros, que no ſupo explicar un Fenòmeno de la naturaleza, y con la repeticion de los diſparates de *Carteſio*, de las preſumpciones de *Regis*, y las vanidades de los que oy garlan en el

el mundo con ſus Librillos repletos de rayas, circulos, y figuras los tenia anſioſamente embeleſados. Reſollava con los Medicos muchas pataratas Aſtrologicas: diſculpava los embuſtes, aſtucias, y engaños de ſu facultad, y lo dudoſo de ſus juicios, y recetas; pero con tal advertencia, que no los enojaſſe mi poca fè, y el eſcarnio, con que me quedo contra la credulidad de los que no pienſan que ay muerte, y que para todo ay remedio. Echava mis parrafos de Politica, de Aulica, de Guerra, y de quanto imaginava oportuno à la inclinacion de los oyentes. Aſſeguro al que lee, que en mi vida he hablado, ni tan varia, ni tan diſparatadamente como entonces; pero era diſculpable mi garrulidad, porque la preciſsion de tenerlos guſtoſos, y parciales, hizo alborotar con demasìa à mi natural ſilencio.

Con eſte trato humilde, agradable, y aſtuto vivia en aquellos cortos lugares, haſta que canſado de ſu brevedad, me mudè à Coimbra, adonde no pude detenerme ſino muy poco tiempo, por cauſa de que aun vivia (aunque muy viejo, y poſtrado) el majadero zeloſo, que me diò motivo para dexar la vez primera que la pisè aquella hermoſiſsima Ciudad. No obſtante eſte ridiculo eſtorvo, y perſuadido à que la mudanza de mi nombre, y trage

le

le avrian yà borrado de ſu memoria los accidentes de mi figura, quiſe alicionarme con el trato, y la conferencia de algunos de los Doctores de aquella grande por todos modos Univerſidad. Bautizado tercera vez con el nombre de Franciſco Bermudez, hablè de mi verdadero nombre, y perſona con varios ſugetos de la primera diſtincion, govierno, y ſabiduria de aquella Eſcuela; y me ſignificaron el eſpecial honor que lograrian, en que el Doctor Don Diego de Torres fueſſe à ſervir la Cathedra de Mathematicas, que tenian vacante por muchos años por falta de Opoſitor, y pretendiente. Yo les aſſegurava, que conocia à Torres, y que eſtava olvidandoſe del mundo en uno de los Lugares de la raya, obedeciendo al Real decreto de ſu Rey, que le tenia eſtrañado de ſus dominios. Prometi que le ſignificaria lo mucho que tenia que agradecer à ſus buenos deſeos, manifeſtando las honradas propoſiciones con que procuravan premiar ſus fatigas, y deſvanecer ſus deſconſuelos. Añadieron à eſtas favorables promeſſas, que perdonarian los gaſtos de la incorporacion del Grado, el examen, y exercicios, y conſultarian al Rey, para que ſin exemplar aumentaſſe los ſalarios de la Cathedra. Antes que pudieſſe la caſualidad, ò la malicia deſcubrir que

que yo era el *Torres* que ſolicitavan, dexè à Coimbra, y vine à parar por otro par de ſemanas à Mirandela, y à la Torre de Moncorbo; y de eſte lugar eſcrivì à los Doctores de la Comiſsion, que Don Diego de Torres ſolo atendia à los cuidados de manifeſtar al Rey ſu veneracion, ſu inocencia, y todas las operaciones de fideliſsimo vaſſallo, y que perderia todas las eſperanzas, y comodidades de honra, y de riqueza que le pudieſſe dàr el mundo haſta demonſtrar ſu fidelidad, ſu zelo, y ſu inalterable eſclavitud. Perſuadilos en la carta lo agradecido que quedava à la altiſsima honra de tan glorioſa Univerſidad, y otras expreſsiones muy rendidas, muy reverentes, y muy verdaderas. Vago, y ocioſo de uno en otro Pueblo vivia yo, eſperando en el Examen de los Jueces, y en la piedad del Rey la reſtitucion à mi Patria; pero mi mala ſuerte me retardava los alivios. Muchas veces me vì acometido de los penſamientos de ponerme en Lisboa, yà agaſſajado de los deſeos de bolver à inſtruirme en aquella gran Corte, yà incitado de las cartas, y las propoſiciones con que me llamaron algunos Principes; pero conociendo que me exponia à la infamia de ſer ingrato, ò à la anguſtia de hacer impoſsible la buelta à Caſtilla, no me determinè à conſentir ni à los honroſos

llamamientos de los Proceres, ni à los alegres gritos de mi curioſidad. Mientras que yo andava deſocupado, ſin deſtino ſeguro, y lleno de indeliberaciones, idèas, arrepentimientos, y propoſitos, cumpliò Don Juan ſu recluſion de Uclès; y aviendoſe reſtituido à Madrid, continuava con fervor incanſable las diligencias, y oficios de mi libertad, y reſtitucion. Eſcriviòme, que ſeria oportuno, que alguna de mis hermanas ſe apareciеſſe en la Corte à beſar los pies del Rey, y à ſuplicar à ſu Real animo por mi libertad, por ſu alivio, y el de mi pobre Madre: y en pocos dias ſe puſieron deſde Salamanca en el camino de Balſain (adonde eſtava la Corte) mi hermana Manuela, mi ſobrina Joſepha de Ariño, y mi primo Antonio Villarroèl. Encontraron en el Miniſtro un agrado piadoſo, en los grandes ſugetos de la Corte una laſtima cariñota, y en los mas ignorados una inclinacion favorable, y una promptitud increible, llena de conſuelos, alivios, y breves eſperanzas. El puro llanto de mis inconſolables parientes, y la porfiada aſsiſtencia à las puertas del Miniſtro, y la general miſericordia con que todos miravan à mi pobre hermana, y ſobrina, me ſacaron del triſtiſsimo cautiverio al puerto de la felicidad, y la ventura. El Eminentiſsimo Señor Cardenal de Molina, mi Señor, de orden del

del Rey me bolviò mejorada la libertad, y la honra en una carta, que guardo para mi confuſion, mi gratitud, y mi ſeguridad. Bolvì à mi Patria, y en ella me recibieron muchos con contento, algunos con deſazon, y los mas con una indiferencia ſoſpechoſa, y aun fuga reparable; porque juzgavan, que lo deſterrado era enfermedad peſtilente, y que el odio de los enemigos podia introducirſe en ſus deſeos, eſperanzas, y conveniencias. No me admirè, porque eſte es un temor comun en los eſpiritus deſdichados, y una enfermedad incurable en todo lugar de pretendientes.

Tres años durò la privacion de mi libertad; y aunque tuve en ellos la paciencia, y alivios que dexo expreſſados, tambien padecì en eſte intermedio otra conjuracion no tan poderoſa; pero mas terrible, y abominable, que la que fue cauſa del deſtierro. Callarè ſu naturaleza, los productores, y el lugar del delito, porque la caridad que devo tener con el proximo me eſtorva la quexa, y la noticia. Viven muchos, que pudieran ofenderſe de mi deſcubrimiento: y no es juſto dar que ſentir à ninguno, quando no importa à mi opinion, ni à mi quietud, que ſe queden en el ſilencio ſu arrojo, y mi conformidad. Solo puedo decir para mi confuſion, que el Real Conſejo de las Ordenes tomò la

providencia de averiguar la torpeza de la accion; y examinada con muchos teſtigos, deſengaños, y papeles, hallò al reo oculto, encontrò con mi inocencia ahogada, y fue ſobrecogido de una laſtimoſa compaſsion de vèr los crueles enojos, y facineroſas aſſechanzas con que dava en aborrecerme la fortuna. Padecì en eſte tiempo en eſtremada ſoledad, con mucha pobreza, y riguroſo deſabrigo dos enfermedades agudas, que me aſſomaron à la boca del ſepulcro. Fue la una un ſobervio, y executivo garrotillo, que me agarrò bien deſcuidadamente en una miſerable Aldèa de Portugal en la caſa de un pobre Peſcador honrado, piadoſo, y diligente. En el angoſto cubierto de ſu eſtrecha habitacion, reſumida toda à un negro portal, y à una cocina poco ahumada, y ſobre un deſmembrado xergòn, compueſto de los deſtrozos de ſus viejas redes, eſtuve lidiando con las zozobras de tan maligna, y traidora enfermedad. Fui en un tomo el Dotor, el Cirujano, y el Enfermo; y quiſo la providencia de Dios, que en un ſitio tan retirado, tan miſero, y tan inculto no me faltaſſe lo conducente para detener las atrevidas prontitudes del afecto. Tenia mi Angel Peſcador arrojadas ſobre unos tablones muchas ſimientes de calabaza, y de melon, que reſervava ſu economìa, y

y ſu induſtria para ſembrar en un pedazo de terreno, que tenia arrendado, y una cazuela barrigona de barro Zamorano mas que mediada de azucar (proviſion indiſpenſable en la caſa mas pobre de aquel Reyno) y con eſtas ſimientes me diſponia unas orchatas medianamente freſcas en la garapiñera del ſereno, las que bevia por tarde, y por mañana. Davame en las horas oportunas unos caldos de coles, y tocino; y con aquella goloſina, y remedio, eſtas ſubſtancias, y ſeis ſangrias, que repartì entre los brazos, y las piernas, me librè de morir ahorcado entre las garras de tan violento, è implacable verdugo. Nunca fui tan agradecido, ni tan apaſsionado à los cortos elementos de la Medicina como en eſta ocaſion: y el aver leido, que à eſta idea de achaque ſe ocurre con las ſangrias, y los refreſcos, me ſirviò de un notable alivio, y una confianza ſaludable. Para que al Lector no le quede confuſion alguna en orden al modo, y la prontitud de executar las evaquaciones de ſangre, ſepa, que ha muchos años que llevo en mi bolſillo, y eſpecialmente à los viages, un eſtuche con herramientas de Cirugìa, pluma, tintero, hilo, y abuja, y otros traſtos con que divertir, y remendar la vida, y el veſtido. Fue la otra enfermedad una calentura ardiente, que me aſſaltò

en

en el Convento de San Franciſco de Trancoſo, en la que fui aſsiſtido dichoſamente de un Confeſſor ſabio, y devoto, y de un Medico necio, è ignorante. En eſte peligro librò con mas ventajas mi conciencia que mi cuerpo; porque en aquella no quedò raſtro, ni reliquia de eſcrupulo, y de mi humanidad aun no he podido ver ſacudidas las maldades que dexò en ella, ò plantò de nuevo con ſus malaventuradas zupias, y brevages. Deſpues de diferentes recaìdas vino à parar en una deſtilacion al pecho, que me puſo en las agonìas de una Fiſica incipiente, y huviera paſſado à la tercera eſpecie, à no aver eſcapado de ſus uñas. Deſeſperado con la aſsiſtencia, y la ignorancia de eſte bruto Dotor, determinè que un Lego Enfermero de la caſa me dieſſe un boton de fuego entre tercera, y quarta vertebra del eſpinazo, para que abriendo una fuente en eſte ſitio, ſe vinieſſe à eſte conducto la deſtilacion, que corria precipitada à los pulmones. Con la eſperanza de eſta medicina, dictada por mi antojo, y ſin temor à mi flaqueza, ni à las injurias del temporal, me mudè à *Ponte de Abad*, Lugar en donde, por la miſericordia de Dios, no avia Medico, ni Boticario. Con la falta de eſtos dos enemigos, con mucha paciencia, y el conſuelo de ir palpando las buenas noticias, que me da-

va

va mi albañal, me vì libre en pocos dias de tan rebelde, y deſeſperada dolencia. Otros travajos, y deſdichas ſufri en eſta larga, y penoſa temporada, pero los ſuavizò mucho mi conformidad, y los deleytes, que no dexavan de encontrarme à cada paſſo; de modo que iva corriendo mi vida como la del mas dichoſo, el mas rico, y el mas acompañado, pues para todos vienen las peſadumbres, y los guſtos, la ſalud, y la enfermedad, el ocio, y el entretenimiento, la miſeria, y la abundancia; porque la vida de el mas feliz, y el mas deſgraciado eſtà llena de ſobras, y faltas, alteraciones, y ſerenidades, triſtezas, y alegrias, y con todo ſe vive haſta la muerte.

Gozando de la quietud de mi caſa, de la compañia dulce de mi madre, y hermanas, de la converſacion de mis amigos, y de las adulaciones de mi tintero, y de mi pluma, me eſtuve un año en Salamanca, haſta que con la licencia de el Eminentiſsimo Cardenal de Molina mi Señor vine à Madrid. Apoſentòme (con admiracion, y ſuſto de los contrarios, y honrado gozo de los afectos) D. Juan de Salazar en ſu caſa: y con eſta accion volcò muchos juicios, y arruinò mil conjeturas poco favorables à nueſtra amiſtad, y confianza: corrimos en ſu coche paſſeos publicos, viſitamos con ancha

ale-

alegria à nueſtros apaſsionados, con politica eſtrecha à nueſtros enemigos, y con reſervada prudencia à los indiferentes en las noticias, y acciones de nueſtros trabajos, y ſuceſſos. Nueſtra preſencia, y amiſtad produxo muchos deſengaños, deſatò muchas dudas, y puſo reſpeto à no pocas jactancias, y mentiras. Con eſta diligencia, y la demonſtracion de la conſtancia inſeparable de nueſtro cariño, ſe ſerenaron las inquietudes, y ſe enterraron todas las ideas, y maquinas de los genios reboltoſos, noveleros, y deſocupados. Paſsè con mi amigo felizmente todo el Verano; y pocos dias antes de San Lucas me bolvì à Salamanca à cumplir mis juramentos, y mis obligaciones; y al año ſiguiente, que fue el de 1736. deſpues de finalizadas mis tareas, empecè à ſatisfacer varios votos, que avia hecho por mi libertad, y mi vida en el tiempo de mi eſclavitud, y mis dolencias. Fue el mas penoſo el que hice de ir à pie à viſitar el Templo del Apoſtol Santiago, y fue ſin duda el mas indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas, y ridiculas circunſtancias de mi peregrinacion, echaron à rodar parte del merito, y valor de la promeſſa. Sali de Salamanca rebentando de Peregrino, con el bordon, la eſclavina, y un veſtido mas que medianamente coſtoſo. Acompañavame Don

Don Aguſtin deHerrera, un amigo muy conforme à mi genio, muy ſemejante à mis ideas, y muy parcial con mis inclinaciones; el que tambien venìa tan fanfarron, tan hueco, y tan loco como yo, afectando la gallardia, la gentileza, y la pompa del cuerpo, y del trage, y deſcubriendo la vanidad de la cabeza. Detras de noſotros ſeguian quatro criados con quatro cavallos del dieſtro, y un macho donde venian los repueſtos de la cama, y la comida. Atraveſamos por Portugal, para ſalir à la Ciudad de Tuy, y en los pueblos de buenas vecindades nos deteniamos, yà por el motivo de deſcanſar, yà por el guſto de que mi compañero, y mis criados vieſſen ſin priſa los lugares de aquel Reyno, que yo tenia medianamente repaſſado. Divertiamos poderoſamente las fatigas del viage en las caſas de los Fidalgos, en los Conventos de Monjas, y en otros lugares, donde ſolo ſe tratava de oir muſicas, diſponer danzas, y amontonar toda caſta de juegos, diverſiones, y alegrias. Convocavanſe en los lugares del paſſo, y la detencion las mugeres, los niños, y los hombres à vèr *el Piſcator*, y como à Oraculo acudian llenos de fè, y de ignorancia à ſolicitar las reſpueſtas de ſus dudas, y ſus deſeos. Las mugeres infecundas me preguntavan por ſu ſucceſsion; las ſolteras por ſus bodas; las aborreci-

cidas del marido me pedian remedios para reconciliarlos; y detràs de eſtas ſoltavan otras peticiones, y preguntas raras, necias, è increìbles. Los hombres me conſultavan ſus achaques, ſus eſcrupulos, ſus perdidas, y ſus ganancias. Venian unos à preguntar, ſi los querian ſus dàmas, otros à ſaber la ventura de ſus empleos, y pretenſiones: y finalmente venian todos, y todas à vèr còmo ſon los hombres que hacen los Pronoſticos: porque la ſinceridad de el vulgo nos creen de otra figura, de otro metal, ò de otro ſentido que las demàs perſonas; y yo creo, que à mi me han imaginado por un engendro mixto de la caſta de los diablos, y los brujos. Eſte viage le tengo eſcrito en un Romance, que ſe hallarà en el ſegundo Tomo de mis Poesìas, y en el Extracto de Pronoſticos, en el del año de 1736. en donde eſtàn con mas individualidad referidas las jornadas: aqui ſolo expreſſo, que ſin duda alguna huviera buelto rico à Caſtilla, ſi huvieſſe dexado entrar en mi deſinterès un poco de codicia, ò un diſsimulo con manos de aceptacion; porque con el motivo de concurrir à la meſa del Iluſtriſsimo Arzobiſpo de Santiago el Señor Yermo, el Medico de aquel Cabildo Don Thomàs de Velaſco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia, y honradèz, hablava de mi en todos los concurſos

ſos (claro eſtà que por honrarme) con ſingulariſsimas expreſsiones de eſtimacion àzia mi perſona, y mis bachillerias. Agregaronſe à ſu opinion, y ſu corteſanìa los demàs Medicos, y no huvo achacoſo, doliente, ni poſtrado, que no ſolicitaſſe mi viſita. Atento, caritativo, y eſpantado de la ſencillèz, y credulidad de las gentes iva con mi Dotor ſabio, y gracioſo à vèr, conſolar, y medicinar ſus enfermos; los que querian darme quanto tenian en ſus caſas. Agradeci ſus bizarrias, ſus agaſſajos, y les dexè ſus dones, y ſus alhajas, contentando à mi ambicion con la dichoſa confianza, y el atentiſsimo modo con que me recibieron. Mucho tendria de vanidad, y quixotada eſte deſvio en un hombre de mi regular eſfera; pero tambien era infamia hacer comercio con mis embuſtes, y ſus ſencilleces, no teniendo neceſsidad, ni otro motivo diſculpable.

Dexando contentos à los Medicos, y muy diſtraìdos de aquel error comun, que me capitùla de enemigo groſſero, y rencoroſo de las apreciables experiencias de ſu facultad, y conſolados à los enfermos, aquietando à unos ſus aprehenſiones, y realidades con remedios dociles, y perſuadiendo à otros, que la careſtìa de los medicamentos era el mas oportuno ſocorro para ſus dolencias, paſsè à la Coruña,

en

en donde me ſucediò el aplauſo, y el honor de aquellos honradores genios con el miſmo alborozo que en Santiagò. Deſde aquel alegre, y belliſsimo Puerto de Mar tomè el camino de Caſtilla por diſtintos lugares, en los que merecì ſer hueſped de las primeras perſonas de diſtincion, agaſſajandome en ſus caſas con las diverſiones, los regalos, y los cariños. En medio de eſtàr ocupado con los deleytes, las viſitas, y los concurſos, no dexava de eſcoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuſe en eſte viage, fue *la Vida de la Venerable Madre Gregoria de Santa Tereſa*, la que concluì en el camino con el Almanak de aquel año antes de bolver à Salamanca; adonde llegùe deſocupado para proſeguir, ſin eſtrañas fatigas, las que por mi obligacion tengo juradas. Cinco meſes me detuve en eſte viage, y fue el mas feliz, el mas venturoſo, y acomodado que he tenido en mi vida; pues ſin aver probado la mas leve alteracion en la ſalud, ni en el animo, ſalì, y entrè alegre, vanaglorioſo, y dichoſamente divertido en mi caſa. En la quietud de ella cumplì el *quarto Trozo* de mi edad, que es el aſſunto de eſta Hiſtoria: y deſde eſte tiempo haſta oy, que es el dia veinte de Mayo del año de mil ſetecientos y quarenta y tres, no ha paſſado por mi aventura, ni

ni ſuceſſo, que ſea digno de ponerſe en eſta Relacion. Voy manteniendo, gracias à Dios, la vida ſin eſpecial congoxa, ni mas peſadumbres, que las que dàn à todos los habitadores de la tierra el Mundo, el Demonio, y la Carne. Vivo, y me han dexado vivir deſde eſte termino los impertinentes que viven de reſidenciar las vidas, y las obras agenas, quieto, y apacible, y ocupado ſin reprehenſion, y ſin moleſtia. Me ayudan à llevar la vida con alguna comodidad, y deſcuido la buena condicion, y compañia de mis hermanas, y mis gentes, y mil ducados de renta al año: que con ellos, y las añadiduras de mis afortunadas majaderias, junto para que deſcanſen mi madre, y mis hermanas, ayuden à nueſtros miſerables parientes, y dèn algunas limoſnas à los pobres foraſteros de nueſtra familia. Vivo muy contento en Salamanca, y con los propoſitos de dàr los hueſſos à la tierra donde reſpirè el primer ambiente, y à la que me diò los primeros frutos de mi conſervacion. Varias veces me ha acometido la fortuna con las propoſiciones de bienes mas crecidos, y mas honrados que los que gozo; pero conociendo mi indignidad, y la mala cuenta que avia de bolver de ſus encargos, me he hecho ſordo à ſus gritos, ſus promeſſas, y ſus eſperanzas. Hago todos los años dos, ò tres eſcapatorias à Madrid, ſin

el

el menor deſperdicio de mi caſa, porque en la de la Excelentiſsima Señora Duqueſa de Alva mi Señora, logro ſu abundantiſsima meſa, un alojamiento eſparcido, poltron, y ricamente alhajado; y lo que es mas, la honra de eſtàr tan cercano de ſus pies. Por los reſpetos à eſta Excelentiſsima Señora, me permiten las mas de ſu caracter, y altura la frequencia en ſus eſtrados, honrando à mi abatimiento con afabiliſsimas piedades. Los Duques, los Condes, los Marqueſes, los Miniſtros, y las mas perſonas de la ſublime, mediana, y abatida eſfera, me diſtinguen, me honran, y me buſcan, manifeſtando con ſus ſolicitudes, y expreſsiones el ſingular aſsiento que me dàn en ſu eſtimacion, y ſu memoria. No he tocado puerta en la Corte, ni en otro Pueblo, que no me la ayan abierto con agaſſajo, y alegria. El que imagine, que eſte modo de explicar las memorables aficiones que devo à las buenas gentes, es ponderacion, ò mentira abſoluta de mi jactancia, vengalo à vèr, y le cogerà el miſmo eſpanto que à mi que lo toco. Vengaſe conmigo el incredulo peſaroſo de mi eſtimacion, y le ahitarà de corteſias, y buenos ſemblantes. Lo que mas claramente deſcubre eſta Relacion es una vanidad diſculpable, y un engreimiento bien acondicionado; porque ſabiendo yo, que no merece mi cuna, mi empleo,

pleo, mi riqueza, ni mi ingenio mas expreſsiones, que las que ſe hacen por chriſtiandad, y por coſtumbre, no dexa de hacerme coſquillas en el amor proprio, de que eſta caſta de general, y venerable agaſſajo ſe endereza à mi perſona, à mi humildad, y à mi correſpondencia. Tambien creo, que me avrà dado tal qual remoquete corteſano la extravagancia de mi eſtudio; pero otros hacen coplas, y Pronoſticos, y los veo aborrecidos, y olvidados. Confieſſen mis emulos, y embidioſos, que Dios me lo preſta, y que yo me ayudo con el reſpeto, y buen modo con que procuro hacerme parcial à todo genero de gentes: que yo tambien confieſſo, que eſcrivo eſtas eſcuſadas noticias por darles un poco de peſadumbre, y un retazo de motivo para que recaygan ſobre mi ſus murmuraciones, y blasfemias. Guardo con eſpecial veneracion, reſpeto, y confuſion mia las Cartas, y la correſpondencia con algunos Cardenales, Arzobiſpos, Obiſpos, Duqueſas, Duques, Generales de las Religiones, y otros Principes, y Perſonas de la primera altura, y ſoberanìa. Eſtas ſon las alhajas, y precioſidades que venero eſpecialiſsimamente, y las que mandarè à mis herederos, que mueſtren, y vincùlen por unica memoria de mi felicidad, y para teſtigos del honor que ſabe dàr el mundo à los deſventurados, que procuran vivir

con

con deſinterès, abatimiento de sì miſmos, y reſpeto à todos. No me faltan algunos enemigos veniales, y maldicientes de eſcalera abaxo, aunque yà tengo pocos, y malos; y ſiento mucho, que ſe me aya hundido eſte caudal, porque à eſtos tales he devido mucha porcion de fama, guſto, y conveniencia, que oy hace feliz, y venturoſa mi Vida.

Eſta es la verdadera Hiſtoria de ella. Eſpero en Dios acabar mis dias con la ſerenidad que eſtos ultimos años. Eſtoy en irme muriendo poco à poco, ſin matarme por nada. Diſcurro que yà no me bolveràn à coger las deſgracias, ni los acaſos memorables; porque mi vejèz, mis deſengaños, y mis eſcarmientos me tienen retirado de los bullicios, y con el ojo alerta à las aſſechanzas, y los trompicaderos: y ſi me buelven à agarrar las perſecuciones, conſolarème con la conſideracion de lo poco durable que ſerà mi deſdicha, porque la muerte ha de acabar con ella, y yà no puede eſtàr muy lexos. Y en fin venga lo que Dios quiſiere, que todo lo he de procurar ſufrir con paciencia, y con reſignacion, y con alegria catholica, que eſte es el modo de adquirir una buena muerte, deſpues de eſta mala Vida.

F I N.

Tambien ſe encontraràn, donde eſta Vida, los Sueños Morales, del miſmo Don Diego de Torres.